

MARÍA CARBONERO

Diseño de portada: Aileen Chase
Maquetación: Aileen Chase
Corrección: Raquel Ramos

Impreso por CreateSpace Independent Publishing Platform
Edición especial para Amazon.

Contents

TIERRA DE POR MEDIO

MARÍA CARBONERO

DEDICATORIA

Y agradecimientos

Dedico mi primera obra a todos y cada uno de los que han hecho de mi presente algo maravilloso.

En primer lugar, dedico la obra a mi esposo y mis hijos, que son mi orgullo e inspiración, por haber creído en mí desde el inicio, por haber hecho que mi camino fuera tan fácil y colmarme de tanta felicidad.

A mi hermano Guillermo, por ser un referente, un apoyo, y regalarme cada día parte de su vida. Mariani, por enseñarme que el amor va más allá de la sangre. A mi hermana Maru, por su sonrisa contagiosa y nuestras conversaciones eternas. A mis dos sobrinos, ejemplos de constancia y fortaleza.

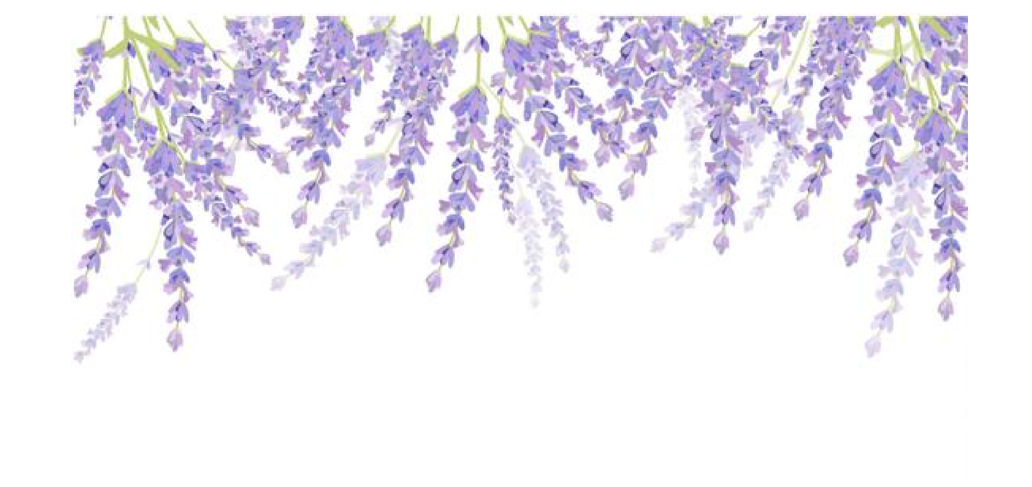
A la familia de mi marido, por los momentos de felicidad compartidos.

A mi madre.

Y dedico estas páginas a quien, como yo, no se cansa de aprender, experimentar y disfrutar con nuevos proyectos, con el deseo de tener la oportunidad de seguir en este viaje de creación por muchos años.

No olvido a mis amigos, repartidos por el mundo, en esta aventura de la vida, por regalarme tanto afecto.

Gracias.



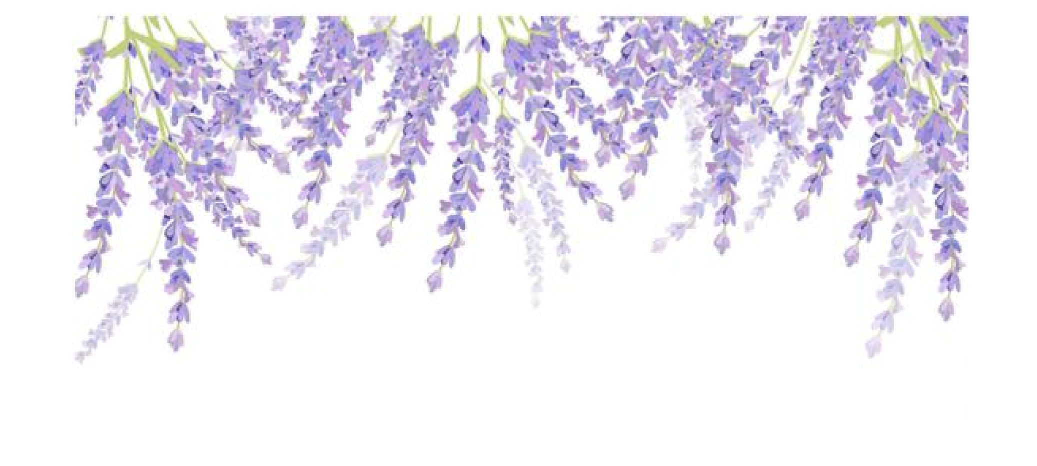
INTRODUCCIÓN

Sevilla, 27 de octubre de un año cualquiera en mi serena madurez.

Respiro hondo. Sentada en este maravilloso patio andaluz, percibo en mi piel la brisa de la mañana que casi me acaricia.

En mi dulce soledad, no me siento sola, los recuerdos vividos aparecen con el deseo de abrazarme. Soy feliz, he vuelto a la tierra de mis orígenes, Andalucía. Contemplo las flores, los árboles frutales; escucho el sonido de la fuente; admiro mi pozo, el que tantos años imaginé con hierros forjados en color negro. Las paredes de mi patio cubiertas de plantas enredaderas. Colgadas, se muestra una cantidad casi exagerada de macetas, geranios y rosas, blancas la mayoría.

Sevilla ha sido la elegida para desarrollar tantos sueños que aún me quedan por cumplir.



CAPÍTULO I

Gades

En el sur de España, en la ciudad de Cádiz, situada en Andalucía, se encuentra una localidad llamada San Fernando.

Aparte de ser mi ciudad natal —por ello, la veo siempre de una forma especialmente bella—, es conocida por el parque natural, el jardín botánico, el museo naval y el Real Instituto y Observatorio de la Armada, que es uno de los centros científicos más importantes del mundo.

Con su clima agradable, su flora mediterránea, que la rodea de salinas y eucaliptos, San Fernando invita al disfrute y descubrimiento de cada uno de sus rincones.

Allí pasé los primeros años de vida, en una casa a las afueras, rodeada de un gran terreno que regalaba a la vista paisajes

maravillosos.

Hubiera deseado tener una familia extensa, cuantas veces soñé estar rodeada de hermanos, primos, tíos y abuelos, pero mi única compañía fueron mis padres y una tía, hermana de mi madre, que fue quien me cuidó. Mis padres trabajaban los dos: mi madre era profesora y mi padre llevaba un negocio de ultramarinos en el pueblo.

Si dijera de tener recuerdos bonitos vividos con mis padres, mentiría. Siento como una laguna que no me permite ver ese periodo y no dejo de pensar en que seguramente haya una razón poderosa y una explicación. Una lucha interna podría ser la culpable de este velo en mis ojos. Puede que algún día salga a la luz.

Esos primeros años los pasé muy entretenida. Mi tía me cantaba, me enseñaba a pintar y pasaba horas jugando conmigo. Recuerdo con admiración los paisajes tan maravillosos que pintaba de Andalucía, aunque los momentos más especiales sucedieron, sin lugar a duda, en la cocina. Mi tía Carmen —así se llamaba— era muy buena cocinera, yo acostumbraba a sentarme a su lado. Solía dejarme un delantal para hacerme partícipe de su arte culinario. Me hacía sentir muy importante, aunque no hiciera mucho en esos primeros años debido a mi corta edad.

Con especial cariño recuerdo las tartas de manzana.

Cada mañana salíamos a dar de comer a los animales del cercado: gallinas, cabras, cerditos, perros y gatos entre otros. Recuerdo como me daban miedo, sobre todo las gallinas.

—¡Carmen!, ¡Carmen! ¡Vamos, que ya he terminado mi desayuno! ¡Corramos, que los animales tienen hambre!

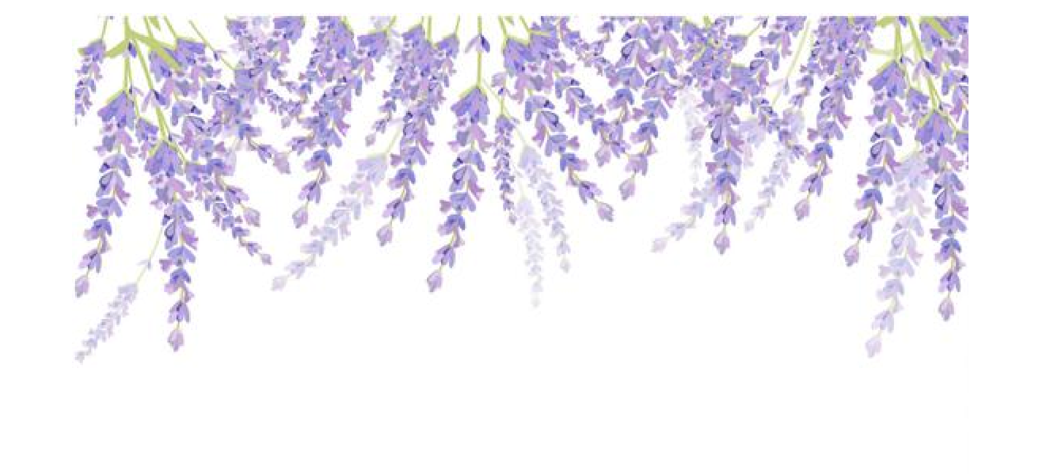
—Sí, lo sé, no corras, que te vas a caer. Ya vamos. Anda, ayúdame con esta manguera. Así podremos rellenar los cubos.

La manguera, los cubos con diferentes tipos de comida, el rastrillo de limpieza… No sé cómo podía con todo eso, pero me encantaba.

Yo iba siempre detrás de mi tía, ya que me daba miedo acercarme demasiado.

Tener contacto con los animales desde tan pequeña me hizo desarrollar un gran amor por ellos.

Si las mañanas me gustaban por ser tan entretenidas, las tardes con más razón. Mi tía habituaba a hacer la siesta y, mientras tanto, yo cogía mi radiocasete y escuchaba cuentos. Concentrada, cerraba los ojos y me introducía en cada historia sintiéndome protagonista. De esa manera, comencé a escribir pequeñas historias a una edad muy temprana. Se convirtió en un hábito en mis momentos de intimidad.



CAPÍTULO II

Descubrimientos

Todo era perfecto hasta que llegó el momento de ir al colegio.

Carmen intentaba tranquilizarme y convencerme de lo bien que me lo pasaría, de que conocería a niños de mi edad, jugaría mucho y aprendería a leer y a escribir.

No me convencía mucho la idea de la separación con todo lo que había sido mi rutina. Me aterrorizaba.

Otro de mis momentos preferidos cuando aún no llegaba más que de puntillas a la mesa era ponerla, prepararla antes de cada comida imaginándola con sus detalles: flores, adornos y su estupenda disposición con cubiertos y vajilla. Esos primeros años necesité ayuda de mi tía, naturalmente, pero me encantaba sentirme importante en ese momento tan especial como es reunir a la familia en la mesa alrededor de cada comida. Algo mágico. En mis pensamientos, cada

particularidad invitaba a ser feliz, a compartir. Soñaba cada noche con estos episodios, esto hacía confundir a veces mi realidad. Pasados los años, llegué a dudar si habían ocurrido o no. Lo que sí sé, con seguridad, es lo que ese acto, real o no, significaba para mí, un deseo de encuentro familiar sereno y alegre.

Otro de los puntos fuertes alrededor de esa preparación era aprender a hacer el pan con mi tía.

Teníamos un horno de piedra, hacíamos varios tipos, pero el preferido se llamaba pan candeal.

Debido a mi altura, me costaba ver cómo se hacía. De nuevo, mi corta edad me impedía participar plenamente. El horno desprendía mucho calor, aún lo recuerdo, y ese olor de pan recién hecho que tanto nos gustaba lo acompañábamos con queso, tomate o simplemente con aceite.

—Carmen —a mi tía la llamaba por su nombre—, ¿podríamos hacer hoy algún pan de sobra? Sabes que mi amiga Linda adora este pan. Cada vez que viene se queda con las ganas de que sobre algo para llevárselo a casa. Me gustaría llevarle un trozo.

—Me parece muy buena idea. Venga, ponte manos a la obra.

Me sentí muy importante y con algo de ayuda de mi tía conseguí hacer un estupendo pan Candeal.



Sin duda, el primer año escolar fue regular. Lo pasé intentando sentirme con naturalidad en un terreno nuevo que comenzaba a explorar, si bien, por otro lado, era un espacio que deseaba conocer para poderme sentir segura.

Deseaba hacer amigas con rapidez, pero mi timidez hacía de muro. Cada día era una pequeña batalla para mí.

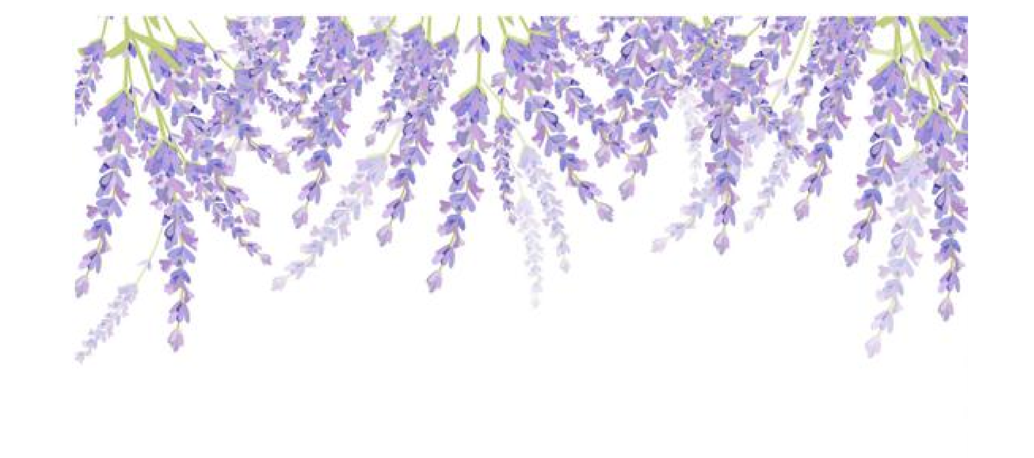
Desde muy pequeña he sentido la necesidad de salir ganadora en situaciones difíciles, a lo largo de la historia comprenderéis mejor.

—Carmen, y ¿qué pasará si me siento mal en la escuela?, no estarás allí, a mi lado.

—No te preocupes, Ana, las profesoras cubren el papel de la familia. Ellas velan por vuestra seguridad, os enseñan y cuidan. No tengo ninguna duda de que te vas a sentir cómoda muy pronto.

—Eso espero.

Mis conversaciones eran de niña más mayor, el estar siempre cerca de un adulto me hizo desarrollar un vocabulario un tanto distinto al de mis amigos y compañeros.



CAPÍTULO III

Lejos de ti

En esos primeros años de escuela, llegó a mi vida una experiencia que me marcó: mi «secuestro».

◆◆◆

Mi grupo de amigas se iba consolidando. Cada una de nosotras teníamos un diario, en él contábamos nuestras experiencias, sueños, dificultades y primeros desengaños. Ya a esa edad descubrí el significado de esa palabra. No entendía el porqué, pero me sentía atraída por un compañero de clase y él no me hacía ni caso, cosas de niños, pero ahí empezó mi dolor en el terreno sentimental, dejándome la primera huella.

Habíamos salido al patio. Era nuestro descanso en la escuela, íbamos a jugar al juego de saltos por parejas.

—Carlos, ¿te apetece jugar conmigo? —le pregunté.

—No, voy con mi amigo Pedro.

Así, sin más, me respondió, frío, se ve que no estaba para nada interesado en cuestión de chicas aún.

Pero esta ocasión no fue la única. Una vez, estábamos jugando a la pelota y le di sin querer, me echó una mirada que quise esconderme. Decididamente, no había nada que hacer con ese chico. Así que desistí, decidí mirar hacia otro lado y dedicar mi tiempo a jugar con mis amigas.



Cuando acababa de hacer un grupo de ellas y empezaba a encontrarme en mi lugar, a experimentar sensaciones bonitas en el colegio, sucedió algo que cambió el rumbo de mi vida.

Mi amiga Linda celebraba su cumpleaños en la enorme parcela donde vivía. Era un precioso terreno heredado de sus abuelos que tras una acertada e inteligente reforma quedó en un lugar verdaderamente acogedor y bonito.

Fui a comprar el regalo con mi tía. Fue difícil elegirlo y ponernos de acuerdo, ya que, cada vez que yo decía algo, mi tía me miraba y movía la cabeza en sentido negativo diciéndome «lo siento, no es apropiado». Seguramente mis juegos eran más típicos de niños de más edad por haber pasado tantas horas al lado de ella.

—Carmen, la verdad, no veo nada en lo que nos podamos poner de acuerdo —sonreí—. Me dices a todo que no.

—Piensa en las cosas que ves en su casa, con las que juega normalmente. Además, te dije que preguntaras a los otros invitados, a ver qué idea tenían de regalos.

—Pues se me olvidó. De todas maneras, todo lo que veo me parece aburrido.

—No te preocupes, algo encontraremos. Mira esta serie de libros. Me parece haberos escuchado hablar de la protagonista.

—Buenísima idea, Carmen, me encanta. Sí, es ella. ¡Vamos a la caja, rápido!

Salimos de la tienda, miré a Carmen y con una gran sonrisa le di las gracias.

Llegó el día de la fiesta. Mi madre, antes de ir al trabajo, dejó preparado mi vestido rosa y blanco con un bordado en el cuello. Me sorprendió, ya que no solía ocuparse de mí. Creo que nunca sintió la maternidad como algo bello.

◆◆◆

Era un día soleado, caluroso, pero no demasiado.

Aquel día no fui la primera en llegar debido a que el coche de mi tía no quería arrancar. Después de varios intentos, lo conseguimos y nos pusimos en camino. En tan solo quince minutos llegamos al lugar.

Tenían cuadras con caballos, un huerto y árboles frutales, una piscina en forma de ocho con una parte más baja para los más pequeños y una zona recreativa rodeada de hierba.

Linda tenía tres hermanos de nueve, diez y doce años, así que siempre tenían invitados por una razón u otra.

Ese día, los padres de Linda le tenían un regalo especial: un poni.

Pero antes tuvimos tiempo de disfrutar de todo lo que habían organizado: juegos, piñatas, concursos, dulces y música.

Llegó el momento de la tarta. Era muy grande, de chocolate y nata. Después de casi terminar con ella, Linda empezó a abrir los regalos de los invitados.

—Esperad —dijo Patricia, una chica un poco redondita que adoraba los dulces y no se conformó con el primer plato, sino que repitió. Aún le quedaba un trozo por terminar, pero su ansia por seguir a sus amigos para ver los regalos le puso nerviosa y se atragantó.

—¡Cuidado!, —gritó Linda—. Toma un vaso de agua y termina, que te esperamos. No corras.

Patricia pudo terminar su trozo y siguió a sus amigas. La fiesta continuó.

No faltaron risas, gritos y besos. Entonces, aparecieron los padres con su regalo, un poni precioso de color marrón y blanco. Sus ojos eran muy expresivos, dejaban ver lo asustado que estaba, seguramente por los gritos de emoción de los niños.

Como era lógico, Linda fue la primera en subir a él, lo llamó Ron. Y, poco a poco, con gran emoción, fuimos subiéndonos cada uno de los allí presentes, dando un paseo en círculo.

—A mí me da miedo —dijo Rocío—, no pienso subirme.

—No seas cobarde, ¿no ves que todos nos vamos a subir? Mira su carita, es muy dulce —le dijo Carlos, intentando disimular sus nervios.

—Bueno, pues yo más tarde, cuando esté más convencida.

—Mira, haz lo que quieras. Oye, ¿cuándo me toca a mí? Llevo un rato esperando.

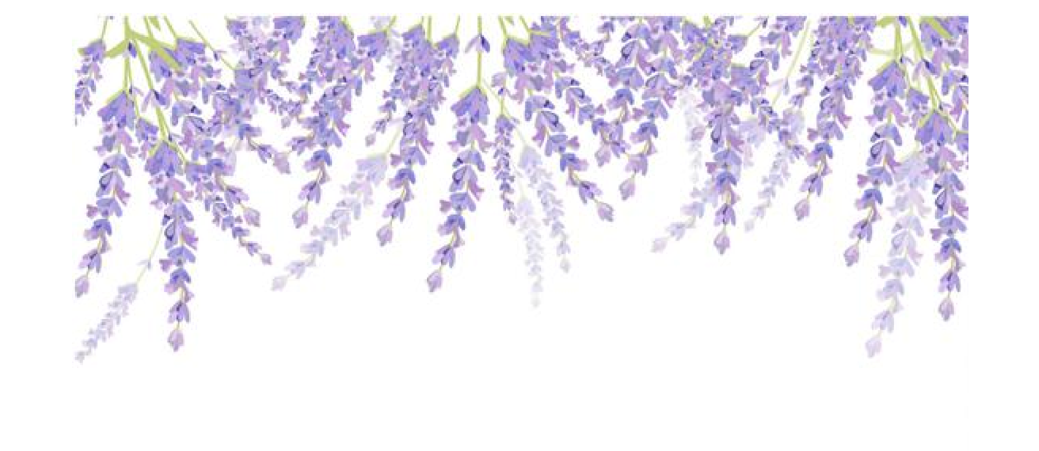
Linda disfrutó mucho aquel día por compartir esos momentos tan especiales con sus amigos.

En ese momento tuve la necesidad de ir al baño. Conocía muy bien la casa, así que no pedí permiso. Debo decir que había esperado

demasiado y tuve que correr hacia el interior.

Al salir del baño, oí un ruido que provenía de la cocina, me pareció como el sonido de un plato roto. Fui a ver qué ocurría y, de pronto, me encontré con dos personas con gorros en la cabeza. En un primer momento, pensé que se trataba de otro tipo de juego sorpresa, pero en un instante uno de ellos corrió hacia mí, me tapó la boca y sentí un pinchazo en el brazo.

Mi vida cambió en ese mismo momento.



CAPÍTULO IV

Peces de colores

Al despertar, me encontré en una habitación muy oscura, fría y húmeda.

No podía llorar, me sentía bloqueada por el miedo. Este miedo lo había sentido antes, pero algo no me dejaba recordar.

Cerré los ojos con la esperanza de poder despertar y que todo fuera un sueño.

Sentí extrañamente una pequeña liberación, me confundió, en segundos vi pasar secuencias tristes de mi niñez a gran velocidad, no podía dar explicación a mis pensamientos.

Tras varios minutos, alguien llegó y con voz tenue me dijo:

—No tengas miedo, nadie va a hacerte daño.

—No entiendo nada. ¿Qué está pasando?

—Lo importante es que estés tranquila, no te va a pasar nada, puede

que ahora no comprendas, pero poco a poco irás entendiendo que todo es por tu bien.

—Solo queremos que seas feliz y pases página, queremos hacerte olvidar lo que te hacía daño. Nada más.

Me quedé en silencio, en mi interior sabía a lo que se refería, pero no podía pensar en ello, necesitaba dejarlo atrás. Me había construido un mundo paralelo para no sufrir.

—Sí, pero sola no puedo estar, la soledad me asusta demasiado.

—No te preocupes, confía en mí.

Inmediatamente, llegaron una pareja de ancianos, José y María se llamaban. Podrían haber sido los abuelos que nunca tuve, llegué a pensar en un solo instante.

Ese fue el comienzo de una relación de cariño donde en ningún momento tuve la sensación de dolor o sufrimiento.

Algo tan extrañamente irreal, pero a la vez necesario.

Lo primero que hicieron fue llevarme a otro espacio de aquella especie de casa de campo, una habitación luminosa, grande, con una puerta que daba a un patio interior lleno de flores. Tenía una fuente en el centro, con azulejos de colores.

—Mira, Ana, ¿te gusta? Hemos pensado que te gustará, sabemos que es importante para ti estar en contacto con la naturaleza, las plantas y los animales.

—Mucho, gracias.

El agua corría a su ritmo justo, daba una sensación de paz increíble y en su interior se veían peces de colores, a los que naturalmente tenía que dar de comer.

—¿Ves esto? Aquí tendrás el alimento de los peces, tienes que echar muy poca cantidad. Te enseñaremos a cambiar el agua, las primeras veces lo haremos juntos.

—Sí, me encanta, nunca he tenido peces, pero mi amiga Linda sí.

Al nombrar a mi amiga Linda me puse triste, no sabía si la volvería a ver y eso me producía un gran dolor. Y entonces, también pensé en Carmen, el dolor me sofocaba.

—Ven Ana, hemos pensado en hacerte un regalo, te va a gustar mucho. No te digo más por ahora.

Al instante, como si de una medicina se tratase, cambié mi pensamiento. Supervivencia seguramente, algo que sabía hacer muy bien.

Compartir con ellos mi vida en ese periodo fue sin duda necesario para el cambio que estaba por acontecer. Se preocuparon siempre de que no me faltara buena alimentación, higiene adecuada y una buena educación. Fue una educación distinta a la habitual. Se basaba en aprender y después presentar por escrito mediante exámenes que creo

que ellos enviaban a otro país, algo muy raro de entender, pero que en ese tiempo me ayudó no solo a seguir con mi preparación, sino a estrechar mi relación con ellos. No me enteré bien del procedimiento en ese momento; la verdad, no me interesó. Una nueva vida que llegaba como un huracán para quedarse.

En mi vida apareció la imperiosa necesidad de olvidar el pasado que en esos momentos no comprendí, el dolor de la separación se confundía con una esperanza de vida mejor, en la que, sin llegar a entender, encajé. Poco a poco fui adaptándome a esa nueva situación, dejando atrás un vacío que solo ya de adulta comprendería.

Un día me trajeron una pantalla. Era un poco extraño, en ella me hacían ver una especie de película en modo real. El tiempo de visión, no exagerado al principio, fue aumentando hasta convertirse en algo natural en mi rutina diaria, algo que fui necesitando por momentos. En ella, una pareja se fue introduciendo en mi rutina, sin darme cuenta.

Podía ver la vida de ellos desde que se levantaban. Parecían un matrimonio muy agradable. Encontré simpatía en aquellas personas. Sus conversaciones me gustaban, su hogar también. Pronto me enganché como si de una serie se tratase.

—Mira Ana, a través de esta pantalla podrás conocerlos mejor y nos servirá para saber tu opinión sobre ellos más adelante.

—Pues, no había visto nunca nada igual, pero pienso que será divertido. Tienen una casa con jardín, me gusta.



Llegó un momento muy especial cuando un día José y María aparecieron con un perro precioso, se convirtió en mi cómplice, mi amigo y mi confidente. Era de corta edad, así que tuve que cuidarlo y alimentarlo. Me hizo sentir importante.

—Aquí tienes lo prometido, tu regalo. Puedes pensar en cómo llamarlo.

—¡Es maravilloso! Gracias.

Casi me salieron las lágrimas de la emoción.

—Ya lo tengo, se llamará Coco. Es gracioso con estos rizos como los que tengo yo.

—Es un perro de aguas. Aunque no es de raza, viene de un refugio de perros abandonados de aquí cerca.

Día a día disfrutaba de esos momentos, la compañía de Sara y Lucas (la pareja del monitor) aún en la distancia conseguían regalarme sensaciones que por primera vez experimentaba. Ocuparme de Coco, los peces y plantas del patio hacían que mis días fueran serenos.

En mis pensamientos, cuando no los veía también estaban, como cuando estás leyendo un libro y, en los momentos de pausa de lectura, te acuerdas de los personajes y estás deseando volver a leer y adentrarte en sus vidas.

Inicialmente, estas emociones las viví en paralelo al recuerdo cada vez menor de mi infancia. Rompía a llorar, pero el deseo de pensar en ello se iba desvaneciendo. No tenía sentido aferrarme a algo tan doloroso. Ese recuerdo de una familia modelo. Llegué a dudar de nuevo si era fruto de mi imaginación o si existió realmente. Aquellos personajes de mi recuerdo existían en mi cabeza, fueran verdad o no, pero cada vez quedaban más lejanos.

La esperanza fue disminuyendo y el vacío de los recuerdos aumentando. Era como si la corriente de un río me estuviese arrastrando, esas aguas que con fuerza me llevaban por un camino sin regreso, sin poder mirar atrás, sin duda hacia un camino esperanzador. ¿Qué había en ese pasado que yo estaba tratando de borrar?

Llegó un momento en que mi única prioridad, mi único deseo, era ver en aquella pantalla la pareja que me acompañaba cada día.

La conexión con ellos fue inmediata debido a la dulzura de aquel matrimonio, rodeado de un ambiente luminoso, su casa, cuyo interior dejaba ver grandes ventanales en el salón, una hermosa cocina que invitaba a pasar horas y horas haciendo platos exquisitos elaborados u otros más simples, que tanto me gustaban. En la casa había pocos muebles, el espacio en las habitaciones daba amplitud y luz. El jardín, con una zona barbacoa, invitaba a momentos de compañía con amigos entre risas y charlas. La necesidad de reuniones era otro punto en común que tenía con ellos.

Y me fui haciendo mayor.

La noción del tiempo era vaga, mi cuerpo cambiaba, no tenía ningún espejo, por lo que no pude apreciar bien los cambios.

Así que hablé con María. Las conversaciones con ella eran siempre dulces. Su voz cariñosa, sus movimientos relajados... Su trato hacia mí me hizo aferrarme a esa figura de abuelos que nunca tuve. Ahora sí, podía sentir a los dos como tales. Un día, me propuso ir a la ciudad y no preocuparme de nada, que iríamos de tiendas. Mi cara de alegría y sorpresa no necesitó dar una respuesta. Y así llegó mi primer día de compras.

—¿Podemos entrar en esta tienda? Me gusta este escaparate.

—Por supuesto, entremos.

—Mira este vestido blanco y este pantalón celeste. ¡Ay, me encanta todo!, ¿puedo cogerlos y probármelos?

—¿A qué hemos venido? ¡Corre al probador!

Entramos también en una zapatería, deseaba unas zapatillas blancas

de deporte y calcetines. Fue un no parar, toda una diversión. La mañana voló.

—María, me encantaría seguir visitando tiendas, pero tengo hambre. ¿Y si paramos en esos puestos de salchichas con patatas que he visto por la carretera viniendo hacia aquí? Me apetecería muchísimo. Después podríamos volver ya, si lo deseáis.

Los vi con cara de cansancio y yo comenzaba a estarlo también por tanta emoción.

Tras comer y beber algo, nos metimos en el coche y volvimos a casa.

Deseaba ponerme la ropa nueva inmediatamente.

—Ana, deja todo en la cómoda y ve a ver los animales, que después es la hora de los estudios.

—Muy bien, voy enseguida.

Muy agradecida por tan agradable mañana, fui a ver a los animales cantando.

Llegó el tiempo del aseo y de dormir casi sin darme cuenta.

Y por fin tuve la oportunidad de poder disfrutar de conversaciones directas con Sara y Lucas.

De nuevo, mi interior deseaba trasladarse, partir, descubrir. La realidad se confundía con la fantasía. Quizás en ese momento no supe dar explicación de lo que sentía, sólo intentaba vivir.

Ellos me hablaban como si ya me conociesen. Yo, sin embargo, preferí escuchar al principio. La seguridad que me dieron fue suficiente para que en un corto periodo diera el salto y perdiera la timidez.

—Hola, Ana. Cuéntanos, ¿de qué te gustaría hablar?, ¿te gustan los libros?, ¿qué te gusta leer?

—Bueno, en este momento estoy un poco nerviosa.

—Habla de lo que desees. O si lo prefieres, te hacemos preguntas.

—Os puedo contar de mí que me encanta estar rodeada de naturaleza, de animales; me gusta mucho la cocina, la preparación de la mesa es como un juego divertido, pero, con su importancia, me gusta dedicarle tiempo a su organización y decoración. También me gusta leer y escribir pequeñas historias. Siempre necesito cuadernos, se me acaban rápido.

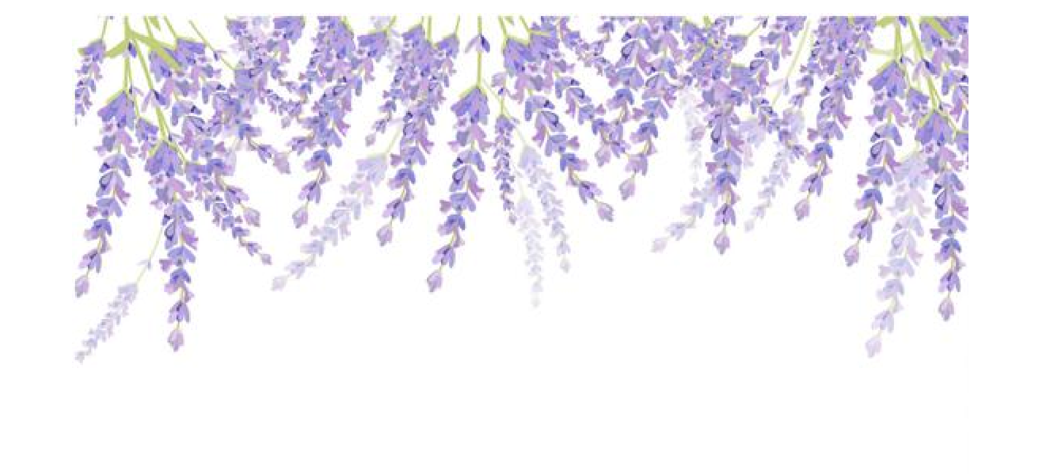
—Eso es estupendo, eres una chica entusiasta con muchos intereses, eso está bien. ¿Y cuáles son tus historias preferidas?

—En este momento estoy escribiendo una pequeña historia de una niña y su perro. Se han perdido en la montaña, iban de excursión y…

—¡Ay! No cuentes más, nos encantaría leerla cuando la acabes, siempre que lo desees, claro.

—Sí, me da un poco de vergüenza, pero sí, no me importaría. Si la termino. —Sonreí.

Estuvimos un buen rato conversando. Esta fue la primera de muchas conversaciones animadas que tuvimos, hasta que las conversaciones no bastaron y deseamos dar un gran paso: conocernos realmente.



CAPÍTULO V

Mar abierto

Mis días transcurrían con toda normalidad, la compañía de estas cuatro personas, dos presentes y las otras dos por la pantalla, hacían que mis jornadas fueran serenas y a su vez entretenidas. Sobre todo, llenas de amor. Hasta ese momento, no me di cuenta de cuánto me había faltado en mi vida anterior.

Fue un periodo lo suficientemente sincero y puro, dulce y generoso, como para que me acostumbrara a esa nueva vida.

Durante muchos años, en su juventud, la señora anciana había sido ama de casa y una excelente cocinera, algo que a mí me apasionaba; así que, durante aquel tiempo, preparamos juntas muchas recetas. El esfuerzo e interés no fueron suficientes y me costó mucho aprender en más de una ocasión, debido a la gran dificultad de la mayoría de ellas.

Llegó un día en el que me hablaron de la posibilidad de hacer un

largo viaje con ellos. Me encantó desde el minuto uno, sin necesidad de más explicación acerca de ello, ya que mi confianza se había reforzado a gran velocidad. Además, podía imaginarme la finalidad de ese viaje y eso incrementó mi entusiasmo.

La noción del tiempo era inexistente. Notaba que ya no era una niña, me había convertido en una jovencita de piernas largas. Mi melena rizada me hacía ser una chica algo llamativa sin maquillaje aún, aunque nunca faltaron los baños de espuma, sales perfumadas de baño, cremas, en definitiva, todo lo necesario para sentirme bien en el aseo diario.

Una semana antes de partir me dijeron que Coco no podría venir con nosotros, llegaría unas semanas después de nuestra llegada. Esto no me supuso problema ni temor alguno, iba a estar muy bien cuidado, no tenía duda.

Comencé a sentir un poco de nervios, conocería por fin a Sara y Lucas tras el viaje.

Mi vida había tomado un nuevo rumbo. La necesidad de una nueva búsqueda de felicidad me hizo continuar mirando hacia delante.

El día del embarque percibí sensaciones positivas. Iba a ser mi primer viaje, la emoción brotaba por cada poro de mi piel.

—Ana, ¿estás preparada? —dijo María.

—Creo que sí, lo dejé todo listo ayer, hoy tan solo he repasado, por si acaso. Un momento, deseo llevarme esta foto de Coco. Hasta que nos volvemos a encontrar, la pondré dentro de mi libro.

A Coco se lo llevaron unos vecinos mientras tanto, hasta que llegara el día de la partida.

Al llegar al puerto, quedé maravillada por la magnitud de aquel barco. Creo que hasta ese momento no había visto nada semejante, ni siquiera en fotografía.

Mis acompañantes se ocuparon de cada detalle, de maletas, documentación..., todo con normalidad. Y así comenzó mi aventura transatlántica.

Después de atravesar lo que me parecieron kilómetros, llegamos al camarote. De nuevo quedé impresionada por su tamaño y lujo de detalles. Teníamos un balcón grande. Podía ver desde allí el horizonte y esas aguas que iban a dejar atrás mi otro yo.

El viaje duró muchos días, repletos de situaciones muy divertidas, de largos silencios en la cubierta, comidas muy variadas en los distintos restaurantes, representaciones y música antes de dormir. Un confort, hasta ese momento, desconocido. Y todo se lo debía a aquellas personas que formaban mi círculo, un círculo que sin contemplaciones podía decir que formaban parte de mi corazón.

—Ana, ¿quieres pasar hoy el día con nosotros? La verdad es que no te vemos casi nunca, estás siempre ocupada en tus miles de

actividades. —Rieron.

—Bueno, cada día descubro una nueva actividad, me apunto a todas las que puedo. Las horas se me pasan volando, disculpadme, ahora me doy cuenta de que solo el primer día hemos comido juntos. Voy a reducir mi agenda y hacer más cosas con vosotros, ¿os parece bien? Mira, María, precisamente hoy hay un concurso de mini historias a las once, llevo varios días concentrada en ello. ¿Nos vemos después en el restaurante de proa para almorzar?

En mi voz se podía ver la emoción que sentía.

—Ah, pues eso pinta muy bien, Ana. Estupendo, nos vemos en el restaurante y así nos cuentas cómo ha ido.

—Hasta luego entonces.

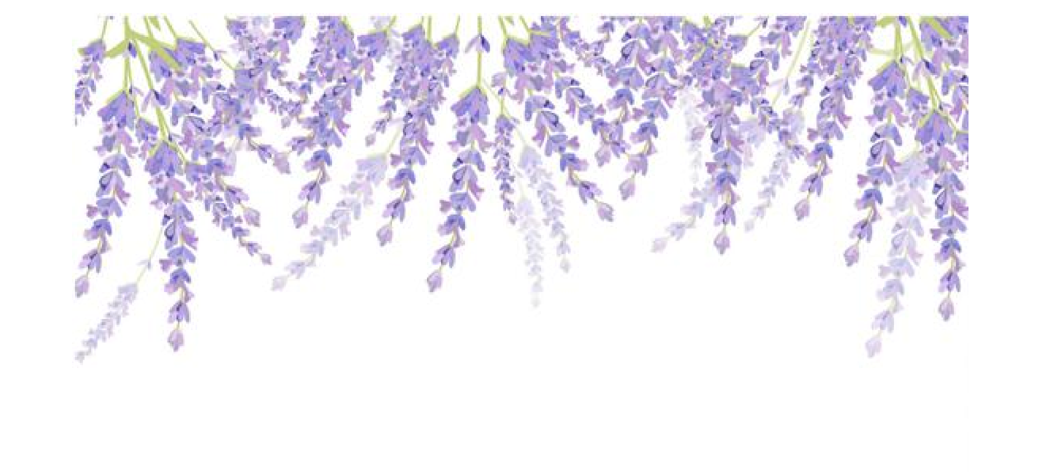
—De hecho, he pensado que si estáis listos podríamos también desayunar juntos.

—Sí, buena idea, vamos entonces.

—Vamos.

Todo era nuevo para mí, quise grabar en mi mente cada momento. Sentía la necesidad de celebrar cada día por estas nuevas experiencias, pero, sobre todo, quise reflejar en mi cuaderno todo lo que allí podía sentir y vivir.

Aunque hubiera deseado que durara aún más este viaje, llegamos a nuestro destino, Costa Rica.



CAPÍTULO VI

Caminando por un nuevo mundo

Estaba convencida de que sería una experiencia inolvidable. Nos subimos a un coche, el señor al volante con una sonrisa nos saludó. Me sorprendí cuando me preguntó cómo había ido el viaje ¡en mi idioma!

—Bien, gracias —respondí. Este detalle me hacía presagiar que las cosas saldrían aún mejor.

Llegamos por fin a casa de Sara y Lucas. La reconocí, de color blanca, llena de ventanales con arcos redondos.

Bajé rápidamente del coche. Estaban esperándome nerviosos, con una sonrisa enorme. Nos abrazamos con efusividad, algo extraño sentimos mutuamente, con la necesidad de prolongar ese momento tan especial.

Eché de menos tener en mis brazos a Coco y poder presentárselos,

seguro que él también hubiera vivido con emoción ese momento.

—¡Hola, Ana!, ¡por fin aquí! ¡No te imaginas la alegría que nos da verte y poderte abrazar!

—Sí, yo sentía lo mismo, mis ganas y nervios han estado concentrados en mi estómago. No he podido comer en las últimas horas.

—Tendrás hambre entonces, vamos a entrar y mientras Lucas te enseña la casa, voy sacando al jardín un aperitivo antes del almuerzo.

—José, María, venid que os dé un abrazo. No tengo palabras suficientes de agradecimiento por cómo habéis cuidado a Ana. La veo muy bien. Sin duda, es gracias a los dos.

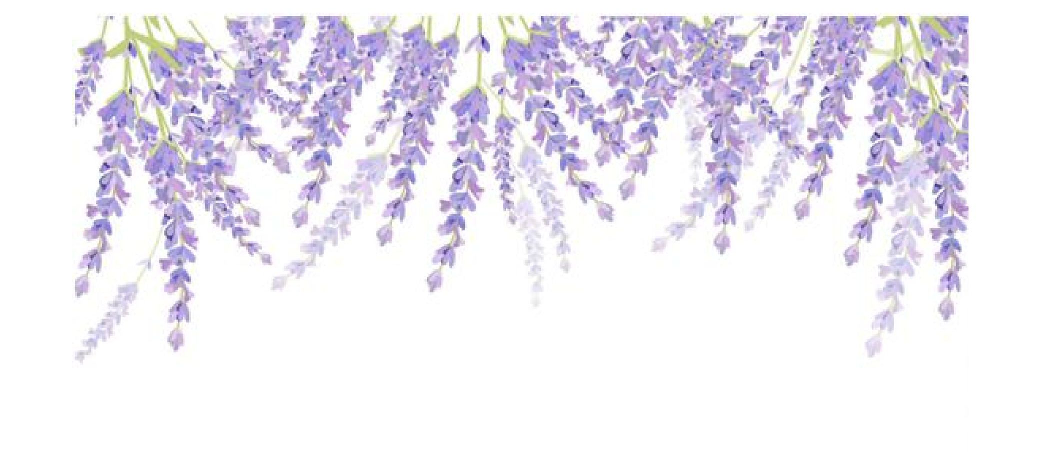
—Hola, Sara, no tienes por qué darlas. Ana es tan cariñosa y buena que todo ha sido muy fácil y cómodo. Ella necesitaba salir del pasado. Sin haber hablado del tema, hemos notado cómo lo ha agradecido. Ella guarda muy bien en su interior lo íntimo y, sobre todo, lo doloroso.

—Hablaremos de los detalles más adelante, hoy no es el día. Entremos, poneos cómodos, por favor.

—Con mucho gusto, Sara. Comienzo a estar un poco cansada —confesó María a media voz.

Disfrutamos de ese encuentro, no paramos de hablar ni un segundo, queríamos ponernos al día en cuestión de horas. Evidentemente, era imposible, pero se intentó.

.



CAPÍTULO VII

Aventuras

Mis días de vacaciones estaban llegando a su fin. En muy poco tiempo, pude disfrutar de todo lo que me hicieron descubrir de aquel maravilloso lugar. Estábamos no muy lejos de la capital, San José.

Jamás las semanas habían corrido a tal velocidad.

Y es que jamás mis días tuvieron tanta actividad y alegría.

Llegaba la idea de comenzar esta nueva etapa de estudios. Pensar en la opción de estar algún día preparada para optar a una buena universidad me convenció de que, aunque deseaba conocer los miles de rincones maravillosos que me estaban esperando, había que seguir un orden y un camino. ¡Ahora tocaba estudiar!

Me asustaba un poco la idea de ir a clase. Se me había olvidado estar entre alumnos de nuevo, ya que con José y María seguí cursos desde casa.

—Sara, ¿no crees que tendré problemas en la escuela? No sé si tengo el mismo nivel que ellos. ¿Habré aprendido lo suficiente? Me asusta la idea de estar de nuevo en una clase, casi no me acuerdo, creo que me dará mucha vergüenza.

—No te preocupes por nada. Te aconsejo que vivas cada día con naturalidad. Eres muy inteligente y te adaptarás rápido a la nueva situación.

—¿Y qué diremos de mis estudios? No sé qué tengo que decir.

—De eso hablaremos en su día, ahora disfruta de tu excursión. Me ha dicho María que José te lleva a un curso de paddle surf al mar, ¿es así?

—Sí, el día de la llegada vimos gente en la playa haciendo paddle y José vio mi cara de sorpresa y emoción, así que se ha informado y me ha invitado a hacer un curso. Creo que lo voy a pasar bien.

—Anda, no te entretengas y sal a disfrutar.

—Gracias, Sara. Un beso.

Eligieron un instituto no tan cercano como hubiera querido, me habría gustado poder ir a pie y gozar del paisaje en cada uno de los trayectos.

Seguramente, la elección fue correcta a nivel educativo. Sara y Lucas tenían muy claro lo referido a mi educación.

Esta etapa de mi vida fue generosa, concentrada en mis estudios y el deporte. Tuve la oportunidad de volver a hacer equitación, digo volver, aunque no recordaba si había hecho este deporte. Me era conocido montar, cepillar al caballo, el herraje. Me sentía cómoda cerca del animal.

Había descubierto el paddle surf y me encantaba.

Cada año conseguía terminar el curso mejor que el anterior. Deseaba estudiar Filosofía en la universidad.

Y así llegué al final de esta etapa.

El último año de escuela fue algo triste. No en lo que a lo académico se refería, sino por la enfermedad de una compañera y amiga.

Los dos primeros meses de clases hacíamos fiestas cada fin de semana. Las reuniones de estudiantes en bares con juegos de billar, música y una pequeña sala de baile eran lo habitual.

Fuimos un grupo con suerte, nos llevábamos todos muy bien.

Un lunes, como tantos otros, asistimos a clase y notamos la falta de una compañera, Grace. En principio, nada hizo alarmarnos, a veces nos ocurría, nos sentíamos mal y faltábamos a clase.

Pero un día, pronto se convirtieron en dos semanas y, por lo tanto, empezamos a preocuparnos y le preguntamos a la profesora. Nos respondió con gesto serio. Grace estaba con su familia en Estados Unidos, de donde era originaria, haciendo unas consultas médicas. No supimos nada más.

Al mes, un familiar vino a comunicarnos la trágica pérdida de nuestra querida amiga. Un cáncer acabó con su vida de la forma más cruel.

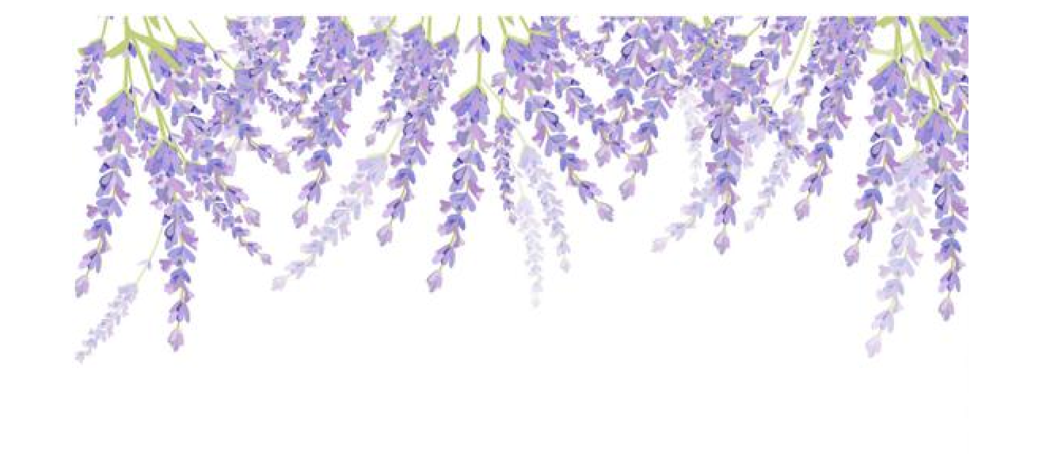
El silencio se hizo eco en la clase, nadie se atrevió a decir palabra. Las lágrimas nos brotaron en silencio.

—Carla, he pensado que preparemos un libro con fotos de amigos de Grace y que cada uno de nosotros escribamos una frase describiendo lo que ella significaba para cada uno.

—Ana, me parece muy bonito. Será muy duro para sus padres en el momento de leerlo, pero con el paso del tiempo les debería de colmar de orgullo saber cómo la queríamos. Vamos a preguntar a la clase, imagino que estarán todos de acuerdo.

Y nos pusimos manos a la obra. Fue muy emotivo, hecho con respeto y amor.

Al poco, llegó la Navidad. Esa fue la más triste que recuerdo. Fue la primera vez que sentí la muerte tan de cerca.



CAPÍTULO VIII

Curso de verano

Por fin llegó el último verano antes de tener que ir a la universidad.

Sara me informó que había visto un anuncio sobre un curso intensivo de escritura. Tendría que ir cada mañana temprano. Naturalmente, no me importó.

Decidí ir a ver el programa del curso yo misma, a ver qué me parecía. No me quería hacer ilusiones y paralelamente busqué otras opciones para ocupar el verano.

Llegó la tarde y me puse en camino. El horario de información era de tres a cinco. Tenía que coger un autobús y caminar veinte minutos.

Al llegar y ver el edificio con sus amplias ventanas y su luminosidad, me sentí feliz. Para mí siempre ha sido muy importante este tipo de elementos. El espacio, el orden y, por supuesto, la calidad del curso y sus profesores.

En la entrada había un grupo de personas esperando, no solo jóvenes, yo diría casi más adultos.

—¡Hola!, ¿es la primera vez que vienes al curso? Me han dicho que hay varios y que llevan años impartiendo cursos de verano.

—Hola. Pues la verdad, no lo sé, me he enterado casi por casualidad. He leído que es una escuela muy reconocida en San José. Yo vengo al curso de escritura. ¿Y tú?

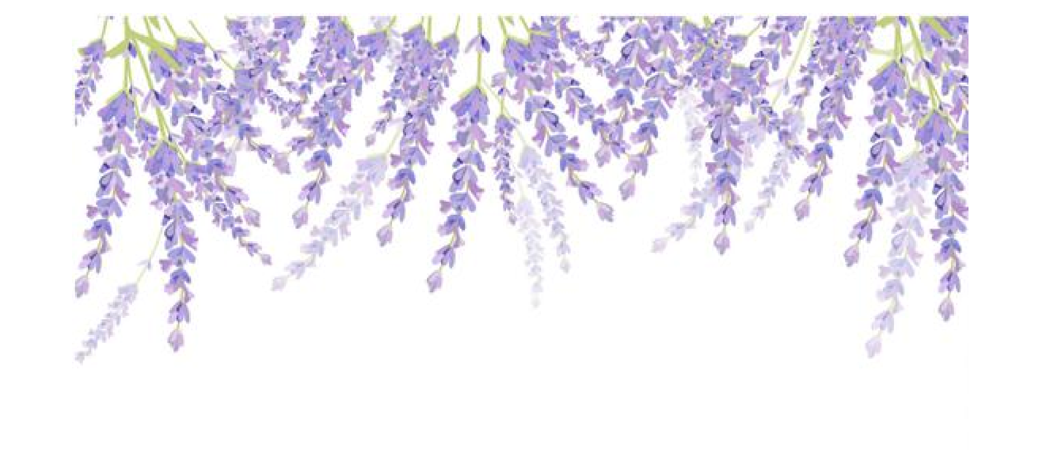
—Yo también. He oído que muchos vienen a otros dos que se van a dar simultáneamente. Uno de encuadernación y el otro, la verdad no he entendido muy bien de qué.

—Ah, nada, no te preocupes, era por curiosidad, sin más importancia.

Nos invitaron a entrar y nos sentamos en una sala preparada para la ocasión. Comenzaron después de una excelente presentación. Al final de la explicación, algunos de los allí reunidos hicieron preguntas que fueron respondidas con claridad. Me convenció. Al llegar a casa dije que empezaría la siguiente semana.

Este taller de escritura se convirtió en mi actividad diaria aquel verano. Se abordaron la creación de textos, reflexión y debate a partir de obras escritas de otros alumnos u obras literarias, habilidades para prescribir, redactar, revisar, editar y publicar escritos. Todo muy interesante, se me hizo corto.

Me alegré de haber hecho aquel curso, los conocimientos adquiridos me sirvieron en los inicios y continúan haciéndolo todavía.



CAPÍTULO IX

El pasado pausado

Necesito reflexionar. «Hoy, por alguna razón, me siento especialmente viva, mi presente me hace recordar un mar, una puesta de sol conocida. Noches eternas de caricias que no desean que llegue el amanecer. Nostalgia, podría ser».

«Pienso en los largos y relajantes paseos a pies descalzos por la orilla, deseos de historia de amor, contemplando un mismo horizonte sin final».

Me gustaba relajarme sentada en la orilla con mi cuaderno y dar rienda suelta a mi imaginación. Soñar.

De repente, sentí miedo, desconocía la razón.

Parecía como si mi vida estuviera dividida en fragmentos. Hay una parte oscura, a través de la cual deseo ver, pero no puedo. Me doy cuenta de que la situación me domina, necesito más que nunca

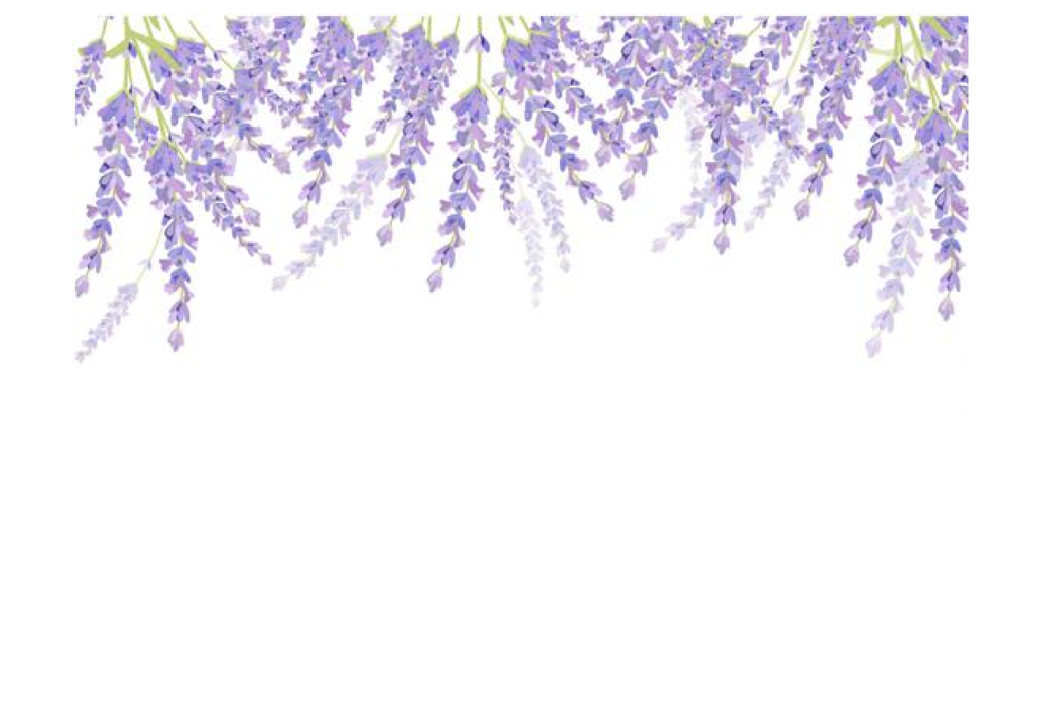
comprender el silencio prolongado de ciertos espacios de mi niñez. Sé que no es el momento y me relajo.

Me faltan recuerdos, no entiendo nada. A veces, veo imágenes que llegan a mi mente a borbotones y desaparecen al instante. No estoy segura de si son producto de mi imaginación o no.

Siempre hay una imagen que se repite: una mesa rectangular, una decoración perfecta, parece de exposición. Los colores regalan a la vista una sensación de alegría y el deseo de compartir en torno a ella, pero la mesa siempre está vacía, sin gente. Me parece muy extraño, triste.

Las flores no faltan, la luz y el pan en el centro de la mesa, un pan redondo un poco particular…

Y en ese momento me doy cuenta de que mi vida es como un libro con capítulos en blanco que, por alguna razón, no estoy interesada en descubrir.



CAPÍTULO X

Por fin, la universidad

Sara y Lucas llevaban tiempo buscando información sobre posibles universidades. Sus ideas eran París, Madrid, Miami o Costa Rica.

La mayoría ofrecían lo mismo prácticamente, siendo centros de gran reputación salvo Costa Rica, que daría además la opción de seguir estando cerca por algún tiempo más.

Iban a ser unos años interesantes, enriquecedores, seguramente duros en ciertos aspectos, pero el deporte y la escritura harían el camino más llevadero.

—A veces creo tenerlo claro, otras se me hacen muy difícil elegir, ya que ofrecen prácticamente lo mismo, son buenas universidades. Sara, ¿tú qué piensas?

—Te comprendo perfectamente, hoy la mayoría de las universidades ofrecen lo mismo, tendríamos que fijarnos en cómo están valoradas y,

sobre todo, la localización. ¿Dónde te gustaría pasar los próximos años?

—Tienes razón, indagar sobre el lugar que ocupa en el ranking mundial no será complicado, imagino.

—Pienso que, llegado el día, sabrás cuál será tu lugar sin problema. No te preocupes, Ana.

—Eso espero. Por el momento, estoy hecha un lío.

—Yo creo que deberías hacer una lista de puntos positivos y negativos de cada lugar, a ver si eso te ayuda a aclarar las ideas.

—Eso mismo estaba pensando, ya sabes, me encanta coger lápiz y papel. A ver, París seguro que es una de las más recomendadas, pues aparte de ser una ciudad impresionante, ofrece un sinfín de oportunidades. Pienso en sus cafés típicos tan acogedores, ideales como puntos de encuentro. Mira, Sara, se me hace la boca agua.

—Ana, no te olvides de que Madrid es una capital referente también por las mismas razones.

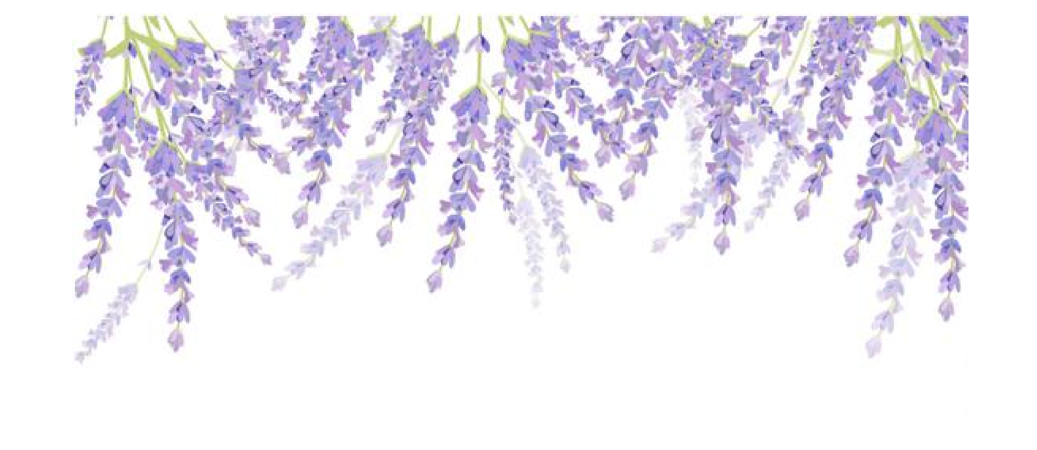
—Sí, entre estas dos capitales tan semejantes en cuanto a cultura habría que pensar en qué ofrecen en cuanto a su clima, naturaleza, gastronomía y hospitalidad, también algo que debo valorar.

—Estas dos, al estar en Europa, por su distancia pasaría mucho tiempo sin venir. Bueno, dejemos estos puntos para la elección final. Miami me encanta. Desde esa primera vez que me llevasteis a la boda de la hija de vuestra querida amiga Lina, hay algo que por alguna razón me acerca a esta ciudad.

—Y ya, por último, podrías quedarte aquí cerquita, como última opción, pero de igual manera sería un regalo para nosotros.

—Tengo que reflexionar bien y pedir consejo a mis amigas. A veces, intercambiando opiniones se pueden aclarar las propias.

—Muy bien pensado, Ana.



CAPÍTULO XI
Mi primer amor

El primer año de universidad transcurrió con normalidad, me costaba unirme a fiestas. Las grandes reuniones o aglomeraciones por lo general no me gustaban. De hecho, no me sentía cómoda, solo de pensarlo me faltaba el aire.

Mis días estaban siempre ocupados con las clases y el deporte. Hacía yoga, entre otras cosas, como la lectura, las largas conversaciones con Sara y por supuesto, la escritura.

No había nada que me relajara más que coger papel y lápiz, mi imaginación volaba. Las horas pasaban tan rápido que, a veces me costaba levantarme por no haber descansado lo suficiente y es que, en ocasiones, veía cómo el reloj marcaba las dos de la madrugada.

Llegó el final del primer curso y, más que nada, por hacer feliz a mi compañera de cuarto y amiga, con la que además hacía el curso de

yoga, acepté su propuesta de ir a la fiesta de fin de año.

Era el cuatro de julio.

—Ana, ¿sabes ya qué te vas a poner? Yo voy a decantarme por este conjunto de pantalón rojo. Creo que lo prefiero, sentirme cómoda es mi prioridad esta noche.

—Pues la verdad, estoy algo indecisa. Mira este mono de color verde agua, tengo zapatos planos a juego, también este conjunto de pantalón rosita con zapatos blancos o este pantalón corto con blusa beige. ¡Venga, ayúdame!

—Casi prefiero el pantalón corto, es monísimo. Nunca te lo he visto puesto y no lo entiendo, es divino.

—Compramos ropa continuamente y al final uno termina poniéndose siempre lo mismo.

Ambas nos reímos.

Las dos pasamos más de media hora para maquillarnos y arreglarnos el pelo. Cuando llegamos a la conclusión de que estábamos listas, dijimos:

—¡Basta!, ¡vamos a la fiesta!

Increíblemente, me gustó con solo poner un pie. Todo era nuevo para mí, la fascinante decoración, la alegría que allí se vivía, la cantidad de banderas americanas que, movidas por el aire, daban una sensación de danza del viento y la música alegre invitando a una entrada de verano particular. Todo hizo que viera diferente lo que hasta ese momento había imaginado de una fiesta universitaria.

Mi amiga me acercó una bebida muy típica en este tipo de fiestas americanas. Una combinación de vino dulce, coñac, limón, champán y frutos del bosque.

Imagino que, en estas fiestas multitudinarias, los ingredientes no serán precisamente los de la receta original.

Sin casi haber probado el alcohol anteriormente, tan solo en contadas ocasiones como Navidad o cumpleaños, la verdad, temí la reacción. Tomé un sorbo y prácticamente jugué con la copa en la mano la mayoría del tiempo.

Pasó una hora o poco más. Mis ganas de volver a la residencia iban en aumento. Para una primera vez, iba siendo ya suficiente. De pronto, un chico muy atractivo se me acercó e invitó a bailar. Creo que me salieron los colores al instante. No me había visto jamás en esa tesitura.

Acepté, aunque mis facultades en la sala de baile eran catastróficas, posiblemente por mi falta de experiencia que, unido a mis nervios, no ayudaban a que me soltase.

Sinceramente, pienso que poco le importó a él ese aspecto.

Al cabo de un rato, me propuso sentarnos y hablar. Acepté encantada, ya que mis movimientos repetitivos en la pista estaban

llegando al límite.

—Hola, soy Carlos. No te había visto nunca, ¿estudias en esta universidad?

—Sí, soy compañera de cuarto con mi amiga. —La señalé con el dedo—. Ella me miraba desde la barra, incrédula y feliz pues parecía que me estuviese divirtiendo.

—Entonces será que no has ido a ninguna fiesta antes, te habría visto, sin lugar a duda —señaló.

¡Ay, este chico me estaba gustando cada vez más!, ¡qué cosas decía! O sería que yo no estaba acostumbrada.

—Ana me has dicho que te llamas. ¿Y de dónde eres?

—Sí, Ana. Soy de origen español y vengo de Costa Rica, vivía allí con mi familia. Y tú, Carlos, ¿eres de por aquí?

—De toda la vida. —Sonrió—. Mi familia vive en Sunny, ¿la conoces?

—No, todavía no, pero ya he oído que es una zona muy bonita.

—No te equivocas. Si quieres, un día te llevo a dar una vuelta.

—No me importaría, gracias.

Y así, continuamos la charla animadamente durante horas, hasta que pedí disculpas. Me sentía agotada, quizás por la falta de costumbre. Dije que tenía un almuerzo en casa de una amiga al día siguiente y deseaba descansar para llegar con un aspecto presentable.

No sé qué me gustó más de él, si su físico, su palabrería o sus aptitudes de conquistador nato, pero todo eso hizo que, sin darme cuenta, a la semana estuviésemos saliendo juntos.

Al inicio, su compañía, sus besos, sus regalos, las salidas y cenas románticas fueron especiales. Los largos paseos con sus interesantes conversaciones, pues era un chico muy inteligente, estudiante de Ingeniería Química, me cautivaron en los inicios.

Llegó mi gran desilusión cuando de la noche a la mañana cambió. Las citas eran más esporádicas, decía estar muy ocupado con los estudios y sus obligaciones con su equipo de rugby.

Hasta que un día, caminando con mi amiga Jessica, lo vi en el parque con una chica, tirados en la hierba, abrazados calurosamente.

Me quedé sin palabras, miré a mi amiga y ninguna de las dos pudimos reaccionar de otra manera que darnos media vuelta y, aún en shock, caminar para irnos lo más lejos posible de allí.

—Ana, quizás tenga una explicación —me dijo.

No sabía cómo hacerme sentir menos desgraciada en ese momento.

—¿De verdad crees lo que acabas de decir? Siempre lo supe, lo imaginé, pero la forma de sentirme mejor era mirar hacia otro lado. Me hacían sentir mejor sus excusas, necesitaba creerlas, aún lo necesito. Soy tan estúpida que, aun habiéndolos visto, no hago otra cosa que repetirme «me va a dar una explicación» y seguro que me va

a convencer de su no culpabilidad. Me siento desgraciada por pensar así, por no tener la valentía de mandar todo al diablo, me siento débil pensando que lo necesito.

—Tienes que asimilar lo que acaba de pasar, lo que acabas de ver, no te atormentes. Deja pasar unas horas, verás las cosas más claras, estoy segura.

—No quiero precipitarme, prefiero ver qué me dice o cómo reacciona en los próximos días —dije dejando ver la tristeza en mis ojos.

Esa misma noche recibí un mensaje suyo. Supongo que la vergüenza le impidió hacer una llamada para invitarme a cenar.

Durante algunos segundos dudé si aceptar o no. Pensé que no tenía sentido, pero al final acepté. Quise ver con qué descaro me miraba a la cara y saber si me diría algo para romper la relación o si trataría de seguir con su doble vida.

Como me temía, siguió con su farsa. Lo que nunca llegaré a entender fue por qué lo consentí.

Llevaba meses con esta historia que no llevaba a ninguna parte.

Un día, después de una barbacoa en su casa, su padre se ofreció a llevarme a la mía. Su hijo no estaba en condiciones y acepté. Tom, que así se llamaba el padre, un señor alto, moreno, atractivo, había vivido los últimos años la enfermedad de su mujer y quedó desolado al quedarse viudo. La tristeza se reflejaba en sus ojos desde entonces.

Los amigos intentaron en muchas ocasiones animarlo a que saliera, pero sin éxito. Quisieron organizarles una cita a ciegas; él nunca aceptó.

Aquel día Tom necesitaba hablar y yo no me encontraba mejor que él, así que me dejé acompañar. En el trayecto pasamos por un lago y me preguntó si me apetecía caminar. Me pareció una buena idea alargar ese tiempo y poder conversar con tranquilidad.

Me di cuenta de que estar con él, de algún modo me daba serenidad, protección. Quizás sería su madurez, el carácter tan distinto al de su hijo. Era paciente, su voz dulce daba confianza, lo que sin duda yo necesitaba en ese periodo.

Aquella noche caminamos durante cuarenta minutos. Fue el inicio de un pasaje de mi vida que nunca olvidaré.

Éramos cómplices, nos dábamos consejos, reíamos. Aprendí mucho de él.

Un día, en una de nuestras tantas escapadas furtivas, paseábamos por un camino entre dos pueblos en las colinas cercanas cuando, de repente, comenzó a llover. Tom llevaba un paraguas y lo abrió. En ese momento, sentí un pellizco en el estómago cuando nuestras miradas se cruzaron. Me sorprendí de mi reacción y bajé inmediatamente la cabeza.

—A veces sueño con hacer unas largas vacaciones junto a ti, lejos, muy lejos —le dije.

Tom no hizo ningún comentario.

—Comprendo que es una locura, los dos a la vez sería sospechoso. Por eso disfruto cuando una y otra vez se repite este sueño, me siento feliz.

—Ana, disfruta de hoy, de cada segundo, quién sabe lo que ocurrirá mañana. Hazme caso.

Sus ojos dejaron ver una sombra de tristeza, los recuerdos de su esposa seguían muy presentes.

El agua nos mojaba por todas partes, así que decidimos volver al coche. En ese instante, al cerrar el paraguas, volvimos a cruzar las miradas y sentí una explosión de sentimientos en mi interior muy difícil de controlar. Fue algo instantáneo, involuntario y, a la vez, maravilloso. Me dejé llevar y, mirando hacia atrás, lo volvería a hacer con total seguridad. En este paréntesis de mi vida, hubo un antes y un después que me marcaron. Al pensar en el tiempo que mis manos siguieron las suyas, lo que sentí fue un conjunto de emociones y sensaciones que me trasportaron. Con él no existía la palabra miedo, desconfianza, preocupación. Todo era sencillo, tierno y bonito.

Y al llegar ese primer beso, fue el beso más dulce que mis labios habían probado. Largo, generoso, apasionado, prohibido... Exactamente eso, un beso prohibido que daba a mi vida un giro de aventura muy necesaria. Por primera vez, me dejaba llevar sin medir las consecuencias.

Volví a casa sintiéndome otra persona. Sabía que no era lo correcto, pero no quería que se acabara.

El tiempo voló. Cursaba ya el último año de universidad. Esos tres años pasaron sin darme cuenta. Nuestras escapadas, siempre alejadas de la «zona peligrosa» —así la llamábamos para evitar ser vistos—, nos daban tranquilidad.

La diferencia de edad nunca me molestó, no me importaron algunas de las miradas indiscretas que pude observar en diversas ocasiones. Era feliz y punto.

La situación cambió cuando un día, para mi sorpresa, pues siempre pusimos atención, algo falló y me quedé embarazada. Estaba muy asustada, pero, al mismo tiempo, una pequeña parte de mí era feliz con la idea. El deseo de familia lo llevaba dentro, aunque hasta ese momento no supe que lo tenía ni la razón que me llevaba a sentirme bien, aun siendo tan joven y con una vida profesional por delante en la que un hijo no formaba parte del plan en ese momento.

Quedamos un viernes, uno de esos en los que el que se suponía que era mi novio estaba ocupado. Preferí quedar en un sitio informal y no en un restaurante como habitualmente hacíamos.

Tom notó que algo sucedía, su exquisita educación me dejaba el espacio y la libertad de buscar siempre el momento adecuado si yo tenía que hablar de algún tema en especial.

Nos sentamos a lo largo del paseo, después de haber comido algo en los puestos de comida rápida que allí encontramos y le conté lo ocurrido.

Se quedó callado en un principio, su silencio interminable me resultó agotador, doloroso y me dijo:

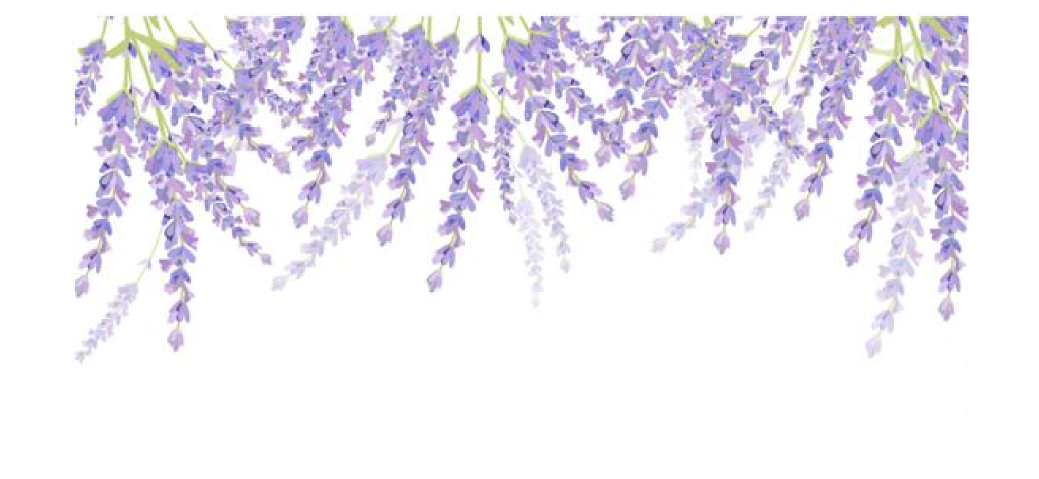
—¡No puedes tenerlo!, ¿qué diríamos?, ¿de qué forma lo explicaríamos?

Su voz sonó seria y fría. Por primera vez no lo reconocí.

—Por favor, llévame a casa. —Esa fue mi única reacción.

Los kilómetros se hicieron eternos, nos despedimos con un beso frío en la comisura de los labios y un hasta mañana.

Naturalmente, fue cruzar el umbral de la puerta y romper a llorar desconsoladamente. Sus palabras me habían herido sin piedad.



CAPÍTULO XII

Pensamientos oscuros

Sentí miedo, lloré, me quedé en silencio. Las lágrimas brotaban involuntariamente.

Sonó el teléfono, no quise responder porque sabía que era él. Seguía sonando. Vibraba de manera insistente. Suspiré y cogí aire. Era irritante, así que decidí responder.

—Ana, ¿por qué no me respondes? Necesito verte, tenemos que hablar. Deseo disculparme, no entiendo por qué reaccioné de esa manera, por favor, perdóname.

Escuché en silencio, no podía hablar, mi voz parecía bloqueada. Decidí colgar. Subí al coche, mis lágrimas eran difíciles de controlar, necesitaba estar sola, reflexionar.

El teléfono volvió a sonar, pero decidí apagarlo. Me sentía enfadada y arranqué el coche. Mis movimientos eran bruscos, sabía que no

debía conducir así, pero, de alguna manera, fue una forma de castigarme. Sentía que era culpable, sin embargo, no tenía fuerzas para analizar la situación.

Puse rumbo sin saber a dónde. Cuando comenzó a llover, mis lágrimas no cesaban y comencé a tener miedo. Mi llanto no me dejaba ver la carretera.

Todo ocurrió muy rápido.

Me desperté en el hospital. Nada tenía sentido, me dolía mucho la cabeza y el hombro. Vi a una enfermera que me estaba cambiando el suero. Le pregunté, deseaba saber qué había pasado, pero no obtuve repuesta.

—Ahora pasará el médico y le informará —me contestó con una leve sonrisa que desprendía compasión.

Entonces pensé en mi bebé. Miré de nuevo a la enfermera y, por su expresión, supe que algo iba mal.

Empecé a respirar rápido, me ahogaba, la angustia me sobrepasaba.

—¡Cálmese! —se dirigió de nuevo a mí la enfermera—. Ahora le pongo un calmante y verá que pronto se encontrará mejor.

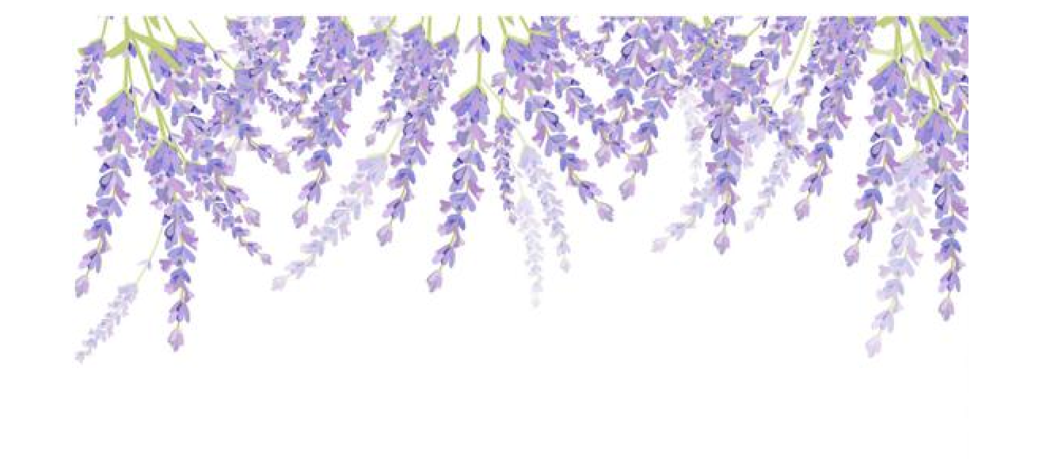
Me quedé dormida y, al despertar, el doctor me informó de la fatalidad. ¡Había perdido el bebé!

Quise retroceder en el tiempo, naturalmente, sin éxito. Por un instante, deseaba desaparecer, pero hubiera sido lo fácil y cobarde. La vida es un regalo, con sus momentos felices y otros amargos como este que, en muchas ocasiones, son consecuencia de decisiones equivocadas, otras no. Llegan y hay que saber afrontarlas de la mejor manera. No todos somos capaces de superarlas. Yo deseaba intentarlo.

Necesitaba dormir, coger fuerzas, pensar.

Mi vida se partió en dos y decidí escribir lo que estaba experimentando. La escritura siempre me ha hecho sentir bien. Es mi medicina en momentos tristes y la recompensa en los felices.

Escribí sobre qué me había llevado a tomar decisiones equivocadas. Reaccioné y decidí poner fin a mis dos historias. Cambiar de rumbo.



CAPÍTULO XIII

Desengaño

Los años de universidad pasaron muy rápido, recuerdo momentos positivos, emociones nuevas, situaciones conmovedoras, y otras no tanto, que marcaron de nuevo un antes y un después en mi vida.

Seguramente, mis años de escuela en Costa Rica guiaron un camino, ayudó a marcarme un proyecto, a ver el mundo desde otra perspectiva.

Tuve que adaptarme al cambio, había perdido la costumbre de ir al colegio, ser una estudiante más.

Recuerdo esa etapa de mi vida con alegría. A algunos de los profesores —había un grupo en especial— no les importaba hacer más horas para ayudar a alumnos con dificultades.

Hacíamos muchas excursiones culturales como al museo nacional o al Centro de Rescate Santuario del Perezoso. Cuando pienso en esta

salida en concreto, sonrío recordándola.

Aquel día, después de pasar horas paseando, atravesando aquel bosque, escuchando el maravilloso sonido de los pájaros o aquellos monos tan pequeños que se suspendían por los árboles altísimos y saltaban como si de un baile se tratara, me sentí libre como ellos. Llegamos al final de aquel camino y, por fin, vimos la playa. Teníamos mucho calor. Íbamos muy bien preparados, con gorros, agua, mochila y el pícnic; sin embargo, no dejaba de ser agotador.

Estábamos deseando zambullirnos en el agua.

Las maestras nos advirtieron que pusiéramos a resguardo los objetos de valor: llaves, gafas, monederos y, sobre todo, la comida por ser muy llamativa para los mapaches.

—Estos aparecen rapidísimo y la roban —nos alertaron. Todos reímos al imaginarlo. Nunca entendí por qué el parque se llamaba Perezoso, cuando lo único que vimos fueron mapaches. Tampoco lo pregunté.

Intentamos esconder como pudimos las cosas y nos fuimos al agua.

—Rosita, no me mojes la cabeza, os he dicho que me he recogido el cabello para no mojarlo.

—Disculpa, Ana, ha sido sin querer.

—No pasa nada.

—Lily, cuéntanos qué te ha pasado con tu compañera de cuarto, parecías preocupada todo el viaje.

—La verdad, no me apetece mucho hablar de eso ahora, estoy intentando pasarlo bien y no pensar. Pero, básicamente, ha sido una incomprensión por su parte, me ha dolido mucho. No soporto que alguien piense de antemano mal de mí por un tema que no está claro, una idea preconcebida o un malentendido. Esto es lo que más me ha molestado. Ya lo hemos aclarado y me ha pedido disculpas. No tenemos que darle más importancia, olvidemos.

—Estoy de acuerdo y comparto tu forma de pensar —dije.

Jugábamos felices y reíamos. De vez en cuando, echábamos un ojo a la playa por si aparecían los mapaches.

Tras varios minutos jugando en el agua, una amiga dijo en voz alta:

—¡Mirad, ahí vienen!

Eran cuatro o cinco en fila. Iban despacio, parecían una banda de ladrones y empezamos a reír, hasta que uno de ellos corrió y atrapó con sus manos una bolsa de comida y la llevó donde estaban los demás, detrás de unos matorrales. Hicieron un círculo protegiendo su captura. Decidí acercarme un poco a ver y observé cómo sacaban la comida. En concreto, uno rompió una bolsa de patatas con una naturalidad asombrosa y se la repartieron tranquilamente sin dejar de controlarnos en todo momento. Fue muy gracioso.

Como este, otros recuerdos hicieron que esos años fueran especiales.

Estudiar junto a la naturaleza, animales, el mar y la montaña marcó felizmente aquel periodo.

Universidad.

Recuerdo la incertidumbre que tuvimos por una acertada elección.

Supe desde muy pequeña lo que deseaba estudiar: Filosofía.

Teníamos varias opciones, mi familia más que yo. Seguir los estudios en el país o, por el contrario, ir a Madrid, París o Miami. El momento de la elección se acercaba y las posibilidades las tuve que poner en orden de prioridad. En primer lugar, París, segundo Miami y tercero Costa Rica.

Un día, recuerdo que estábamos por salir de casa. Lucas tenía una importante competición de golf. Llegó Robert, el cartero, y nos dio una carta. En principio, ni miramos, la lancé a la mesita de la entrada y entonces vi mi nombre y la volví a coger.

—¡Sara, Lucas! —grité—. Es de la universidad. ¡Mira, Sara!, me tiemblan un poco las piernas de la emoción, estoy a segundos de saber el rumbo de mi vida en estos próximos años.

—Ya veo. Sabes que no importa el destino, sabrás afrontar la aventura de la mejor forma posible, como siempre has hecho. No tengo duda alguna.

—Bueno, dejad de hablar, tengo mi competición de golf. Abre la carta y dinos —dijo un poco alterado Lucas.

—No sé quién está más nervioso, la verdad. ¡Voy, voy! ¡Ahí va! —manifesté.

Había sido admitida en la de París. Dimos un salto y nos abrazamos con efusividad. Lucas pensó en voz alta: «¡El día va a salir bien!».

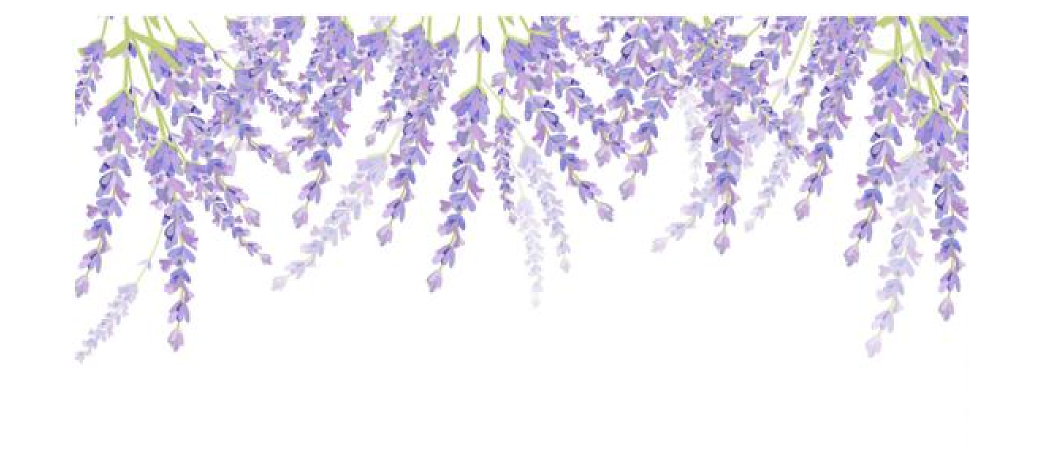
Sin embargo, no fue así ni para su competición ni para mi primera elección. Cuando ya teníamos todo listo para hacer la reserva de la residencia en suelo francés, hubo una llamada que, con excelentes buenas maneras, nos comunicó pidiendo disculpas, que había habido un error y, lamentablemente, se habían dado cuenta demasiado tarde. Mi nombre había sido solapado por otro alumno.

Por lo tanto, la idea de estudiar en París se desvaneció, aunque sinceramente, me alegré. Esa idea no fue mía, sino de Lucas y Sara, yo no quería irme tan lejos a estudiar.

Finalmente, mi destino fue Miami. En tierra americana empecé y terminé mis estudios de Filosofía. Allí me enamoré, desengañé y tuve una experiencia que me marcó de por vida.

Lo más importante fue que empecé a volar sola, por mí misma. Por primera vez fui la que creaba mi camino, estando segura de mis decisiones.

Las equivocaciones son necesarias para aprender.



CAPÍTULO XIV

Riviera Maya

Último año, el más difícil, por mi relación casi inexistente con el que pensé era mi novio y el error de continuar con una historia fantasma.

Más tarde, la equivocación de mis sentimientos con Tom marcó lo que tenía que haber sido algo para recordar con alegría si lo hubiese vivido en otro momento o circunstancia.

Antes de la despedida de fin de carrera hicimos un viaje las dos clases juntas. No estaba de humor, pero Sara y Lucas me convencieron. Sabían que me haría bien salir de allí una semana, descansar y cambiar de aire.

No había salido mucho desde que dije adiós a Tom y a su hijo.

Una semana en la Riviera Maya. Sonaba bien. La mayoría iba con unos planes muy distintos a los míos: diversión, alcohol, aventuras, deportes de mar…

Conseguí que me pusieran en una habitación con una señora que, tras años de vida casada, decidió terminar sus estudios de Filosofía.

—Hola, parece que vamos a pasar estas vacaciones juntas, espero que no te moleste, ya no soy tan jovencita. A propósito, soy Susan.

—Hola, encantada, soy Ana. Sin problema, en este viaje lo que más deseaba era tranquilidad. Me siento afortunada de que haya una persona más adulta entre nosotros. ¡Además, mujer!, ¡estupendo!

—Pues gracias, presiento que van a ser unos días especiales.

—Seguro que sí.

Nos hicimos amigas en esa semana, hablamos mucho, sobre todo, de nuestras vidas. Me sentí cómoda contándole lo que me había sucedido y ella me habló de su marido e hija.

Se quedó embarazada muy joven, su marido era militar. Según me contó, un buen hombre, pero la vida no les fue fácil al inicio. Tuvo que dejar sus estudios y entrar a trabajar en una cadena de supermercados como cajera.

Contaba cómo llegaba cada tarde a casa con las piernas hinchadas, con dolor de espalda y cuello y un humor penoso.

Además, su marido estuvo destinado los primeros seis meses en una misión fuera de los Estados Unidos, casi sin comunicación. Los días pasaban tristes y más de una vez tuvo miedo de perder el bebé. La tristeza se adueñó de ella en varias ocasiones llegando a ser un problema para su salud.

Casi antes de volver su marido, estuvo ingresada en el hospital con contracciones, pero era muy pronto aún. Hizo lo que los médicos le aconsejaron y, por suerte, el bebé esperó en su vientre algunas semanas más.

Al nacer, estuvo en casa para poder disfrutar de su niña. Ambos decidieron que ella esperara un año para volver al trabajo. En ese tiempo hizo varios cursos desde casa, y cuando llegó el momento de llevar a la niña a la guardería, encontró un trabajo como recepcionista en un centro médico.

Su vida cambió, los horarios eran mejores, los pacientes, generalmente, muy amables y el sueldo más generoso.

—Cuando me veo aquí, Ana, la verdad es que no me lo creo. Mi sueño se desvaneció un día hace muchos años al llegar la noticia de mi embarazo. Se cruzaron sentimientos de frustración y miedo, pensé que todo se acababa ahí. No sabía qué iba a ser de mi vida. Te aseguro que el peso de la derrota me ahogaba. En aquel entonces, nunca hubiera imaginado haber tenido otra oportunidad y mucho menos conseguir terminar mis estudios. Una alegría inmensa que, tras pasar esos días de shock, por fortuna, la noticia de llevar dentro de mí una vida me ilusionó. Pero tengo que decir que pesaba nuestra juventud, el poco tiempo que llevábamos juntos y el terreno económico. Dudas y más

dudas, dejaban un camino a mis pies, un terreno lleno de curvas donde tuve que aprender a pisar el freno para que mis sentimientos y miedos no me hicieran caer por el precipicio.

—En casos así, es difícil ponerse en el lugar de la otra persona. Puedo llegar a imaginar lo que llegaste a sentir. Te felicito. Tu valentía, fortaleza, tesón y amor propio son dignos de admiración, Susan.

Nos dimos un cariñoso y largo abrazo.

Siempre deseó terminar sus estudios de Filosofía, este sueño quedó en el cajón, pero cuando su hija cumplió dieciséis años decidió inscribirse de nuevo en la universidad. Tuvo el apoyo incondicional tanto de su marido como de su hija.

—Es maravilloso escucharte, hoy tienes tu merecida recompensa y yo la suerte de compartir este momento contigo.

Susan escuchó también la mía, me felicitó por haber sido fuerte en la decisión de acabar con las historias paralelas de mi juventud.

Sintió mi dolor y la pérdida del bebé, pero como bien me dijo, el dolor nos hace más fuertes y lo más importante es saber superarlo.

Esas vacaciones con Susan fueron distintas a las de mis compañeros, para mí fue relajante y, de alguna manera, me dio impulso para seguir afrontando las situaciones difíciles que llegarían en el futuro.

Compartir otras experiencias duras logró atenuar mi pensamiento dramático de ciertos aspectos de mi vida.

Las vacaciones siguieron con largos paseos por la playa, excelentes comidas en el hotel e incluso hicimos dos excursiones, una de ellas a Isla Mujeres que, por cierto, me encantó.

—Susan, no te lo vas a creer cuando te diga que no he hecho jamás una salida con amigas ni con ningún grupo, ya sea en la escuela o fuera. Para mí es todo nuevo. Me siento como una niña que sale por primera vez dejando a sus padres en casa.

—Te diría que no le dieras importancia en absoluto, yo tampoco tuve ocasión antes de ahora. Obviamente, por distintas razones. Vengo de una familia humilde, donde traer a casa la comida cada día era ya un logro para mis padres. Heredábamos la ropa de primos y hasta, en ocasiones, mi madre, aún recuerdo su cara de vergüenza, tuvo que ir a la iglesia a pedir ayuda. El comienzo de la escuela estaba cerca y ese año mi padre estuvo sin trabajar durante muchos meses.

—¡Cuánto lo siento, Susan! Puedo parecer insensible y no es así, por preocuparme por unas simples salidas o excursiones. Imagino cómo tuvo que ser duro para una niña darse cuenta de esas cosas.

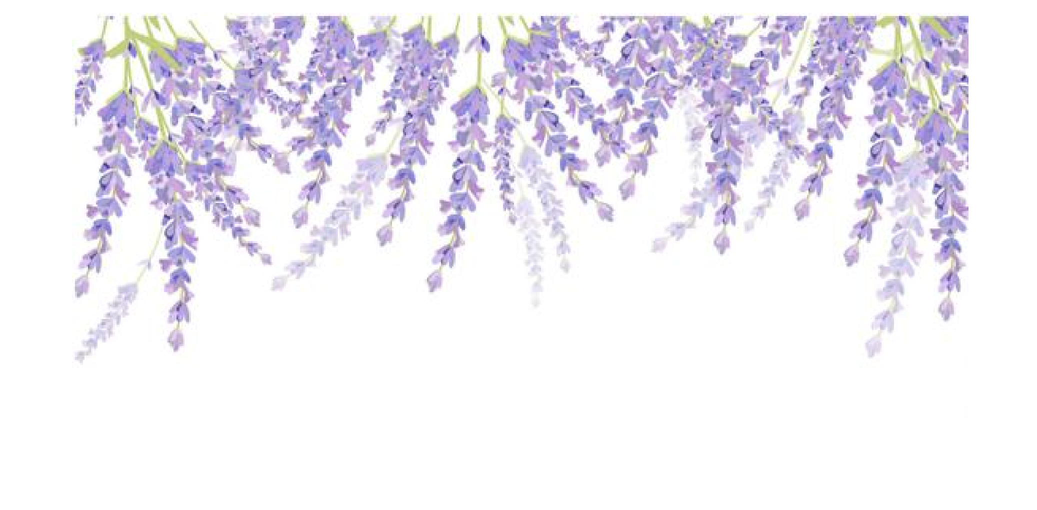
—Pero ahora estamos aquí para pasarlo bien, no miremos atrás, de nada sirve más que para enseñarnos a ser más fuertes, Ana.

—Tienes toda la razón, siento que van a ser unos días muy bonitos para las dos.

—Esa es la actitud que hay que tener, muy bien.

Al día siguiente, un barco tipo catamarán nos llevó desde Playa del Carmen a Isla Mujeres y, a medio camino, hicimos inmersión con gafas para ver los bancos de peces. Fue impresionante y divertido. Susan se emocionó al ver los delfines de cerca. Sin duda, unas experiencias inolvidables.

Ya en la isla, de nuevo paseos, comida programada, barbacoa con pescado del lugar y más confidencias, estas más agradables, que pusieron el broche a aquellas vacaciones tan especiales.



CAPÍTULO XV
Mi amiga Susan

Quedé con Susan en ir de visita el sábado siguiente tras nuestra última conversación telefónica.

Me alegró ver que la vida se había portado bien con ella y su familia. Vivían en una casita pequeña, pero a su vez, linda y acogedora. En esos pocos metros de fachada pude intuir la alegría que escondía en su interior.

La cocina daba a la calle principal, las ventanas adornadas con cortinas en color amarillo daban un toque de luz animado a la entrada.

No me dio tiempo de llamar al timbre cuando, nada más llegar, me abrieron la puerta con gran entusiasmo. La familia ya me conocía por los comentarios de Susan, igualmente me ocurría a mí.

Seguimos en contacto tras nuestro viaje, nos gustaba pasar un día a

la semana alrededor de una buena mesa con un buen vino, dando rienda suelta a nuestras confidencias más íntimas.

En aquella estupenda tarde pude comprobar el amor que emanaba de su hogar. No exageró ni un ápice al hablar de Brad, su marido. Un hombre sumamente atractivo, me pareció reconocerlo en las películas de los marines americanos. Al igual, me sorprendió su carácter dulce, tierno y generoso.

Hacían una maravillosa pareja. Su hija llegó con algo de retraso, pidiendo disculpas, se presentó y sentó a la mesa. El enorme parecido con su padre me maravilló.

Susan era muy buena cocinera, sin embargo, su marido dejó ver su arte culinario y nos deleitó con menús propios de restaurantes de alto nivel. Los dos entraban en competición muy a menudo en este campo.

Fue una tarde muy agradable.

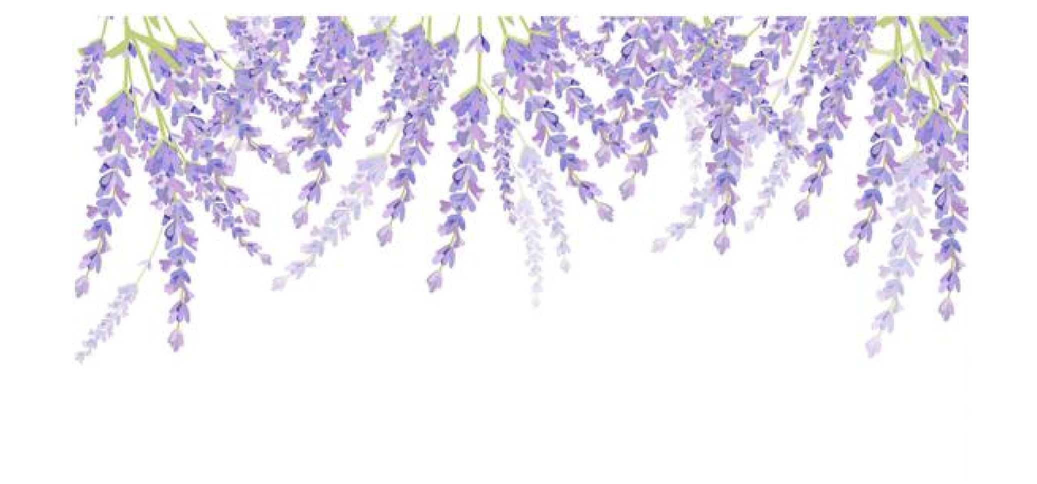
Me quedé con la miel en los labios con los comentarios de Brad sobre algunas secuencias de sus misiones. Desafortunadamente, no dio tiempo a mucho más.

Me hizo reflexionar sobre el papel que desempeñan en silencio los militares. Mientras no hacen falta son casi invisibles, hay gente que cuestiona si cuestan mucho al Estado, pero inevitablemente, cuando hacen falta, todos aplauden.

Militares que parecen hechos de otro material, sienten, honran su bandera y a su país, sin importarles dar la vida a cambio.

Héroes en silencio que no abandonan jamás.

Vivir de cerca la vida de uno de ellos me hizo aprender a valorarlos más.



CAPÍTULO XVI

Casa editorial

Tenía la carta en mis manos, sintiendo recelo en abrirla. Cobardía, inseguridad, no sabía qué era exactamente.

Estaba acostumbrada a los retos, era uno más. Respiré hondo, tomé fuerzas y abrí el sobre.

«Estimada Ana:

Nos complace comunicarle...».

Me calmé inmediatamente, me di cuenta de la importancia que tenía. Y entonces, el estómago comenzó a doler, intenté calmarme y seguí leyendo el tipo de oferta y el nombre de la editorial en la ciudad de mis sueños.

Su magnitud e importancia a nivel profesional y personal me

hicieron entrar en pánico. Duró un momento.

En segundos mi expresión cambió, la editorial era una de las más importantes del país. La confianza que me transmitieron y el puesto ofrecido me llenaron de emoción particularmente: «redactora de contenidos» no estaba nada mal con los estudios recién terminados y, sobre todo poder ver que una editorial tan importante confiase en mí.

No cerré la carta. La tuve que leer de nuevo, hasta cuatro veces. No me lo creía.

Los nervios habían desaparecido, mi sonrisa aumentó, cogí el teléfono y llamé a Sara. Le conté con detalle no solo la notificación, sino mi reacción.

Llamé a Susan también, se alegró, me aconsejó, pero, sobre todo, me felicitó.

—Ana, aprovecho que te tengo al teléfono, ¿tienes unos minutos para dedicarme?

—Sí, claro. Dime.

—Tengo una gran noticia, a Brad lo destinan a una base americana en España. He pensado en ti, no te lo vas a creer. Es en Andalucía, la base de Rota, en Cádiz. No sé si has escuchado hablar de ella, te fuiste muy niña de allí.

—Eso es fabuloso, una oportunidad inigualable. Nunca estuve en ese pueblo, pero sé que es un lugar muy animado, la base es muy grande y las playas, estupendas. Mi vecina Elisabeth, en una de las interesantísimas narraciones de su vida me habló de un novio que tuvo, que conoció precisamente en Rota. Un militar de color, muy atractivo, pero eso te lo cuento en otra ocasión, junto a una copa de vino, si te parece.

—Estupenda idea.

—Y dime, Susan, ¿para cuándo es la partida?, ¿sabéis algo ya?

—En dos meses, todo muy precipitado. No por el alojamiento, que es en la base. Estamos pensando, sobre todo, en nuestra hija. Esta casa es muy grande para ella sola. Seguramente, le cojamos un estudio. Estamos barajando la posibilidad de alquilar la nuestra. Como sabes, acabamos de mudarnos, los recibos del banco son sustanciosos y nos vendría bien recibir una ayuda. ¡Por fin teníamos una casa con habitaciones para cada uno de nosotros! De todas formas, la idea nos entusiasma. ¡Es una gran ocasión!

—Te entiendo. Si os puedo ayudar en algo, dímelo.

—Gracias, Ana, te iré contando. Un abrazo.

—Ya hablamos, besos.

No me olvido de mis acompañantes de crucero y de vida, José y María, que como siempre, les he dejado saber que me llevaron por mares y océanos, no solo en esas semanas de crucero, sino desde que los encontré, salvándome de aguas peligrosas a las que dejé de

enfrentarme desde el momento que los conocí.

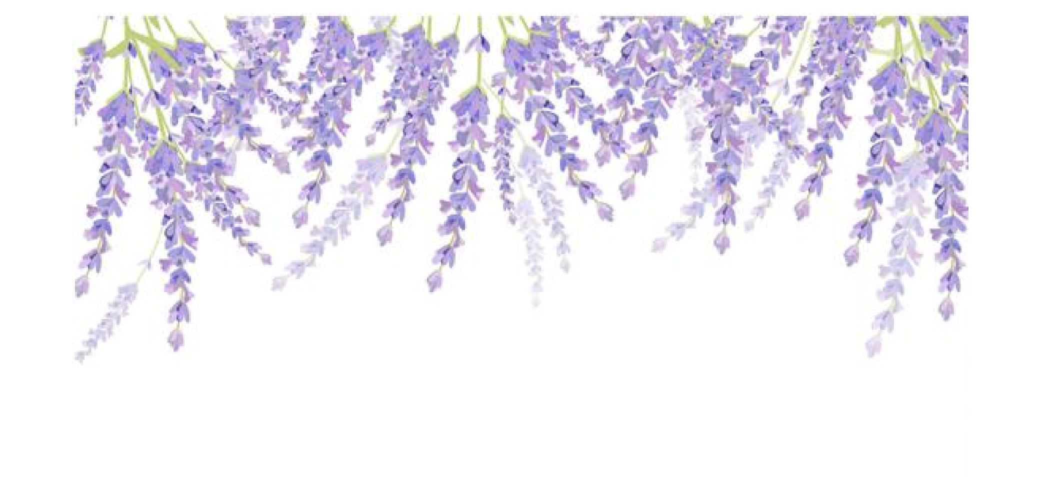
Siempre se alegran de mis buenas noticias, estaban al día de mi evolución. Hablaban cada dos o tres semanas con Sara y le preguntaban por mí.

Siempre que puedo les envío una postal.

Las personas mayores me producen ternura, han dado generalmente su vida por los demás. Han trabajado duro, en muchos casos se han sacrificado a límites insospechados para sacar a delante a sus seres queridos. Han sido importantes, sea en sus hogares, con sus responsabilidades, o en sus puestos de trabajo, y cuando se hacen mayores, a veces todo queda en el olvido. Es muy injusto cuando esto sucede, es verdaderamente triste. La vejez nos vacía por completo, nos abandona como personas para convertirnos únicamente, en una palabra: ancianos.

Y volviendo a mi prometedora oferta de trabajo, a cada uno de mis allegados, al teléfono les comunico el puesto ofrecido, pero todos desean conocer en qué consiste exactamente el puesto.

—Os lo contaré cuando nos veamos —dije entusiasmada.



CAPÍTULO XVII

Central park

El momento de la elección del apartamento lo viví con exaltación. Siempre me han encantado los retos. Se abría a mis pies uno más.

Iba a separarme de mi familia, Sara y Lucas.

Me habían acogido con los brazos abiertos, regalado una vida de amor, cariño y respeto. Unos valores transmitidos que han hecho de mí, la mujer que soy hoy.

La idea de emprender mi camino en solitario me hacía muy feliz: tomar vuelo sin reparo, seguramente con alguna que otra dificultad, en mi largo recorrido que estaba por iniciar.

¡Qué sería de nuestras vidas sin esas montañas rusas por explorar y aventuras y desengaños que afrontar!

La búsqueda del apartamento fue emocionante, todo me parecía perfecto, el problema acontecía al ver siempre algo mejor y vuelta a

empezar.

Mi elección fue en una zona llamada Yorkville, a solo veinte minutos a pie del Central Park.

Soñaba con dar largos paseos a diario por aquel parque. Había visto esa imagen tantas veces en las películas que tener la ocasión de hacerlo me parecía fascinante.

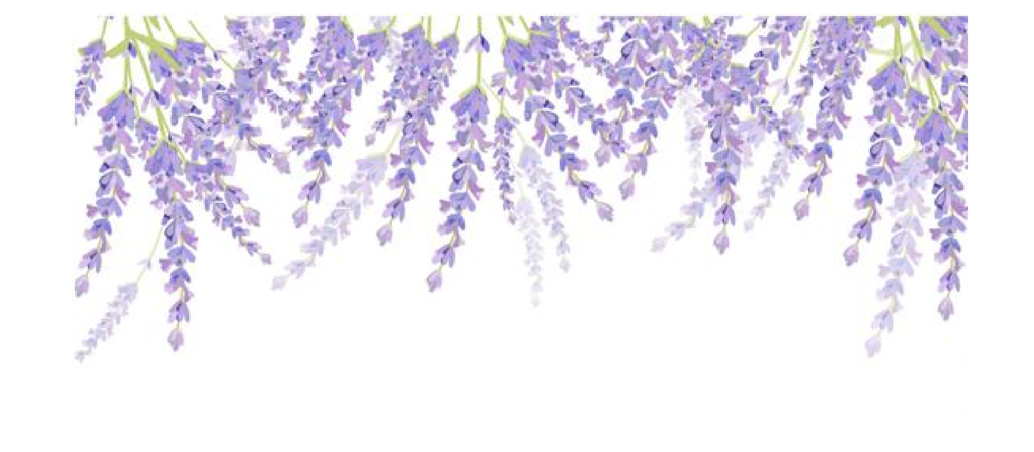
Mi apartamento era muy pequeño, constaba de una entrada abierta a la cocina, un mini salón y un dormitorio con su baño. Lo mejor eran los ventanales que dejaban ver unas vistas impresionantes de Central Park, además, el apartamento estaba recién renovado, algo muy positivo en cuanto tratar de evitar lo máximo posible futuras averías.

El día de la mudanza fue excitante, Sara tuvo la grata idea de venir a ayudarme. Pasamos tres días agotadores abriendo cajas y colocando todo en su sitio. Fuimos a comprar los utensilios que necesitaba, pero tuve que frenar sus deseos, quería comprarme casi la tienda entera. Reíamos con mis negativas.

Al mediodía, pedíamos la comida y nos la traían a los pocos minutos. De cada momento cómplice sacábamos anécdotas. ¡Lo pasamos tan bien juntas!

Creo recordar que fue nuestra primera y única experiencia hasta la fecha, las dos solas. Fue simplemente maravilloso.

Sara se marchó relajada, feliz por dejarme «con todo bien atado», según dijo.



CAPÍTULO XVIII

Emma

Era uno de esos días lluviosos de los primeros días de otoño, con viento, grises en los que prefieres quedarte en casa. Miré por la ventana, no invitaba el tiempo, pero necesitaba hacer una pausa de ordenador y salir a correr un poco. Así que me preparé y salí.

Ese día estrenaba las zapatillas de correr que eligió Sara en una de nuestras salidas cuando estuvimos juntas. Eran aptas para la lluvia y en ese momento me alegré de que me las comprara, aun cuando aquel día no estuviera tan convencida de su utilidad.

Cerré la puerta tras de mí, sólo un cerrojo. No pensé estar fuera más de unos treinta minutos. Bajé las escaleras y me crucé con mi vecina del piso de abajo. Una señora anciana, viuda, que desde el minuto uno me abrió las puertas de su casa y de su corazón.

Elisabeth era ese tipo de personas que derrochan simpatía,

amabilidad, una maravillosa persona que tuve la suerte de encontrar.

Siempre que podía bajaba con ella un rato y tomábamos un té, acompañado de pastas exquisitas que compraba en la pastelería de la avenida. Le solía decir que no las sacase, que las guardara para ella, pero no me hacía caso, me sonreía, me cogía la mano con cariño, la apretaba con la poca fuerza que le quedaba y me miraba con una expresión tierna de abuela. Sentía un especial cariño hacia ella.

A veces nos pasábamos horas hablando, yo le contaba cosas de mi trabajo o le hablaba de Costa Rica o Miami. No importaba, siempre salía alguna conversación que atraía su curiosidad. En mi caso, era una admiración enorme la que sentía al escuchar su historia de vida, anécdotas que no debían quedar en el olvido, según mi opinión. Encontraba su vida muy interesante y un día le pregunté si me dejaría tomar apuntes de sus relatos. Quién sabe si más adelante me atrevería a escribir sobre ella. —Pensé en ese instante.

Se emocionó al saber que su vida, su historia, pero, sobre todo, su tiempo, me importaba y que pudiera llegar a interesar a alguien más.

Ese día intercambiamos varias palabras tan solo, la saludé diciéndole que no quería que se me hiciera muy tarde.

En cuanto llegué al parque, puse mi música y comencé a correr. El viento en la cara era muy incómodo, pero decidí continuar. Faltaban diez minutos para volver a casa cuando vi delante de mí una chica que iba corriendo también. Se le cayó algo del bolsillo y aligeré el paso para avisarla. Muy agradecida, me saludó y nos despedimos sin más.

Intentaba salir al parque cada día, a veces para caminar, otras correr, aunque con menos frecuencia. Mis horarios no eran siempre los mismos, dependía del trabajo, el tiempo que hiciera o las llamadas de Sara cuando estaba a punto de salir. Ahí me sentaba y me decía sonriendo: «El paseo será para otra ocasión».

Habían pasado días, quizás dos semanas desde que me crucé con aquella chica en el parque. Ese día, iba paseando y la volví a ver, esta vez estaba sentada en un banco hablando por teléfono. Al pasar, levantó la mirada, me sonrió y me saludó con la mano. No quería molestarla, por lo tanto, seguí mi paseo. Al rato, alguien me llamó por detrás, con voz dulce y delicada, me giré y era ella.

—Hola, me llamo Emma, quisiera darle las gracias de nuevo por haberme avisado el otro día. Si lo hubiera perdido, me hubiera entristecido muchísimo, es un recuerdo de mi abuela. Un pañuelo que siempre llevaba en su bolso y que ahora me acompaña siempre, desde que falleció.

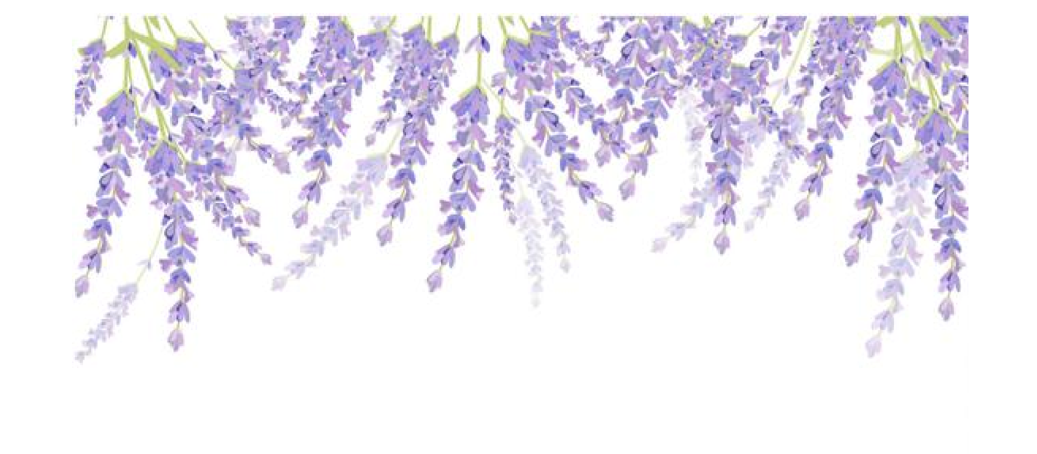
—Comprendo. Soy Ana y no tienes por qué agradecerme nada, es normal que te avisara, habrías hecho lo mismo.

Al ver que éramos de la misma edad, me atreví a tutearla y vi que no le incomodó.

Las dos sonreímos y dimos el paseo juntas, hablando de cosas banales para distraernos mientras los minutos pasaban.

Sin motivo aparente, nos intercambiamos los números de teléfono, así podríamos enviarnos mensajes cuando quisiéramos dar un paseo o correr en compañía.

Al menos un día a la semana nos veíamos en el parque y poco a poco fuimos estrechando una amistad que, sin entenderlo, se convirtió en algo más con el paso del tiempo.



CAPÍTULO XIX
Sorpresa

¿Qué me ocurrió?

Es algo en lo que pienso a menudo, nunca tuve indicios, pensamientos ni dudas. Jamás. Había imaginado mi vida mil veces, un hogar compuesto por un maravilloso hombre, unos hijos estupendos, una casa con jardín, y sin duda, rodeados de animales.

Posiblemente, el desengaño, la mentira y la desconfianza, por un lado, del que fue mi primer novio, y la ilusión más tarde, quizás desesperada, con su padre. O el llegar a un punto final y sentirme utilizada o no comprendida. Esto, unido a un desenlace fatal, imagino

que hicieron que mi opinión cambiara drásticamente sobre la idea del hombre ideal que yo tenía.

Quizás en ese periodo tuve mala suerte, aunque pienso que la buena o mala suerte muchas veces la atraemos nosotros mismos con nuestras acciones.

El dolor fue profundo mientras duró el recuerdo, lo peor es que me había marcado, podría llamarlo así. Tenía recelo a pensar en otra relación, mi desconfianza no me dejaba ver la posibilidad de tener una nueva ilusión. La familia, el trabajo, mis actividades y mis hobbies ocupaban mi tiempo. También mis amigos, que los tenía, pero no veía ninguna posibilidad con nadie. Ni siquiera me lo planteaba o dudaba. Hasta ese momento, al decir «nadie» me refería a un hombre.

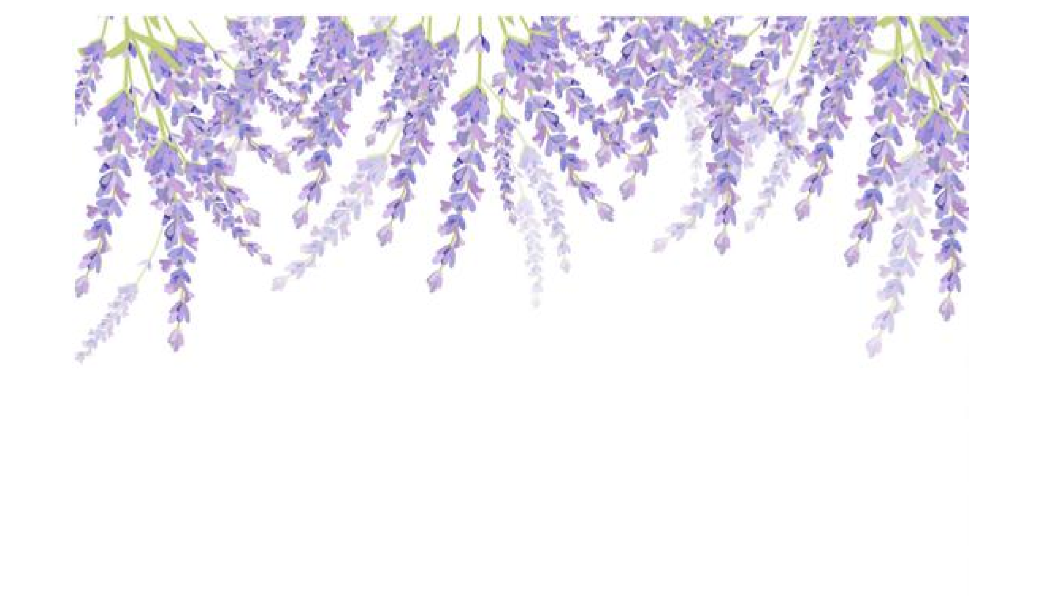
Y llega un día en que la amistad más estrecha con una chica me da paz, seguridad y alegría. Nuestras confidencias resultan fáciles, parece que, nos conocemos de toda la vida y nos hacemos amigas inseparables.

El deseo de pasar cada vez más tiempo juntas, el consultar todo con ella y muchas otras cosas positivas, seguramente hacían que nuestro presente fuera especial. Podría haber sido el detonante de un nuevo camino, un giro inesperado en mis sentimientos y, hasta entonces, en la forma de ver el amor.

También, cómo no, en los momentos de sufrimiento, como cuando Susan me llamó para decirme que a su marido lo habían herido en una misión, o cuando Sara me contó que mi perrito Coco había comido veneno en algún sitio paseando por la calle y se había envenenado. Su pérdida me dolió, fue un duro golpe para mí, me desgarró. Y así, otros momentos dolorosos, que forman parte de la vida de cada uno y que, al lado de Emma, en mi caso, supe llevar de la mejor manera.

La compañía de una persona serena que te apoya, que desea tu bien en momentos delicados, parece más valiosa.

Imagino que eso es lo que me ocurrió, después no lo comprendes, pero la historia sigue su curso como si nada, natural como la vida misma. Al principio, pensé que era una locura, pero cuando la locura te lleva por caminos dulces y serenos, a veces, te dejas llevar. Y es lo que hice.



CAPÍTULO XX

Emma, sentimientos encontrados

Vuelvo a mi niñez, recuerdo que entre mis sueños estaba el de ser profesora. Sonrío.

Cursaba el sexto año de escuela, mi profesora principal y mi guía, María José. Cuando me nombraba «Emma», aunque fuera para salir a la pizarra, me abrazaba con su tono de voz. Conectamos siempre.

No fui una excelente estudiante, me costaba concentrarme.

Deseaba entender todo a la primera y no llegar a tener que estudiar en casa, sin conseguirlo. Miraba con admiración un número muy reducido de alumnas que contaban con ese privilegio.

Fui a una escuela de chicas, no lo vi extraño en aquella época. La escuela era un espacio donde se pasaban muchas horas y nos relacionábamos con naturalidad como si fuera una segunda casa.

Volviendo a mi profesora, ella me comprendía con solo una mirada.

Sabía cuándo me sentía en dificultad.
Le gustaba hablar conmigo y aconsejarme, darme ánimo. Me decía que nunca fue una estudiante brillante en el colegio, que no le gustaban las asignaturas; sin embargo, al llegar a la universidad, sus notas mejoraron considerablemente. Fue un impulso para ella.
Un día, casi terminando la escuela, mi abuela me regaló un perrito, le puse de nombre Nero. Era precioso, encantador. Llenaba mi vida. Hasta entonces nunca había tenido perros. Él me enseñó el camino, cómo cuidarlo, quererlo y echarlo de menos.
Cuando nos separábamos por obligaciones y llegaba el momento de volver a casa, sentía que a su lado podría con todo. Fue mi talismán.
Un día sufrió una enfermedad, tenía problemas de corazón. Sentí una impotencia muy grande. Casi me sentí culpable por no poder ayudarlo, salvarlo. Sentimientos de culpabilidad, fruto de la desesperación, no quería que se fuera.
Pasé una época triste y me surgió la idea de estudiar veterinaria.
Se lo iba a dedicar a Nero, pensé.
Sabía que me acompañaría siempre, en mis estudios, en las prácticas y en mi profesión, a lo largo de mi vida. Siempre estaría conmigo, dándome fuerzas.
La carrera no fue fácil, encontré dificultades, pero en ningún momento dudé de mis capacidades.
Llegaron las prácticas, con algo de nervios al principio. Sin embargo, la satisfacción de resolver los problemas ya reales con el animal me daba ánimo, más aún, para conseguir la meta.
Con la finalización, llegó el diploma y con ello, una enorme alegría. Esta profesión haría que Nero y yo pudiéramos estar juntos de por vida, más si es que eso era posible.
Y es que poder tratar a los animales, sus dolencias, sus enfermedades o la prevención me llenaban de satisfacción.
Momentos entrañables también suceden cuando nacen. Ayudar a dar vida es muy gratificante.
Puedo recordar muchos momentos tristes. Uno de ellos, un pastor alemán, llegó sangrando mucho, con venas y tendones rotos. Quedé impresionaba por la cantidad de sangre que perdía.
Llegó casi en parada. Su dueño, muy nervioso, triste y desesperado, temía lo peor. La operación duró más de una hora, fue muy difícil controlar la hemorragia.
Por primera vez hice el vendaje Robert Jones —su nombre viene del cirujano que lo inventó; en la II Guerra Mundial fue usado en lesiones de los soldados, estabilizando así las extremidades—. En esta ocasión, pudimos salvarlo. Su dueño no se lo creía, salió de la clínica casi agarrado a su cuello.
En otra, un mastín, de nombre Cobe, de rabo largo, se había hecho

daño él mismo al moverlo. Se le cortó un poco, pero llegó de nuevo a la clínica con una infección. No se le cerraba y se le tuvo que cortar en diversas ocasiones, sin resultado positivo. Recuerdo con tristeza los días sucesivos.

Es difícil acostumbrarse a perder a un animal.

Momentos bonitos y emocionantes hay muchos también, como una cesárea a un basset hound, Pimpa. Llegó enorme, a punto de dar a luz, tuvo doce cachorros preciosos. Estábamos todo el personal en la sala de operaciones. Había que sacar a cada perrito, ayudarlos a respirar; limpiarlos, ponerlos al calor, cubrirlos, así uno a uno hasta el último. Todos sonreímos como si se tratase de una fiesta. Cortarles el cordón, las emociones al escucharlos llorar, aquel primer llanto… es único. Simplemente maravilloso.

A lo largo de los años vas creciendo en la profesión, crece tu sabiduría, la empatía. En mi caso, me fui haciendo mejor persona de lo que ya era. No recuerdo haber tenido jamás un sentimiento del que me hubiera arrepentido. Celos, envidia o malos deseos no formaban parte de mí.

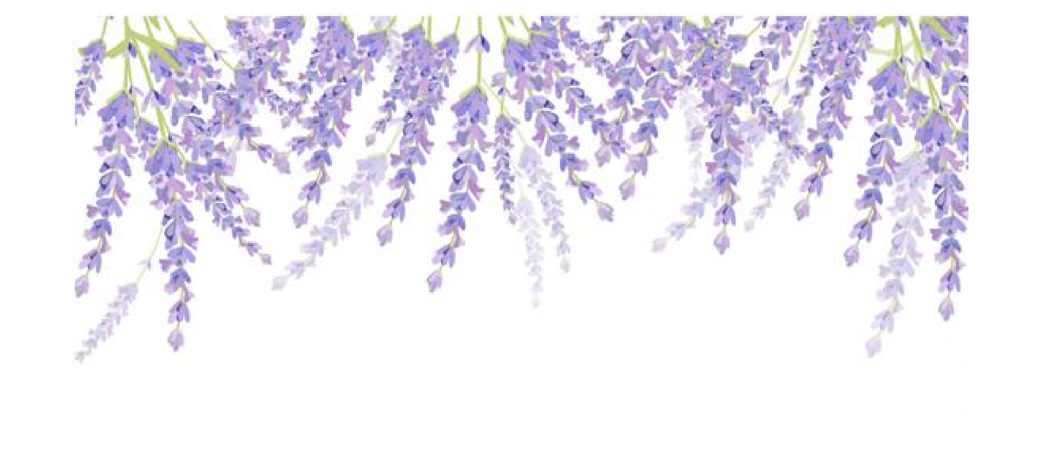
Otro caso inolvidable: un día, casi a la hora de cerrar, escuchamos un ruido en la puerta. Fuimos a ver. Habían dejado una caja de zapatos con un gatito bebé, contaba con tan solo unos pocos días. Le preparé un habitáculo con una lámpara de calor. Durante un periodo de dos semanas le fui dando el biberón, minúsculo. Conseguí que viviera. Le encontré una familia que lo adoptó. Fue todo un triunfo. Momentos de gloria que hacen fortalecer tus creencias y valores.

Si tuviera que decir algo que me emociona paralelamente de esta profesión, sería la relación que a veces tenemos con la familia del animal. Seguimos, generalmente en contacto en horas fuera de consulta, mediante el teléfono. Tranquiliza mucho al dueño y debo decir que suelen ser bastante responsables, sabiendo que hemos acabado nuestro trabajo y estamos ahí para dudas que no pueden esperar.

La relación con el personal, en mi caso, ha sido siempre excelente. Pienso que esto es cuestión de suerte.

El espíritu de Nero me acompaña siempre para ser una mejor profesional y persona cada día.

Puedo decir que acerté en elegir esta profesión, me llena completamente.



CAPÍTULO XXI

Primeros días en Nueva York

Se va acercando el día ¡Qué nervios tengo!

Tengo una amiga que ha conseguido trabajo en una editorial aquí en Latinoamérica. Aprovechando que estoy pasando unos días visitando a Sara y Lucas, decido llamarla. Me ha invitado a conocer la editorial. ¡Es fantástico! Siempre imaginé cómo sería una, pero no había puesto el pie en ninguna.

Deseo que no se me escape nada, retener lo máximo posible. He pensado llevar un pequeño cuaderno para hacer anotaciones y así leer con tranquilidad en casa.

Conocer estas informaciones antes de llegar a mi puesto de trabajo sería importante. No sé si me dejarán hacer fotos, por lo tanto, será muy útil escribir.

Es un edificio enorme, impresiona. Tiene varias plantas, cada una de

ellas se ocupa de un tipo de trabajo determinado. Subimos al primer piso a través de una entrada elegante, parece la de un hotel. Detrás del mostrador hay dos señoritas de uniforme.

En el trayecto he estado leyendo para recordar un poco lo que principalmente se hace: contactar autores, leer manuscritos, corregir, buscar a quienes hacen las portadas y los dibujos, contactar con los agentes de publicidad, las librerías, premios literarios y eventos.

Existe la parte de comunicación y la de relaciones públicas. La colaboración con estas dos áreas es muy importante, es una parte muy activa, pues se encargan de darle difusión a los libros y autores. He leído que se aprende mucho desarrollando este trabajo.

Otra parte es el marketing, muy importante también. Análisis de mercado, recopilación de datos de las librerías. Se encargan de la publicidad y contenido de redes sociales y de la presentación de autores en las librerías.

No hay que dejar de un lado un tema de igual importancia, el jurídico, pues las editoriales importantes suelen tener este departamento.

—Subamos a la primera planta, Ana.

Me sudan las manos, ¡mi sueño hecho realidad!

—Pues mira, Ana, aquí a la derecha tenemos la sala de juntas, donde nos reunimos para hablar de temas y cerrar acuerdos y proyectos.

Pasamos a una enorme sala donde se concentra la mayoría del personal, podríamos decir el cerebro de la editorial.

—Ven, aquí tenemos la sala de descanso y refrigerio, máquinas de café y de agua, siempre en funcionamiento. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Sigamos entonces. Ahora nos encontramos con la sala del departamento editorial juvenil. Como ves, está muy animado.

Pasamos horas muy entretenidas, todo interesante.

Nos despedimos, no sin antes agradecerle el regalo que me había ofrecido ese día. Había significado mucho para mí.

El domingo tocaba volver a casa y contar las horas hasta el día siguiente.

¡Mi primer día en la editorial!

He puesto el despertador a las seis y media, pero no ha hecho falta, mis ojos estaban ya deseando ponerse en marcha. Tomo mi café, me ducho y cojo mi traje ya preparado la noche anterior. En tono marrón claro, elegante sin ser demasiado, zapatos de salón y mi bolso preferido, regalo de Sara al graduarme. Mi marca favorita francesa. Y salgo.

Me sorprende bastante que, poco después de mi llegada y de las oportunas presentaciones, me dicen: «Vamos, coge tu bolso, nos vamos

a visitar la Biblioteca Nacional».

Asombrada, sigo las indicaciones.

—Hemos pensado, Ana, que no siendo de esta ciudad, seguramente aún no conoces la biblioteca. Es como el paraíso, el resultado de grandes trabajos recogidos en una de las bibliotecas más importantes del mundo. Fue fundada en mil ochocientos noventa y cinco...

Nos ocupó toda la mañana, sin llegar a verlo todo.

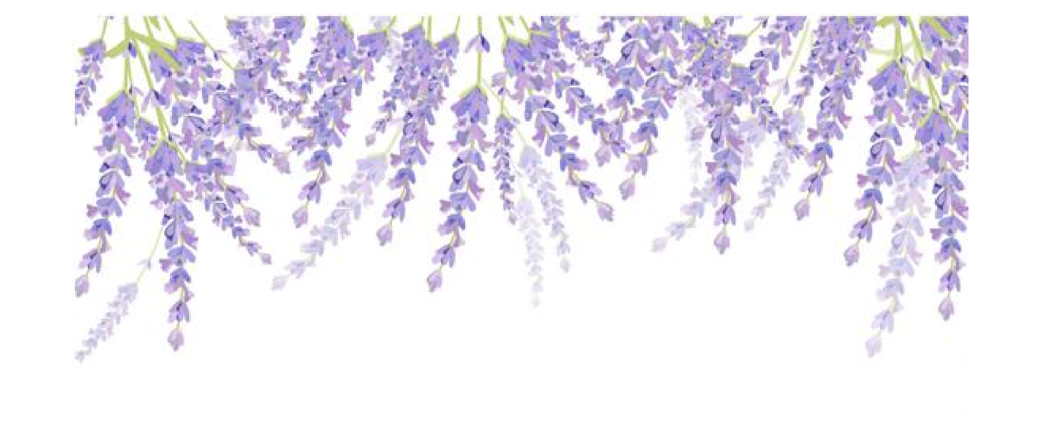
Hicimos una pequeña parada de almuerzo, informal, un sándwich de jamón y queso. Y volvimos a la editorial.

Su tamaño e importancia hicieron que necesitara de varios días para conocer todos los trabajos que se desarrollaban en los distintos departamentos. Desde la sala de corrección a la imprenta, que me impresionó con esas máquinas tan grandes. Aquel día me quedé con una frase que pronunció uno de los editores literarios: «Hay que estar siempre al día, en todo momento hay palabras que llegan a desuso y otras que aparecen nuevas. No hay que dormirse, Ana. Es un continuo aprendizaje».

Y así, como sin darme cuenta, empecé mi vida laboral.

No fue fácil al inicio, muchas informaciones y datos que aprender. Pero me gustó. El personal era bastante agradable y cercano en el momento de pedir ayuda o de rectificar un error, hacían todo más ameno.

Podía afirmar que había elegido bien mi profesión.



CAPÍTULO XXII

Raíces

He pasado una noche difícil, treinta y ocho y medio de fiebre, temblaba a ratos, la cabeza me retumbaba, tenía un dolor insoportable.

Son estos los momentos en los que más piensas en la soledad. No es agradable encontrarte mal, con más razón cuando miras alrededor y solo encuentras silencio.

Recordé las pocas veces que estuve indispuesta y Sara me cuidó.

Una vez, llegué a casa con el tobillo muy hinchado, no me había ocurrido gran cosa, una simple torcedura de tobillo al no ver un escalón en la acera.

Volví a casa caminando, ya que no imaginé que fuera algo importante como para molestar a Sara. El trayecto era corto, unos treinta minutos. Desafortunadamente, fueron lo suficiente para que el

dolor se multiplicase en proporciones gigantescas y el volumen de mi tobillo aumentase de igual manera.

Sara se asustó al verme, no era de esas personas que se impresionase por nada.

Cogió las llaves del coche, el bolso y nos dirigimos al hospital.

Aquel día regresé a casa con la pierna escayolada hasta la rodilla, tenía como para quince días, según dijeron los médicos.

Tuve que pensar cómo ocupar mis horas. Sara siempre tenía «cuadernos especiales», como los llamaba. Eran de esos que no encuentras con facilidad en las tiendas. Iba a unas especializadas en manualidades de un cierto nivel y siempre cuando llegaba una fecha especial, se acercaba a este tipo de negocios e iba comprando para la ocasión. Unas veces, con la tapa de corcho y otras, de madera.

Me gustó mucho una época en especial en la que me regaló cuadernos de encuadernación japonesa. No eran muy gruesos, pero los usaba para plasmar mis ideas, estas que más tarde se convertirían en narraciones, listas para publicar, si hubiera creído más en mí por aquel entonces.

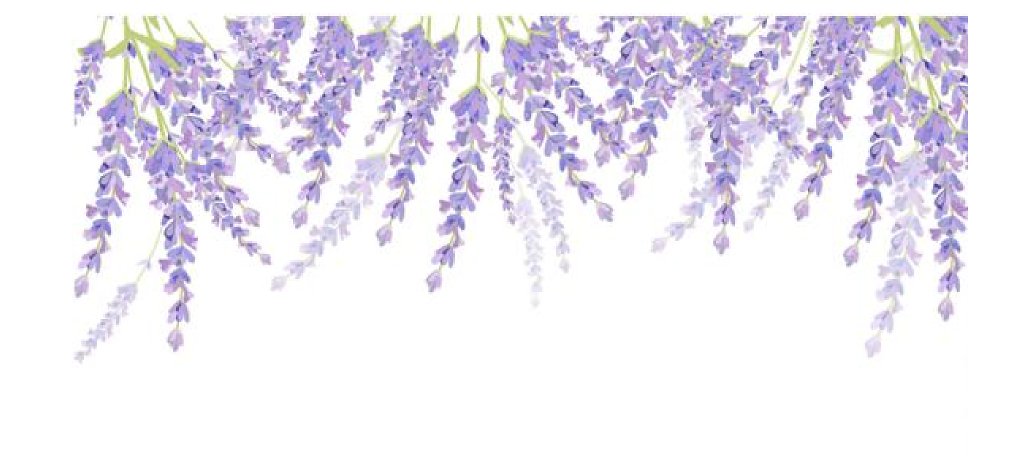
Recordando un poco mi pasado y reflexionando sobre lo que me cuenta Emma, observo gran similitud en diferentes situaciones que hemos vivido las dos.

Ella también tuvo a alguien maravilloso en su vida, su abuela, que supo darle amor incondicional, educación y valores, y de la que tiene recuerdos preciosos. Al igual que para mí, Sara no era mi madre biológica, pero a ambas poco nos importó.

Otro punto, la importancia de sentirme creativa, escribir, me hacía crecer, sentir, vibrar, ser feliz. Y a ella la lectura, sin duda, la llevaba a vivir las mismas emociones, la transportaba.

Si de un nexo podemos hablar en mayúsculas es el que envuelve a la preparación de la mesa. Cómo decorarla, qué tono usar, la combinación de colores... Y es que cualquier cocina no es válida. Las ventanas juegan un papel muy importante, que dejen pasar la luz, y el pan es símbolo de unión entre los comensales.

Podría decir que tenemos el mismo objetivo, miramos el mismo horizonte, pero, sobre todo, pisamos el mismo camino con un idéntico fin: ser feliz.



CAPÍTULO XXIII

Evolución de Ana

Estoy sola, Emma ha sido invitada a una fiesta de compañeros de trabajo. Normalmente nos acompañamos en estas circunstancias, pero llevo varios días que no me siento bien, tengo un dolor extraño en el estómago. De hecho, estoy siguiendo una dieta blanda que, por cierto, no soporto, pero no sufro demasiado al haber perdido el hambre en estos días.

Al llegar, me he cambiado y puesto directamente el pijama. He tomado algo y estoy tumbada en la cama.

Mentiría si dijera que estoy serena, es uno de esos días en los que me parece no reconocerme. Esas batallas internas del pasado, a las que ya no doy crédito, me confunden. De lo único en lo que creo estar en lo cierto es que hubo dolor durante un espacio de mi vida en mi niñez.

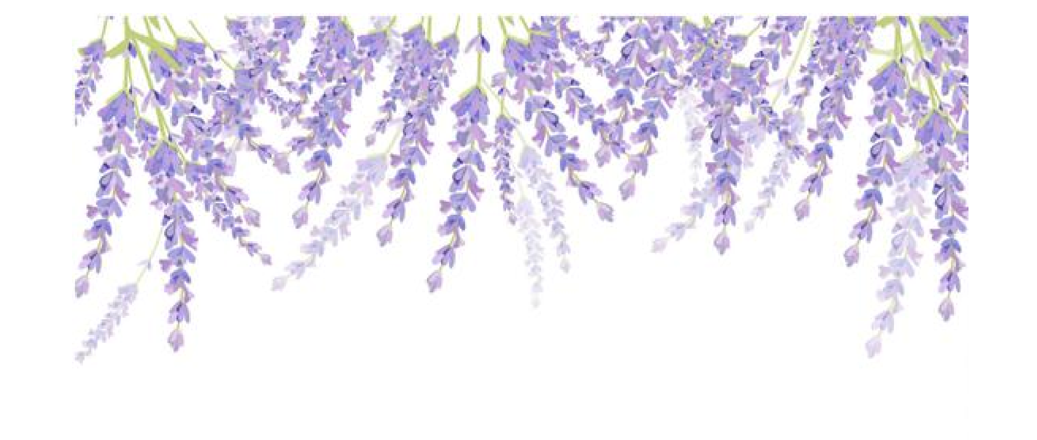
A fuerza de acostumbrarme a luchar contra corriente en aquellos

capítulos de mi vida, hoy soy una mujer fuerte, luchadora, que persigue sus sueños sin miedo. No me doy por vencida con facilidad.

El corazón me palpita rápidamente cuando deseo traspasar ese espacio en blanco de mi niñez. Respiro hondo y me digo: «Olvida esos capítulos» y así hago. Entonces, mis recuerdos pasan a ser entrañables, rodeada de amor desde el día que llegaron a mi vida Sara y Lucas.

Podría sorprender el periodo de mi juventud, cuando mi única compañía eran José y María, Coco mi perro y aunque fuese en la distancia, Sara y Lucas. No tenía amigos, pero tampoco los necesitaba, no era el momento. Existían prioridades, y la compañía que me rodeaba y, sobre todo, su atención y amor me llenaban lo suficiente como para no echar en falta absolutamente nada. Seguramente iremos descubriendo por qué juntos a lo largo de estas páginas.

Otro aspecto importante en mi vida es el amoroso. De ver con naturalidad a los chicos, soñar con una familia y un marido a ver roto en mil pedazos ese modelo idealizado de unidad familiar. Descubrir que la amistad con una chica podía convertirse en algo de otra dimensión. Me paré a pensar si fue algo natural en mi persona, desde pequeña, o fue, por el contrario, un sentimiento nacido fruto del dolor. Sinceramente, creo que fue por un lado el dolor, y por otro, la necesidad de protección.



CAPÍTULO XXIV
Escapada

La suave luz entraba por los ventanales invitando a hacer planes. El sonido de los pájaros señalaba discretamente el momento de levantarse. ¡Se estaba tan a gusto entre las sábanas blancas impolutas!

—Emma, ¡buenos días!

—No, aún no —respondió con un hilo de voz.

—Anda, sigue un poco más, dormilona, voy a preparar el desayuno. —Sonreí.

—Sí, por favor, unos minutos más.

A Emma le encantaba saborear esos momentos de tranquilidad cuando no había la necesidad de comenzar el día tan temprano. Sin embargo, para mí, prácticamente todos los días eran iguales.

Disfrutaba levantándome temprano, poder adelantar tareas y tener más tiempo para mis cosas, que en días de trabajo me eran difíciles

realizar.

Pasaron treinta minutos aproximadamente y volví a la habitación.

—Emma, levanta, hace un día espléndido. He preparado un desayuno de los que te gustan.

—Sí, estoy oliendo el café recién hecho y pan tostado. Voy al baño un momento.

—Te espero en la cocina.

Nuestra mesa no era muy grande, no teníamos espacio. Era redonda. Preparé un mantel de color rosa palo, un vaso con flores muy finas que corté de nuestra maceta del diminuto balcón. Un desayuno completo con café, tostadas, zumo de naranjas recién exprimidas, huevo duro y aguacate.

Nos gustaba repetir café cuando teníamos tiempo, uno no era suficiente.

—Emma, la semana próxima puedo coger el viernes libre. ¿Qué te parece si pudieras cogerlo tú también e irnos a pasar el fin de semana fuera?

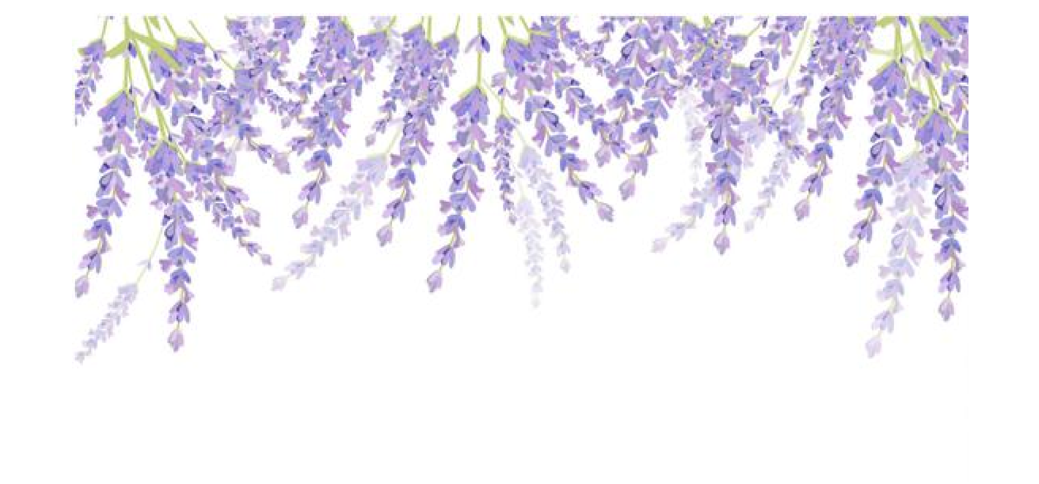
—Ah, pues déjame que compruebe la agenda, que no haya ninguna operación en la clínica y hablo con las chicas. Me parecería muy buena idea. ¿Dónde iríamos?, ¿lo has pensado?

—Alguna idea tengo, ¿qué me dices de ir a visitar Salem en Massachusetts? Está a cuatro horas y media más o menos en coche. Como sabes, es conocida como ciudad de las brujas. Hay muchas historias y leyendas. Desde que vi mi serie preferida, deseo ir a conocer este lugar, aunque no sé si valdrá la pena. Podríamos probar.

—Me parece muy bien, no importa que no llegue a impresionarnos, lo importante es salir y disfrutar de esos días haciendo algo diferente, déjame que lo compruebe después y te digo.

—¿Ves, Emma? Has hecho bien en levantarte temprano.

Las dos reímos y nos dispusimos a terminar el sabroso desayuno pensando qué íbamos a hacer aquel día tan soleado.



CAPÍTULO XXV

Pasión por los caballos

Un atardecer en una de tantas conversaciones que solíamos tener, Emma me dijo:

—¿Sabes, Ana?, tengo un sueño por cumplir, ir a un pueblo de Andalucía, en el sur de España, concretamente a Sanlúcar de Barrameda, Cádiz.

Me quedé un poco asombrada y pregunté por qué razón.

—Vi hace tiempo un documental muy bonito e interesante sobre este lugar y sus carreras de caballos. Suceden cada año, en verano.

» Como sabes, me apasionan los caballos como a ti. En este lugar, suceden estas carreras desde 1845 creo recordar haber leído, siempre en agosto, al principio y a final de mes, con una duración de tres días cada vez. ¿Te lo puedes imaginar?

» Este espectáculo tiene lugar en un espacio de longitud de más de

dos kilómetros por sesenta de ancho y participan cerca de ochenta caballos. Al caer la tarde y siempre dependiendo de las mareas, se permite la visita para contemplación de sus habitantes y turistas con una duración de dos horas y media cada día.

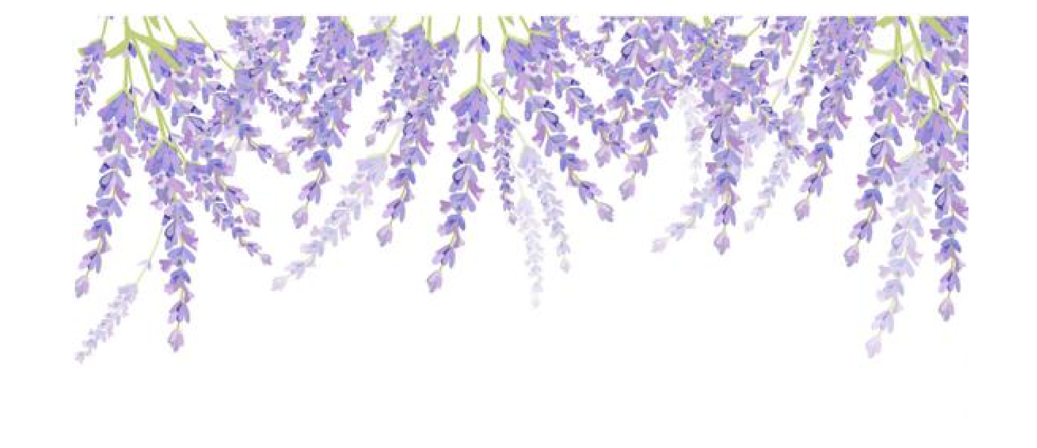
» Hay palcos realizados para esta ocasión, también se pueden ver desde la playa.

» Es una oportunidad turística sin igual que invita a miles de visitantes no solo a gozar de las carreras, también de la belleza de su localidad y de su gastronomía.

» He estado buscando información sobre Andalucía. Desde Sanlúcar partió Cristóbal Colón hacia las Américas en su tercer viaje y Magallanes en su primera vuelta al mundo. ¿No es increíble?

—No me digas más, Emma, es emocionante. Tenemos que ir.

Las dos éramos apasionadas de los caballos, amantes de la buena gastronomía y nos encantaba viajar, descubrir y aprender. Estaba deseando poner en marcha este proyecto.



CAPÍTULO XXVI

Dulces recuerdos

Era una tarde fresca. Se agradecía una chaqueta sobre los hombros. Caminábamos las dos como de costumbre, nuestros paseos por Central Park formaban parte de nuestra rutina diaria.

Un día, Emma recordó a su abuela y quiso hablarme de ella, deseaba compartir conmigo algunos de los momentos más bonitos vividos a su lado.

—¿Sabías, Ana, que yo también tengo orígenes latinos? —me dijo. Mi expresión de sorpresa le gustó y tras una sonrisa empezó a contarme.

—Mi abuela materna era de México, y como la gran mayoría de la población era una apasionada de las plantas y quiso transmitirme cierta información que para ella era importante que supiera y utilizara.

» El noventa por ciento de la población mexicana ha usado alguna vez algunas de las cuatro mil quinientas plantas medicinales de México, por lo menos una vez en la vida, decía mi abuela.

» Machacadas, maceradas, en bebidas o infusiones que ofrecen remedios para aliviar, curar o mantener la salud física, emocional o espiritual.

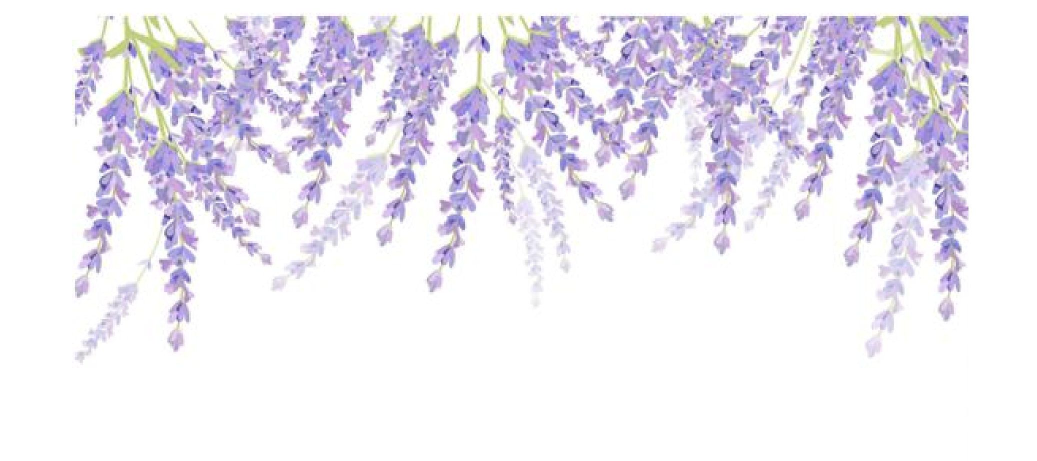
» Fueron conocimientos desarrollados principalmente por pueblos y comunidades indígenas transmitidas de generación en generación.

Escuché con mucha atención a Emma, hablaba sin parar, emocionada, sus ojos brillaban. Hablar de su abuela le hacía sentirla más cerca, yo la comprendía y me encantaba que me hablara de ella.

Me habló de la corteza del sauce llorón con sus propiedades analgésicas y antiinflamatorias. Las moras, poderosas antioxidantes...

Y así, siguió contándome emocionada acerca de muchas plantas y sus propiedades. Emma no sabía si las informaciones eran correctas, pero grabó las indicaciones de su abuela como un tesoro.

Me encantó aprender sobre las plantas, pero, especialmente, verla tan feliz recordando a su ser querido.



CAPÍTULO XXVII

Proyecto común

Hoy no es un día cualquiera. Emma se viene a vivir conmigo.

Ya habíamos pasado tiempo juntas, muchas veces se venía a pasar los fines de semana conmigo. Habíamos hecho salidas, pero ahora dábamos el gran salto.

La idea llegó de forma natural, sin mucha reflexión, creímos no necesitarla.

Dos años de relación que marcarían de nuevo mi vida.

Mi apartamento es más luminoso y tenemos el parque cerca, quizás haya sido esta la razón de haberlo elegido.

Antes, decidimos reducir el contenido de los armarios. Siempre hay mucha ropa que no utilizamos y entre las dos hemos logrado preparar tres bolsas para llevar a un centro que organiza recogida de ropa y enseres para los más necesitados.

También hemos comprado algún pequeño mueble de almacenaje y sin mucha complicación hemos dado el gran paso.

Me viene a la memoria y sonrío al recordar el único problema que encontramos: los libros. Emma tenía muchísimos y no había espacio suficiente. Tuvimos que comprar un mueble hecho a medida de esos que parecen escondidos para ganar espacio y así colocamos la mayoría de ellos. Otros los dejó en una caja en el trastero para, en la primera ocasión, llevarlos a la casita que había heredado de su abuela en Tampa.

El primer periodo en nuestros inicios fue muy dulce. No es que los siguientes no lo fueran, pero como suele suceder, a veces, los agentes externos marcan también tu presente y, en mi caso, los problemas de salud de Lucas enturbiaron cierto periodo de mi vida.

El final no cambia, el destino marca la vida, pero el camino es más llevadero con un buen acompañante a tu lado, y yo estaba entonces que todo sería más fácil teniendo a mi lado a Emma.

Recuerdo que teníamos un cajón al que llamábamos «sueños». Dentro poníamos tarjetas donde dejábamos reflejados nuestros sueños pendientes de realizar cada vez que se nos ocurría uno.

No teníamos un día predeterminado para rellenarlo. Era gracioso cuando, a veces, sentadas en el sofá, nos mirábamos, reíamos y decíamos: «¡Sueño!».

Significaba que a alguna de las dos se nos había ocurrido un deseo por cumplir e inmediatamente lo escribíamos para no olvidar. Momentos mágicos de los muchos que se vivieron en esta historia.

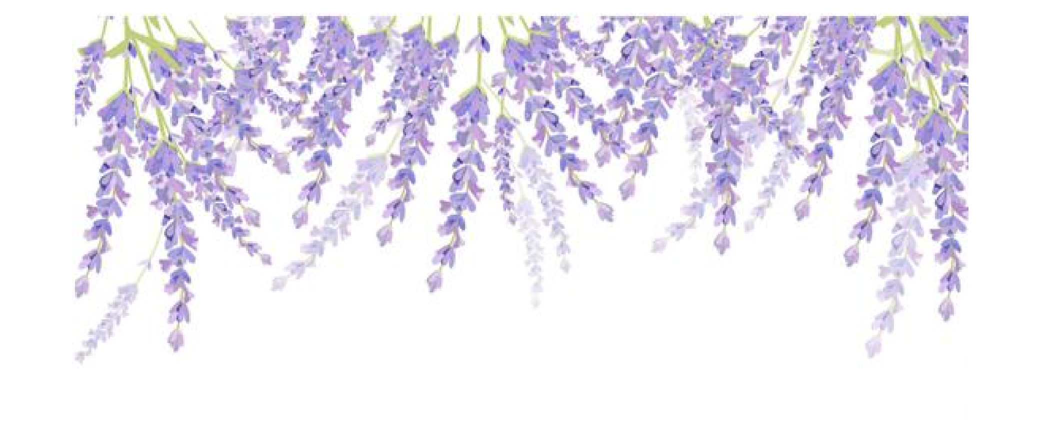
Uno de aquellos sueños fue montar un restaurante. Emma y yo éramos amantes de la cocina sana, la preparación de la mesa al mínimo detalle, el buen vino y el pan, ese pan especial. En definitiva, una mesa perfecta para compartir.

Emma deseaba abrir un pequeño restaurante que hiciera sentir al cliente como en casa, en familia. Comida sana, sin procesados, platos de inspiración francesa o con excelente sabor italiano, sin dejar atrás el toque alegre de la cocina española. Comida mediterránea, en definitiva.

Emma había viajado mucho con su abuela de jovencita y estos tres países eran su inspiración.

Desde pequeña llevaba un cuaderno y anotaba las recetas de los platos que llamaban su atención, por su gusto o su elegancia en la presentación. Otras, por lo extravagante, diverso o natural.

Todavía quedaba reflexionar dónde y en qué momento de nuestras vidas lo llevaríamos a cabo. Había que ser pacientes, no había llegado aún ese momento.



CAPÍTULO XXVIII

Deseos

Han pasado unos años desde que llegué a Nueva York. La vida me sonríe.

Me siento fuerte, es el momento de sacar mis ideas a la luz, tengo mis anotaciones en cuadernos enumerados por fechas.

Necesito darles vida a esos escritos, que cojan cuerpo y se hagan historias. ¡Llevo años acumulando!

Cada día, sentarme, coger el bolígrafo y hacer volar mi imaginación me hace estar frente a mí misma. Mi mano corre, no puedo pararla, escribo, escribo y guardo.

Ha llegado el momento. Mi vida, las situaciones que me han llevado al punto donde estoy hoy; la gente encontrada por el camino y mis experiencias me han hecho desarrollar un yo que podría decirse «nuevo».

Esas situaciones son las que hacen nacer historias que se desenvuelven simultáneamente a la mía, sin control.

Mis ojos traspasan el espacio frente a mí y mis manos están deseosas de trasmitir el momento.

Comienzo a leer mis cuadernos, nunca son suficientes. Mis anotaciones, solo ellas, van a dirigir mi mano, solo tengo que dejarme llevar. Estoy convencida, pero siento temor a que me dirijan a un camino sin regreso. Sin duda, tengo secretos ocultos y no deseo exteriorizarlos, aunque sea de forma indirecta.

Cuando escribes, creas, pero una parte de ti va en la forma de escribir, de interpretar y de sentir. Quizás por las vivencias de uno mismo, que de alguna forma se reflejan en el papel o por lo que pudo ser y no fue. ¡Quién sabe!

Y así comienzo mi primera obra, escribo para mí, no pienso en nada más. Mi universo son mis cuadernos y yo.

No tengo mucho tiempo a disposición por tener que atender mi trabajo, Emma, el deporte… Pero tampoco tengo prisa. Y comienzo.

El día debería tener más horas, me quejo siempre.

Emma está pasando un periodo difícil, sus dolores de espalda se han agravado. Las sesiones de fisioterapia no resultan eficaces y se desespera. A veces, se bloquea y no puede moverse. Empieza a reflexionar por primera vez sobre la operación de columna y yo estoy a su lado.

Esta preocupación me hace generar muchas páginas. Todo tipo de emoción hace que mi mano coja más fuerza. A veces, mientras escribo siento como si de las puntas de mis dedos saliera electricidad.

Comienzo y ya no soy dueña de mí, ni de mi historia. Casi pierdo el control.

Lo único que sé es que una vez escrito no podrá jamás ser suprimido; se puede romper, pero no eliminar algo ya creado.

Encuentro uno de mis cuadernos con escritos que llevo haciendo de Elisabeth en nuestros repetidos y tan queridos momentos de sobremesa.

Una vez, sin embargo, fui yo la que le hice preguntas sobre su familia, quería saber algo más de mi vecina preferida. Entonces, con una gran sonrisa comenzó a contar:

—Tuve una infancia feliz, muy feliz, me crie con mi familia en Pittsburg, Pensilvania. Tenía unos padres maravillosos, pero era hija única, me inventaba muchas situaciones para cubrir mi soledad. Tenía mucha imaginación, ¿sabes? Ojalá hubiera sido capaz de escribir, me hubiera servido de mucha ayuda, pero me faltó confianza.

» Vivía en una de las mejores zonas, en Mount Lebanon Township, un barrio tranquilo, sencillo y con mucha facilidad para el trabajo, nunca vi a nadie tener problemas económicos mientras viví allí.

» El clima no es demasiado duro con un invierno que va de diciembre a marzo y una temperatura media de ocho grados, por lo que no me impedía pasar tiempo fuera de casa en estos periodos. Adoraba salir. —Sonrió.

» Es una ciudad pintoresca, situada en la intersección de tres ríos y una de las más históricas y ricas en cultura del país.

» Un lugar, Ana, que seguramente te encantaría por sus restaurantes y también por la comida callejera informal. Muchos de sus barrios se han construido en colinas cercanas con pendientes importantes, esto hace que sus paisajes sean especialmente bonitos.

» Con más de cuatrocientos puentes, la ciudad se ve de una forma divertida y singular.

Y así, en aquella ocasión pasamos algunas horas hablándome ella de sus orígenes.

Pero si tuviera que contar una de aquellas historias por lo incrédula que fue, sería cuando habló de su mejor amiga española, a la que conoció en uno de sus viajes, descubriendo Europa con sus padres.

En aquella ocasión pasaron cuatro semanas en Andalucía, casi dos en Sevilla, su capital, donde conoció a la que fue su amiga especial para toda la vida, Obelia.

Una chica morena de ojos grandes, rasgos del sur, que hicieron llamar la atención de Elisabeth desde que se la encontró aquel día de primavera, en un café en el centro de Sevilla.

Obelia iba cada tarde con un grupo de amigas al mismo elegante café y pasaban alguna hora hablando de sus anécdotas, sueños e ilusiones. A Elisabeth le llamó la atención que la más bella del grupo, por diferencia, fuera la que menos hablara, casi nada. Se preguntó cómo era posible que no tuviera nada que decir. Viéndola, pensaba que tendría mil historias graciosas —sobre todo, amorosas— que compartir.

La curiosidad le hizo fijar la mirada mientras tomaba su taza de té. Tanto llamó su atención que, al día siguiente, Elisabeth volvió al café para encontrar al grupo de nuevo y quitarse la duda de si aquella chica tuvo un mal día la tarde anterior o si, como creía, algo le sucedía.

Coincidieron al momento de pagar y se saludaron. Obelia siempre tuvo curiosidad por los extranjeros y sus diferentes culturas, así que no perdió la oportunidad de preguntarle de dónde era y si estaba de vacaciones. Elisabeth, que algo sabía de español, pues llevaba estudiando más de dos años, pudo responderle sin gran dificultad. Y lo que comenzó con dos palabras de introducción se consolidó en una amistad que duró hasta el fallecimiento, no hacía mucho, de Obelia.

Los viajes para verse siempre fueron por parte de Elisabeth, que no perdía jamás la ocasión cuando llegaba. Además, Obelia sentía horror

de los aviones en distancias largas, solo imaginarlo se ponía mala.

Ya en confidencias de amigas pasados los años, seguramente, Obelia no quiso contarle a su amiga Elisabeth la realidad de lo que le estaba sucediendo por alguna razón de peso. Verdades a media, una vida muy distinta a la que siempre soñó y que, un poco por ingenua, unido a las ganas que tenía de salir de casa por sentirse un comodín —decía —, hicieron que se precipitara y sus sueños se rompieran en mil pedazos.

Obelia iba siempre con su familia de vacaciones a la playa, en Málaga, una ciudad en la costa de Andalucía, a tan solo dos horas de Sevilla, donde vivía.

Un año, cuando paseaba con su hermana, se le acercaron dos chicos atractivos, de gran altura, uno más grueso que el otro.

—¿De dónde sois? —preguntaron las dos hermanas.

Uno de ellos respondió con rapidez.

—Somos de Granada, ¿y vosotras?

—Somos de Sevilla, pero venimos cada año en agosto toda la familia. Nos encanta este lugar.

—Nosotros, sin embargo, es la primera vez que venimos —respondió Roberto.

Parecía que al otro no le gustaba mucho hablar o le daba vergüenza.

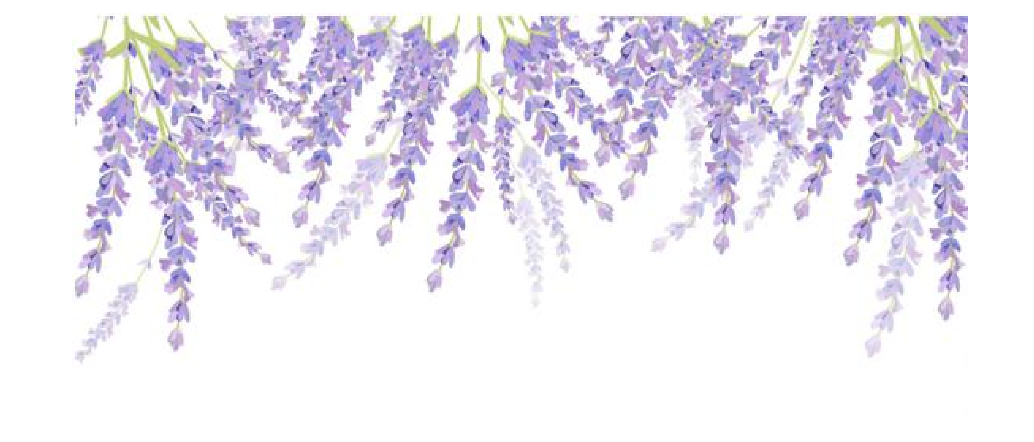
Pasaron esa semana en compañía los dos chicos granadinos. Hasta ahí todo bien. Lo increíble fue cuando pidieron a Obelia su dirección para seguir en contacto; en concreto, Sebastián, que así se llamaba el otro chico.

Una vez de vuelta en Sevilla, siguieron comunicándose por carta. Cada vez que llegaba una, la emoción de Obelia aumentaba. Las cartas estaban muy bien escritas, un lenguaje correcto y de un cierto nivel. El problema llegó cuando se enteró, demasiado tarde, que esas cartas no habían sido escritas por él, sino por su primo. Obelia se había hecho una imagen de la persona equivocada, pero pensó que ya era demasiado tarde. Continuó con esa historia que ya desde los inicios empezó mal.

—Elisabeth, me dio miedo perderte como amiga, si te hubiera dicho en aquellos días lo que me estaba ocurriendo. Tenía miedo de que me aconsejaras como se debía y me dijeras ¡déjalo! Por eso no te lo conté. Por evitar un conflicto, eché por tierra mis sueños.

—Sí, Obelia, pero hubiéramos hablado del tema, habría intentado sacarte tus pensamientos más profundos para que pudieras elegir libremente ¿Quién sabe?, quizás sea el destino, a veces es mejor no mirar atrás –le aconsejó.

Esta historia, pensar en aquella chica y cómo nos puede cambiar la vida por completo al tomar decisiones equivocadas me dejó triste unos días.



CAPÍTULO XXIX
Reflexión

El dolor se le está haciendo insoportable, un dolor que traspasa lo físico. Entre lágrimas, Emma me explica su dolor. Trata de convencerse en voz alta de que ha llegado el momento de la operación, así no puede continuar.

—Ana —dijo con lágrimas en los ojos—. ¡No puedo más! No creo poder soportar más dolor. Mírame, estoy doblada, el simple hecho de ir al baño es como un muro por sobrepasar. Si estoy en la cama, los giros son imposibles; levantarme o caminar, igualmente; todo se me hace cuesta arriba. Ya no hay medicinas que me hagan aliviar esta tortura, deseo poner fin a este sufrimiento. Ha llegado el momento de hablar con mi médico y preparar la operación.

—Querida Emma, ¡qué impotencia verte sufrir de esta manera y no poder hacer nada para ayudarte! Creo que estás tomando la decisión

correcta, hay que poner punto final a este dolor. ¿Llamas hoy al doctor?

—Sí, en cuanto sean las nueve de la mañana. Me dio su número personal, voy a llamarle a él directamente.

Noto un dolor en el estómago, creo que es ansiedad, ver en el estado que se encuentra Emma me produce un dolor inmenso. No es ella, su problema la está consumiendo.

Y así, se puso en marcha todo el protocolo para su operación: análisis, radiografías, electrocardiogramas, un no parar. Le prescribieron unos medicamentos tipo morfina, vino una enfermera cada día durante más de una semana a inyectarle, hasta que llegó el día de la operación.

La acompañé, tenía que quedarse ingresada la noche anterior, pues iba a ser operada a primera hora de la mañana. No había vuelta atrás, solo tocaba rezar.

—Dame la mano.

Casi sin fuerzas, Emma me agarró.

—No me queda energía ni siquiera para tener miedo, solo deseo que termine este suplicio.

—Te comprendo, Emma. En horas habrás superado la primera etapa. Por dolorosa e incómoda que sea la siguiente, estoy segura de que lo superarás y todo quedará en un mal recuerdo.

—Eso espero.

El cansancio de los últimos días, los nervios de las últimas horas y la incertidumbre de los resultados de una operación tan complicada hicieron su efecto y en pocos minutos caímos rendidas.

La noche se hizo corta, a las cinco y media entraron en la habitación las enfermeras.

—¡Buenos días! —dijeron con esa sonrisa en los labios que, con gran profesionalidad, regalan a esas horas tan tempranas de la mañana después de, probablemente, haber pasado una noche algo difícil.

Comenzaron con la toma de temperatura, tensión, el oxígeno en sangre. Todo estaba bien.

—Ahora le traerá mi compañera unos papeles para firmar, son las autorizaciones.

—Sí, por supuesto —respondí con cierta alegría.

—Recuerde que no puede beber ni siquiera agua.

—No se preocupe, gracias.

Llegó el momento de la despedida, un hasta luego lleno de emoción. Son segundos, no tienes más tiempo para intentar en una sola mirada expresar cuánto quieres a esa persona y, sobre todo, cuánto deseas volverla a ver, que sea muy pronto y en las mejores de las condiciones. Todo eso queda transmitido en ese corto espacio de tiempo y con la esperanza de que haya sido recibido por la otra

persona.

Fueron varias horas, se me hicieron muy largas. Mis pensamientos y los recuerdos vividos a su lado me asustaban, cambié rápidamente deseando mirar al futuro. Entonces comencé a soñar despierta sobre qué haríamos en los próximos años. Cogí mi cuaderno e hice una pequeña lista. Lo primero, sin dudar, en cuanto Emma pudiera, hacer ese viaje a Andalucía, Sanlúcar de Barrameda. Su deseo de ver las carreras de caballos, comer «pescaito», como llaman allí a esas bandejas de pescado recién recogidos del mar, con ese olor tan característico. Pasear por esas calles estrechas, contemplando el color de sus casas blancas, color de Andalucía.

Mi imaginación fluía, no deseaba parar. Mientras escribía, me salía una tímida sonrisa que, aún con miedo, necesitaba. No veía el momento de que apareciera el médico y dijera que todo había salido bien.

Continué con mi lista de ese viaje por Andalucía, visitando las «ciudades moras», como así las llamaba Emma. Su arquitectura árabe tan particular, que un pueblo tan especial como el español sabía conservar tan bien, daba la posibilidad al mundo de poder disfrutar de tanta belleza histórica.

Otro sueño que sin reflexionar mucho entraba dentro de mis planes era mudarnos a Tampa, a casa de su abuela. Un lugar que le hacía muy feliz. Un clima que nos iba a encantar. Podríamos poner un pequeño huerto en el jardín. Emma hablaba de esa idea muchas veces, sé cuánto le gustaría. Solía recordar con júbilo su niñez y los árboles frutales que tenía su abuela.

El abandono del pequeño terreno por no haber ido lo suficiente hizo que poco a poco fuera desapareciendo la alegría de aquel jardín.

Y cuando estaba por fijar la vista en el cuaderno de nuevo, la puerta se abrió.

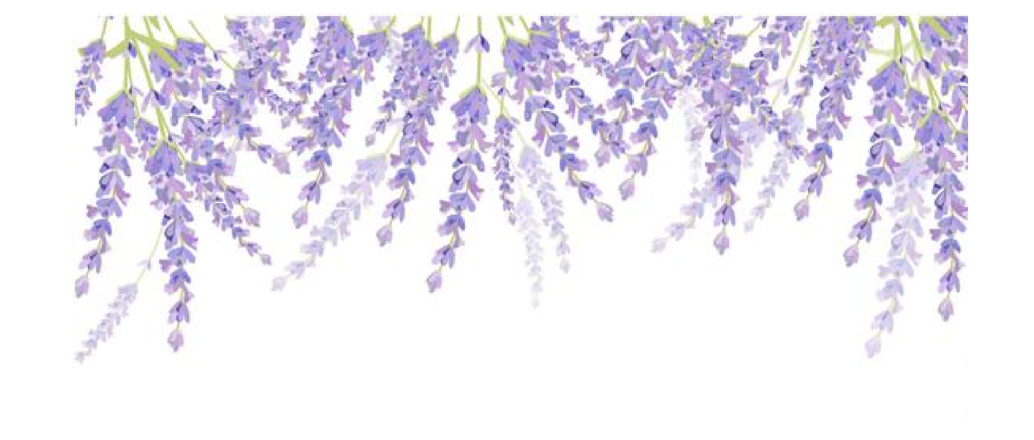
—Ana —me dijo el médico con un trato muy cercano; había confianza por las repetidas visitas en los últimos años—, todo ha salido muy bien, como habíamos programado. Hemos solucionado su problema en las vértebras dañadas. Ahora está en la sala de reanimación. En cuanto se despierte, la traerán a la habitación.

Haciéndome un gesto, me cogió la mano para apretarla con especial cariño. Cerró la puerta tras él y se marchó.

Pasada alrededor de una hora —para mí, interminable—, la trajeron. Sus ojos todavía no podían abrirse con facilidad. Su carita dejaba ver los efectos de la anestesia aún, pero sus labios, imitando una sonrisa, dejaron ver la tranquilidad al entrar al fin en la habitación.

—Emma, no hables, no te esfuerces. El médico ha pasado y me ha dicho que todo ha salido bien. Vamos a tener un largo camino de

recuperación, pero cada día será uno menos para llegar a la meta. Ahora descansa. —Besé su frente dejando la huella de mi tranquilidad al verla por fin de vuelta.



CAPÍTULO XXX

Tándem

Las siguientes dos semanas no tuve ningún problema en coger vacaciones y poder dedicarme a cuidar a Emma.

Me impresionó verla los primeros días. En su cara se reflejaba su dolor. Al verla caminar, me asusté; sus pasos eran débiles, no separaba los pies para avanzar más que pocos centímetros, como los pasos de una anciana delicada. Todo normal, nos tranquilizó el doctor. Pero era importante que caminase desde el primer día. Eso sí, sin salir de casa.

Se vio obligada a llevar un corsé que le oprimía la zona operada —día y noche, al menos de momento—, durante tres o cuatro semanas. Después pasaría a llevarlo solo de día.

Perdió peso. Entre que no se movía mucho y sentirse oprimida, no tenía sensación de hambre. Intenté hacerle comida ligera, aunque no le faltaron todo tipo de postres que con gusto le preparé, intentando

que no fueran muy pesados para su digestión. Sus preferidos eran la tarta de manzana, el flan y el tiramisú.

Entrábamos ya en la tercera semana y en su aspecto se veía la mejoría. No podía coger peso en absoluto y se desesperaba diciendo que no podía hacer nada. Hubo momentos en que alguna lágrima derramó, nadie dijo que sería fácil, ni siquiera para ella.

—Emma, mañana tendré que incorporarme al trabajo, ¿crees que estarás bien? Estaré en la habitación de ahí al lado, vigilándote —le dije haciendo un guiño.

—Claro, ¿has visto el apartamento? Me has preparado de todo para que esté ocupada sin tener que hacer el mínimo esfuerzo. Eres un ángel. Un poco pesada, eso sí. —Reímos y nos dimos un abrazo.

—De todas formas, no tengo muchas reuniones esta semana, dos o tres por día. He dejado la comida de toda la semana en el congelador, con sus etiquetas con el nombre. Acuérdate de sacarlas por la mañana por si a mí se me olvida. Déjame comprobar mi agenda, creo recordar que tan solo el martes terminaré la reunión un poco más tarde. Puedes comer tú antes, si lo prefieres, no me esperes.

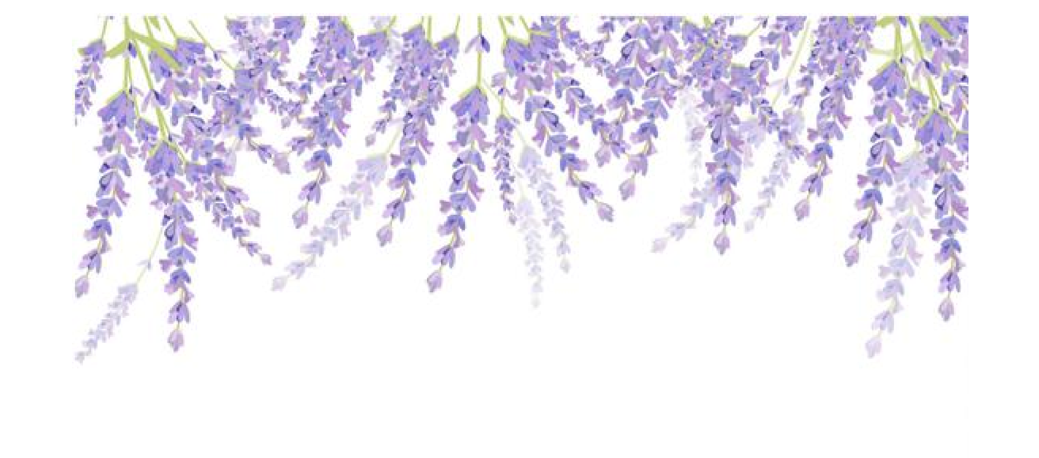
—Bueno, eso dependerá del hambre que tenga y de lo bien que te hayas comportado conmigo. —Nos miramos sonriendo.

Era maravilloso volver a tener ganas de hacerlo.

Y la vida prosiguió tal y como habíamos programado, yo con mi trabajo desde casa y Emma con su convalecencia, recuperándose. Le habían dado un largo periodo de baja en la clínica. A ella eso era lo último que le preocupaba. Nunca había sentido la necesidad de dejar a un lado el terreno profesional y pensar en su bienestar.

Nuestro hogar no era demasiado grande, así que empecé a reflexionar sobre hacer un cambio para la nueva etapa que nos tocaría vivir.

Llegaba a su fin ese primer año tras la operación, los controles médicos eran cada vez más positivos.



CAPÍTULO XXXI

Tampa

Los días se hacen eternos, Emma no está acostumbrada a no trabajar, es una persona muy inquieta. Su trabajo de veterinaria es duro en lo físico, aunque casi diría que lo es más psicológicamente. Hay momentos difíciles que tienen que ser llevados con gran frialdad para intentar que te afecte lo menos posible.

Solía llegar a casa del trabajo, se daba una ducha y volvía a cargar las pilas para ponerse el delantal y disfrutar en la cocina, ocuparse de sus plantas en el pequeño balcón que teníamos o ir al ordenador y organizar planes para hacer juntas.

No obstante, esta operación de cervicales la ha dejado un poco descolocada. El dolor es incómodo, sus movimientos aún no son libres, debe poner bastante atención para no hacerse daño. Necesita tiempo y paciencia.

Se me ha ocurrido que vayamos a la casita de Tampa; en este periodo, puedo trabajar perfectamente desde casa y así Emma podría recuperarse con un ánimo mucho más llevadero. Aquella casa de su abuela le trae recuerdos maravillosos que solo podrían hacerle bien. Al tener jardín, ese espacio al aire libre sin salir de tu hogar, caminar alrededor del pequeño laguito o sentada en el porche con un libro, invita a plantearse la idea. Hay también la posibilidad de plantar un pequeño huerto, pero con calma, cuando se vaya recuperando.

Podríamos pasar las próximas Navidades allí, unas Navidades bien distintas, con esa buena temperatura que ofrece el sur.

—Emma, háblame de Tampa, me gustaría conocer tu opinión.

A Emma se le iluminó la cara solo con el placer de hablar de aquel lugar.

—Ana, me encanta que me preguntes. Las Navidades son muy agradables, el invierno es corto, de diciembre a marzo sobre veinte o veinticinco grados, si bien sabes, que para mí esa temperatura es aún frío.

—Sí, lo sé, Emma. Tú tienes siempre frío.

—Cuando llueve es húmedo, no me gusta, ya sabes lo especial que soy para mi cabello, cuando lo veo rizado y desordenado me da espanto.

Reímos de nuevo.

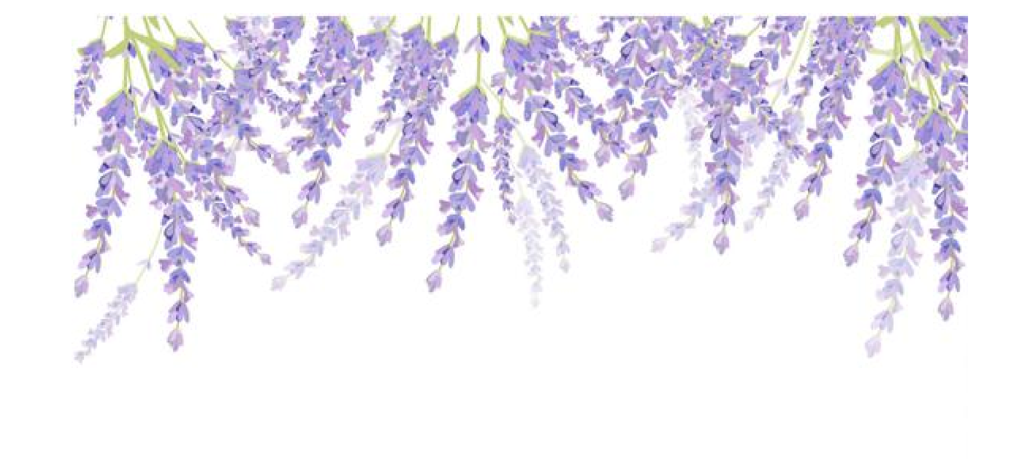
—A Tampa viene mucha gente jubilada de otros estados del país. La buena temperatura y el sol son muy recomendables para sus huesos y se divierten yendo a la playa, bañándose o dando largos paseos por la arena.

» Otra cosa particular que tenemos allí es la estación de huracanes. A veces da mucho miedo. Recuerdo cómo una vez nos metimos mi abuela y yo en el sótano, cogidas de la mano, casi sin decir palabra del miedo. Menos mal que duró poco, o al menos, eso supimos después, ya que para nosotras fue eterno.

» También hay tormentas con truenos y rayos con gran fuerza y mucho viento, pero hay una gran información de prevención en la televisión, tenemos siempre suficiente tiempo para prepararnos ante estas vicisitudes.

» Adoro Tampa, es un lugar particular, la gente es muy amable y dispuesta por lo general. Además, como sabes, tengo infinidad de recuerdos con mi abuela que hace de este lugar un sitio encantador para mí. Por lo tanto, Ana, estoy deseando estar allí contigo. Me encanta tu idea, gracias.

—Emma, gracias a ti lo estoy deseando. Sólo con escucharte ya me emociona. Tus palabras han descrito un lugar que estoy segura de que nos encantará compartir.



CAPÍTULO XXXII

Primera Navidad

Decidimos pasar las Navidades juntas. Emma se disculpa, sabe cuán importantes son para mí estas fechas porque siempre he estado con Sara y Lucas. Aún no hemos dado el salto de la presentación y no le parece que sean estas las fechas más indicadas para eso.

—Ana, de verdad que no me molestaría si fueses a casa con Sara y Lucas unos días.

—¿Qué dices?, ¡cómo te voy a dejar sola! Además, no te preocupes, ya he hablado con Sara sobre esto. Se han disculpado, no está siendo un buen momento para ellos. Lucas está visitando mucho a los médicos en estos días. Por lo visto, el otro día tuvo un infarto, ¿te imaginas? Y no se dieron ni cuenta.

—Ana, ¡eso es terrible! Y ¿cómo está ahora?

—Pues dicen que bien. Como te digo, ha sido en una revisión donde

le han confirmado que había tenido un infarto no hacía mucho. Están liados con pruebas y todo eso. No tienen ganas de celebraciones, mucho menos para presentaciones.

—Sí, claro, comprendo.

—Oye, Emma, ¿tienes adornos de Navidad guardados en alguna parte?

—Sí, mi abuela para eso era casi exagerada. Recuerdo que entre su grupo de amigas y vecinas hacían una especie de competición a ver quién adornaba, más y mejor la casa. Y no solo el interior, que se subía a la escalera para adornar el techo de la casa ella sola casi hasta el final de sus años. Era una testaruda. Discutíamos, yo deseaba ayudarla y no había forma. Quería seguir sintiéndose la protagonista.

—Mira, Ana, por alguno de estos cajones deberían de estar las fotos que hacíamos cada año. Mira esta caja roja, cógela, que pesa bastante.

—Dame, dame.

Nos sentamos y durante toda una tarde nos relajamos viendo fotografías de esos momentos tan especiales que vivieron juntas en Navidad.

—Es tarde, voy a preparar la cena. ¡Qué ganas me han entrado de empezar con la decoración! Mañana ya es viernes, por fin. Dedicaremos el fin de semana a sacarlo todo para tener una idea de la decoración. Este año deseo que sea especial.

Tras una cena suave, vimos acurrucadas una de esas películas que tanto nos gustaba y nos fuimos a dormir.

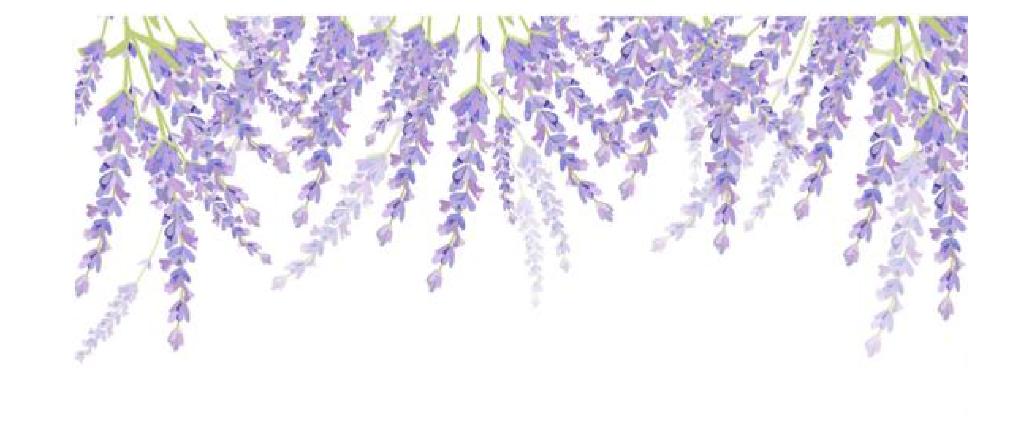
No fue fácil, había cajas y cajas que primero tuvimos que abrir para hacernos una idea de qué poner en primer lugar, y tras ello íbamos dejando en el suelo de cada rincón lo que pensamos que quedaría bien. Necesitamos una semana para terminar. Eso sí, el resultado fue sorprendente.

Y como programamos, pasamos unas Navidades únicas. Las dos solas, pero entrañables.

Antes de volver a Nueva York y aprovechando que Emma iba sintiéndose mejor, hicimos venir a un jardinero, que se encargó de preparar un huerto en un espacio no muy grande y, aprovechando uno de los lados del jardín, también instaló un huerto vertical. El objetivo era volver más adelante para empezar a plantar y luego, en la zona más alejada, poner una cantidad importante de árboles frutales ya grandes.

En ese periodo cogimos peso, ya que las tartas de frutas fueron muy habituales durante esas dos semanas. También hicimos mermeladas, que guardamos en el garaje para la próxima visita.

Y llegó el viaje de vuelta a casa.



CAPÍTULO XXXIII
Experiencia dolorosa

Aquella mañana el sol entraba tímidamente por la ventana de nuestra habitación, me giré hacia Emma y la vi despierta, inmóvil, con los ojos llorosos.

—¡Eh!, ¿qué ocurre?

—Necesito contarte algo, una experiencia un tanto desagradable de mi pasado que me marcó, pero, sobre todo, porque cambió mi forma de pensar y de ser —respondió Emma.

Salté de la cama, cogí su mano con ternura y la besé.

Emma comenzó a contar después de respirar profundamente.

—Hace tres años tuve una experiencia amorosa con un hombre que me cambió la vida. Lo conocí en casa de unos amigos, fuimos invitados a una cena.

Nos presentamos, intercambiamos un par de palabras y nos

sentamos algo distanciados en la mesa. Durante la velada, pude observar cómo me miraba de forma insistente, casi provocadora, mientras yo me hacía la indiferente. Más tarde, entré en su juego y casi lo reté devolviéndole la mirada. Duró poco, no estaba acostumbrada.

» Sus ojos verdes y su mirada penetrante me desnudaban. Sus cabellos negros y su cuerpo atlético casi me hicieron sentir escalofríos.

» Al acabar, fuimos a bailar, a la primera oportunidad se me acercó y comenzamos a hablar. Dejé de sentirme tan valiente ante sus provocaciones, con mirada baja fui respondiendo tímidamente a sus preguntas. En ese momento volví a ser yo.

» Aquella noche nos divertimos, me costó conciliar el sueño y con una sonrisa me quedé dormida.

» Me llamó a los dos días y quedamos en un café muy conocido, pasamos una tarde agradable e intercambiamos información personal, como se suele hacer en estos casos.

» Estuvimos poco tiempo porque aquella tarde él tenía un partido de tenis con los amigos y se fue.

» Llegamos a la tercera cita, un viernes por la noche, en un restaurante brasileño. Hablamos muy animados toda la cena. Era gracioso, no paré de reír, no sé si por esa razón o por la botella de vino blanco que estábamos por terminar.

» Tras la cena, dimos un paseo, la noche invitaba bajo la luna llena y ninguno de los dos deseaba que se acabara.

» Y como por casualidad, nos encontramos bajo su apartamento. Más tarde supe que lo había planeado con antelación, y yo, tan ingenua accedí, aunque no fuese mi deseo.

» Su apartamento estaba perfectamente ordenado, demasiado, le faltaba vida propia.

» Me ofreció una copa, brindamos y no me acuerdo de nada más. Me levanté de la cama, mi ropa interior estaba en el suelo y un ligero dolor interior me hizo imaginar lo que allí ocurrió. Paralizada, llorando en silencio, salí de su apartamento. Temblaba, las luces de los coches me deslumbraban, me sentía aturdida, sin fuerzas llegué a casa y caí rendida.

» Pasé semanas difíciles. Todo pasa y de alguna forma se supera.

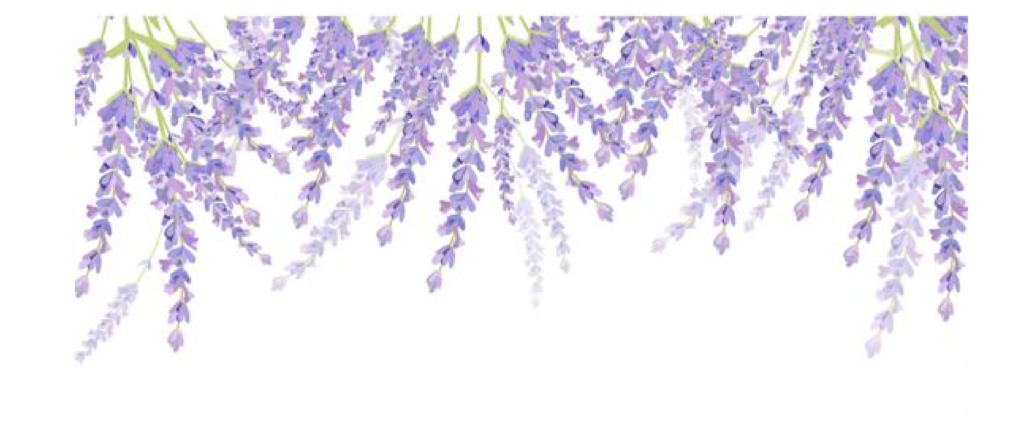
Ese día cambió algo en mí. Juré no volver a ser débil y automáticamente comenzó mi rechazo por el cuerpo masculino. Se abrió una puerta que jamás hubiera imaginado, la de la culpabilidad. Tendría que haber cortado la situación antes, no haber subido, no lo conocía, me repetía una y otra vez. Independientemente de que su plan fuese mezquino, yo podría haberlo evitado. O eso pensé.

» Mi despertar por las mujeres no fue inmediato, viví encerrada en mí misma por un tiempo hasta que te vi aquel día en el parque. Lo vi

claro. El resto ya lo conoces.

Nos dimos un largo abrazo.

Quién sabe la razón por la que justo ahora tiene la necesidad de contarme su experiencia. Creo que va sintiéndose mejor y tiene demasiadas horas para pensar. Está llegando el momento de que hagamos unas merecidas vacaciones, algo que la ilusione de verdad, su viaje soñado a Andalucía, por ejemplo. Pero antes tenemos que hacer un salto a visitar a Sara, pensé.



CAPÍTULO XXXIV

Presentación

Primavera. Comenzaba a aparecer un viento un tanto incómodo. No impidió que disfrutáramos de nuestro paseo, animadas en nuestras conversaciones y miradas cómplices, una vez más.

Emma se mostraba siempre impecable, tenía una elegancia innata. Su armario en tonos claros era el deleite de cualquier mirada.

Aproveché un momento de risas para no hacerla sentir incómoda y le dije cómo me gustaría que fuéramos a Costa Rica y presentarle a mi familia.

—Cuando lo desees. Me voy sintiendo mucho mejor, creo que me sentará bien un cambio de aires —me dijo con una sonrisa.

Llegó el día del vuelo. Elegimos uno nocturno para poder descansar.

Y tal como imaginamos, aquellos días fueron formidables y emotivos.

Los momentos de intercambios de noticias, otros compartidos alrededor de la mesa o las excursiones a los puntos más conocidos, hicieron de este viaje algo especial.

Intenté no hablar mucho del periodo de la operación y convalecencia. Le resté importancia, Sara estaba preocupada por algo, se lo noté, aunque no abrió boca. Necesitaba conversaciones alegres, se lo pude leer en los ojos.

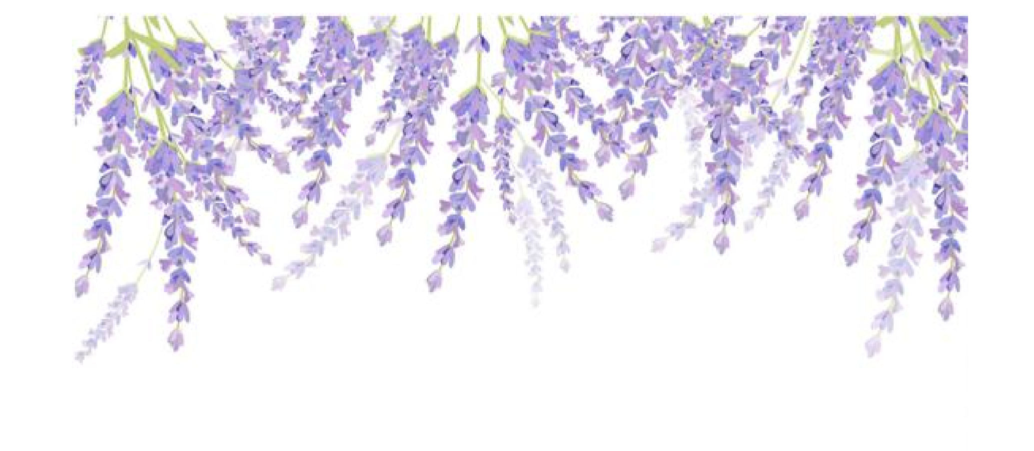
Fueron cuatro días condensados y programados. Sara casi nos echó de la casa para que pudiera enseñar a Emma los rincones tan bonitos de aquel país. Yo tampoco quise darle trabajo, pasaba su tiempo a cuidar de manera especial a Lucas. Por primera vez, la vi preocupada.

En las cenas, agotadas de tantos recorridos, nos sentamos y disfrutamos alrededor de la buena mesa que siempre, como nadie, Sara sabía organizar. Creo que puso más empeño que nunca, sabía que adorábamos ese momento.

Contamos dónde habíamos estado, los lugares que nos habían impresionado. Y lo agradecidas que estábamos por la invitación.

Aquella tarde visitamos una playa desierta, el paraíso. Kilómetros y kilómetros de arena blanca, el agua transparente y nada fría, como yo adoraba. No desaproveché la oportunidad, y cuando nos sentamos en la arena a descansar, saqué mi cuaderno y describí lo que mis ojos saborearon aquellos días.

Volvimos a casa relajadas con las pilas cargadas.



CAPÍTULO XXXV

Noticias de Lucas

Vuelta a la normalidad. —Emma, ¿qué te parece si llamamos a unos amigos y nos reunimos como hacíamos antes? Están deseando verte.

—Sí, es muy buena idea, cuanto antes.

Preparamos una pequeña fiesta, íntima, una reunión de ocho amigos alrededor de la mesa con la compañía de unas buenas copas de vino.

Muy a mi pesar, hoy salgo de la oficina con retraso. He avisado a Emma para disculparme y le pido que avance en los preparativos, pues lamentablemente voy a llegar justo a tiempo de tomar una ducha y arreglarme.

Como es habitual en Emma, le resta importancia, me tranquiliza y me recuerda que hemos preparado todo lo que tiene que ver con la cocina el día anterior, por lo que tan solo hay que disponer la mesa y esperar que vengan los amigos con sus platos sorpresa.

Solíamos hacerlo así cuando nos reuníamos en casa de unos y otros. Lo que hacíamos por norma era llegar a casa de los anfitriones cada uno con una bandeja, y así, tener más variedad y no trabajar tanto. Siempre había platos de distintos orígenes, ya que éramos un grupo internacional —americanos, latinos, canadienses, alemanes, franceses y yo, de origen español—. Esta mezcla hacía de nuestros encuentros momentos de gran alegría.

En esta ocasión hemos preparado ensaladilla rusa, quiche Lorraine al horno y un exquisito tiramisú. Para el postre, avisamos para que no hubiera más de tres propuestas y no sobrase demasiado.

He tenido que dejar participar a Emma en la cocina, sentirse activa iba siendo una necesidad.

La finalidad es pasarlo bien con el mínimo esfuerzo, de ahí nuestra idea.

Llego veinte minutos antes, por lo que me da tiempo de ir a la ducha prepararme y estar lista para los últimos detalles antes de que vengan.

Emma lo tiene ya todo listo, hasta la mesa con sus flores, que hoy son amarillas. También las velas y las servilletas. La vajilla, amarilla y blanca. Las copas son de la abuela de Emma, con grabados, da gusto beber el vino en ellas, siempre lo decimos.

Una noche más, todo está dispuesto para pasarlo bien entre amigos.

Empiezan a llegar los invitados, todos de negro y blanco. También programábamos el color de la noche, que nos indicaba cómo teníamos que ir vestidos. Fue una idea muy simpática que se le ocurrió a Emma, esto haría que le diera un toque de elegancia y una excusa para algunos a tener que comprarse ropa nueva de vez en cuando.

No pasaron ni diez minutos cuando tuve que abrir las puertas del balcón para que entrara el aire. El vino empezaba a hacer su efecto y con el aperitivo comenzamos a reír.

No nos gustaba estar sentados, normalmente nos servíamos y hablábamos de pie con el plato en las manos. En esta ocasión, nos fuimos sirviendo el guacamole, las alitas de pollo y el crostini de pato confitado. Todo delicioso.

A mitad de la velada sonó el teléfono. Me extrañó por la hora, entonces Emma y yo cruzamos las miradas con una leve preocupación. Fui a responder. Era Sara que, con voz cortada, llorando, comunicó que Lucas había fallecido de un infarto. Entonces mi copa de vino cayó al suelo, hubo un silencio en la sala y apenas colgué, con lágrimas en los ojos, comuniqué la trágica noticia.

—Ana, ven, dame un abrazo. ¡Lo siento mucho! No sabía que tuviera tal importancia el infarto anterior. Pensé que se quedaría solo en un susto.

—Gracias, Emma. Me preocupaba la situación, pero esto no me lo

esperaba.

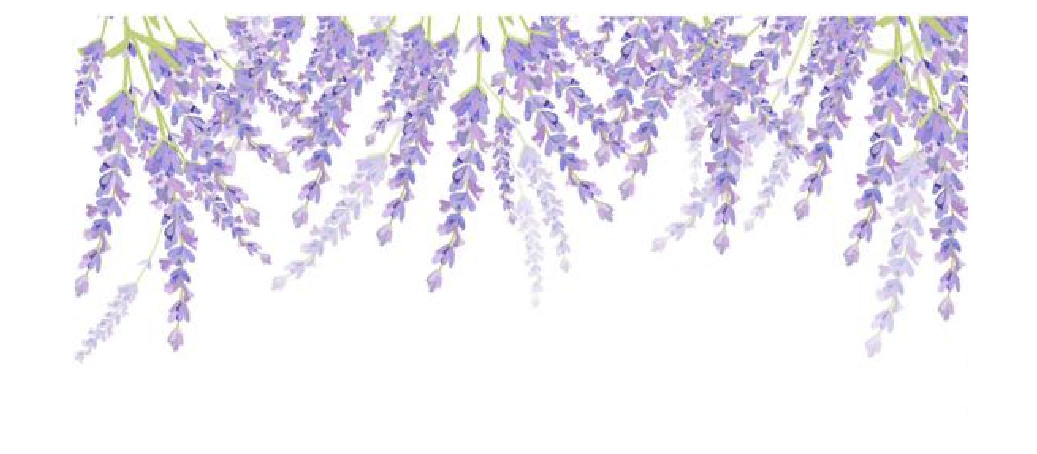
Pedimos disculpas, nuestros amigos iban dejando su copa en la mesa e iban viniendo uno a uno para darnos un abrazo. La velada acabó antes de tiempo.

Dejamos todo tal como estaba y mientras yo preparaba las maletas, Emma se encargó de comprar el primer avión a San José.

A la mañana siguiente, volamos para reunirnos con Sara. Fueron unas horas de tremendo dolor.

Pasamos unos días con ella tras el entierro. Quise que viniera con nosotras para que tuviera compañía al menos los primeros días, pero no quiso.

Sara deseaba no separarse del hogar donde hasta hacía horas lo había compartido con el amor de su vida.



CAPÍTULO XXXVI

Relatos de Elisabeth

Abro de nuevo el cuaderno de anotaciones de mi querida amiga Elisabeth, son tantas y tantas informaciones y anécdotas que por un momento me pierdo. Es difícil concentrarme y poder decidir cuál elegir.

Cojo mi taza de café y me digo que esto va a necesitar paciencia. Sonrío, me pongo cómoda y empiezo a pasar páginas.

Me bastan pocos segundos para acordarme de las historias contadas por ella. Recuerdo bien cuáles han sido más importantes para ella y, por lo tanto, contadas con más énfasis y emoción.

Llego a una que me hace pararme en esa página. Esta creo que es digna de contar.

«Verano, primer año de noviazgo con el que fue mi marido y padre de mi única hija Mary.

Sentí algo especial desde el primer momento en que lo vi. Charles, ya su nombre distinguido dejaba imaginar su carácter especial y refinado. Éramos conocidos del mismo grupo de amigos, aunque él no frecuentaba los lugares que solíamos visitar los fines de semana. Coincidíamos más en salidas culturales, excursiones o celebraciones tipo cumpleaños. Sin embargo, a mí me encantaban las salidas nocturnas, los bailes y las fiestas. Casi por casualidad, coincidimos varias veces sin haberlo planeado y nos dimos cuenta de que nuestras conversaciones eran muy agradables, nunca veíamos el momento de acabarlas.

Y casi sin programarlo, empezamos a mirarnos de una manera distinta. Un día, hablando con él, me di cuenta de que sus ojos eran preciosos, claros, color miel; sus manos, finas y elegantes; su pelo, un poco largo y moreno, le daba un estilo que contrarrestaba con la imagen que daba de seriedad. Eso me encantaba. Empezamos a vernos repetidamente hasta que llegó el primer beso. Un beso largo y sensual. Casi en cautividad, dejaba ver en ocasiones muy íntimas lo ardiente que era. Fue toda una sorpresa para mí.

Charles tenía dos hermanas menores y, por lo que pude constatar, era muy protector. Sus padres tuvieron a los tres ya entrados en años y él, como hermano mayor, se sentía en la obligación de guiar y ayudar a sus hermanas. Tanta fue la dedicación en aquel entonces que llegué a sentirme descuidada de alguna forma».

El relato de Elisabeth comenzaba a apasionarme, era como una novela.

«Mis horas de soledad duraron poco y decidí volver a encontrar a mi grupo de amigos. Un poco me echaron en cara mi abandono, lo entendí y pedí disculpas. Era un grupo maravilloso y sin rencor me abrieron los brazos de nuevo. Expliqué lo que estaba sucediendo con Charles y me invitaron a una fiesta ese mismo día.

—Te vamos a presentar gente nueva, verás que te lo vas a pasar muy bien —me dijeron.

Volví a casa y un poco nerviosa empecé a buscar en el armario algo que reuniera belleza, elegancia y alegría. Necesitaba pasar una noche especial. No me equivoqué.

Fue poner un pie en la fiesta y casi «asaltarme» dos de mis amigas. Abrazadas al cuello prácticamente, me dijeron al oído:

—Ven, no te lo puedes creer, han llegado dos nuevos que son increíblemente guapos, ¡parecen actores! ¡Corre, ven!, que te los presentamos.

—Un momento, vamos al tocador primero, quiero verme y retocarme los labios —dije.

—¡Ay! —dijeron las dos al unísono, un poco asombradas, ya que yo, en principio, tenía pareja. Las tres reímos como jovencitas.

Después de pasar unos largos cinco minutos en el baño, nos decidimos a salir y fuimos directas al peligro. Sí, eso podría decir que fue, la tentación inminente y sin vuelta atrás.

—Hola, Peter. Mira, te presento a Elisabeth.

—Hola, dame dos besos, te estaba esperando.

Miré asombrada a mis amigas, no comprendí. Ellas rieron exageradamente, animándome a saltarme las reglas establecidas. La verdad es que lo estaba deseando yo también. Hacía tiempo que no me divertía, mis días eran monótonos y me sentía sola y un poco abandonada, me producía pavor.

Me cogió de la mano y me invitó a bailar. Cuando su cara se acercó a la mía, sentí escalofríos. ¿Qué había sido eso? Deseaba dejarme llevar y así hice.

—Háblame un poco de ti, Elisabeth. Me han dicho que estabas un poco perdida.

Me sentí intimidada, no sabía qué responder, seguramente había oído hablar de mí y de mi historia con Charles, y por alguna razón se interesó de una forma particular.

—Nada especial, conozco este grupo de amigos desde hace muchos años, pero he pasado un periodo un poco alejada y la verdad es que los echaba de menos, a ellos y a nuestras fiestas.

—¿Has venido sola?

Veía que con perspicacia deseaba acorralarme, me estaba poniendo de los nervios, pero ¡qué nervios y emoción! Me estaba encantando su presencia, sus formas y su mirada intensa y provocadora.

—He venido sola, esta noche sí. La verdad, lo estaba necesitando.

—Pues no me digas más, te voy a hacer disfrutar como nunca lo has hecho.

—Eso suena muy…

Tuve que cambiar de conversación, iba todo muy rápido, igualmente me gustó.

—Tengo sed, ¿me ofreces algo de beber?

—Con mucho gusto. ¿Qué te apetece?

—Lo que desees, sorpréndeme —le dije, con tono un poco juguetona.

Le esperé como si lo conociese de toda la vida, con naturalidad y a su vez impaciente. Deseaba pasar horas con aquel desconocido.

Pasamos horas bailando, hablando, riendo y no pude evitarlo, nos besamos. En ese momento estábamos en la primera planta, en el balcón. Seguramente nadie nos vio o igual sí, ¡qué importaba! Deseaba vivir. Esa era la palabra correcta, Peter había destapado mi lado más salvaje, atrevido y sensual.

La noche acabó ahí, deseando vernos en otro lugar de una forma más íntima, sin miradas de juicio, ni sentido de culpabilidad por mi

parte.

Aquella noche pensé en Charles. Duró poco, quise protegerme de mí misma, era la persona más crítica, siempre lo fui. Me dije: «Mira qué horas son, ni siquiera se ha interesado por mí, dónde estoy o con quién». Otras veces que habíamos estado separados por trabajo, yo solía ayudar como voluntaria y a veces llegaba tarde. Él pasaba por casa y le daba a mi madre una carta para mí. Esos fueron los inicios, siempre son así.

Por lo tanto, aquella noche no deseaba pensar en nadie más que en mí. Recuerdo aún cómo, mientras me desmaquillaba y preparaba para ir a la cama, sonreía todo el tiempo, mirándome al espejo como una tonta entusiasmada. No me reconocí. Mi cara, mis ojos y mi sonrisa desprendían otra luz, una luz que había perdido casi sin darme cuenta.

Me metí entre las sábanas pensando en él.

Como por casualidad, destino o los astros que se alinearon de esa forma, Charles tenía que acompañar a sus hermanas tres o cuatro días a otra ciudad para ver un posible destino de estudios para las dos.

Me alegré, no pude evitarlo, deseaba vivir aquella aventura.

—Lisa, necesito ir a comprarme algo de ropa nueva, ¿me acompañas?

—Sí, me encanta ir de tiendas. ¿Sabes?, me han dicho que en la de Lu han traído unos vestidos geniales.

—¡A qué estamos esperando!, ¡vamos!

—Después podríamos ir a la cafetería, no tengo ganas de volver a casa pronto hoy. He dicho que no me esperen para cenar.

—Fantástico, vamos entonces. —Nos dimos un abrazo y nos pusimos en camino.

Pasamos varias horas de compras, era muy fácil comprar en nuestro barrio, era pequeño, nos conocíamos todos y ofrecían la comodidad de llevarnos las compras a casa al final del día.

Más tarde, nos dirigimos a nuestro café habitual. Fue entrar y mis ojos se fueron directos hacia una mesa. Peter estaba sentado con dos amigos bebiendo un coñac. Nos sonreímos, todavía no me había dado tiempo de quitarme el sombrero cuando Peter ya estaba a mi lado. Me cogió de la cintura de la forma más sensual, como él solo sabía, sus labios rozaron los míos de la forma más atrevida. Mi cuerpo vibró al estar a tan solo unos centímetros de él. No lo pude evitar, era química.

—Por respeto al que después fue mi marido, Ana, voy a evitar contarte lo que en esos días sucedió.

—Me parece bien. Tú decides, es tu historia.

—Y te preguntarás: ¿qué sucedió después?, ¿llegó a saber algo Charles? Y si fue así, ¿cuál fue su reacción? ¿Cómo se arreglaron las cosas entre los dos?

—Pues es evidente, se arreglaron, ya que fue tu marido y padre de

tu hija.

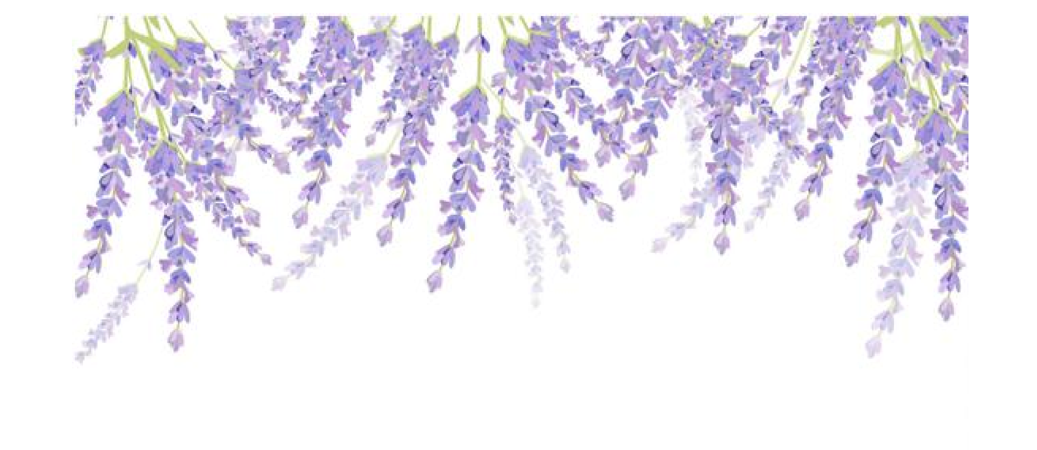
—Querida Ana, el mundo de las parejas es inexplicable, cada caso es particular y, por mucho que queramos ser jueces y verdugos, cada pareja decide si avanzar o no en la propia historia común.

» Él llegó a enterarse, era lógico. Hablamos del tema, le dije cómo me había sentido, su falta de comunicación, la lejanía que me hacía sentir, la falta de calor y otras cosas más con sus repetidas y acostumbradas ausencias. Comprendió todo perfectamente y supo dar un paso al frente, me pidió disculpas por lo que le correspondía y, de mutuo acuerdo, deseamos probar y ver si nuestra historia tenía futuro o no.

» Hubo un antes y un después en nuestra relación. Me alegro de haber tenido la oportunidad de elegir, de darme cuenta de tantas cosas y saberlas afrontar. Me hace feliz que Charles fuese mi compañero de viaje. Fuimos muy felices hasta el último día de su vida, hace ya siete años.

Hubo otros relatos, pero para mí, este y el de Obelia fueron los más entrañables.

En estas hojas quedará por siempre reflejado mi respeto y admiración hacia Elisabeth y todos los que fueron importantes en su vida.



CAPÍTULO XXXVII

Cambio de aire

Está decidido, llega el verano y nuestro deseo va en aumento, ha llegado el momento de dar el paso, nos mudamos a Tampa.

Cuando la vida te hace ver la realidad más dura, cuando las circunstancias hacen que te aferres a esos pequeños momentos de felicidad como si fueran los últimos, comienzas a pensar de otra forma. Entonces cambian tus prioridades.

La casa de Emma, el clima del lugar, las posibilidades de cambio de vida, rodeadas de una atmósfera más acogedora, más familiar, hacen que estemos seguras de haber tomado la decisión correcta.

Sara está feliz por nosotras, pero también por acercarnos más a ella. Tendremos más oportunidad de vernos al acortar considerablemente las horas de vuelo.

Y sin más reflexión, organizamos la mudanza y nos ponemos en

camino al nuevo destino.

Parece que no tenemos muchas cosas, pero surgen más, como si se multiplicasen al momento de embalarlas.

Y por fin llegó el día, nos vamos al sur.

—¡Qué ilusión me hace, Ana! Ahora me pregunto por qué no lo hemos hecho antes.

—El destino está en el camino y las cosas llegan cuando tienen que llegar, no hay que darle más vueltas. Disfrutemos de este momento.

La casa está llena de cajas, el camión ha descargado y nos ha dejado la casa repleta, casi no se ve el suelo.

—Emma, vamos a descansar cinco minutos, tengo hambre e imagino que tú también. Vamos, dime dónde podemos ir a almorzar.

—¡Ya lo tengo!, la pizzería de mi amiga Tessi, no está muy lejos de aquí.

—¡Estupendo! ¡Qué hambre!

Aquella pizza supo a gloria, pero antes hice llegar dos copas de Prosecco. Ese momento había que celebrarlo.

Pasaron casi dos meses hasta ver la casa en orden como nos gustaba. Como pasa en las mudanzas, tuvimos que comprar algún mueble para acondicionarnos.

En el cuarto que daba al huerto puse mi habitación de inspiración, donde escribía, aunque la mesa que traía no iba bien por ser demasiado pequeña y la vendimos. La decoramos en color amarillo claro, casi no se apreciaba este color, pero lo importante es que fuera amarillo, decía Emma que me ayudaría con la inspiración.

La casa constaba de dos plantas y un sótano adaptado a los huracanes.

En la planta baja, el porche estaba en la zona delantera. A la derecha de la entrada había una enorme cocina con sala comedor; a la izquierda, el salón; en medio un pasillo y en el fondo, la escalera. Más allá, tres habitaciones, en una pusimos mi oficina; en otra, el cuarto donde la abuela de Emma pintaba —aún seguían sus cosas allí, a Emma le encantaba entrar y recordar a su abuela sentada, esa imagen concentrada en el lienzo y ella, que tímidamente la saludaba desde el umbral de la puerta, para no molestar. Su abuela giraba la cabeza con una sonrisa espléndida y la invitaba a pasar—. Esa habitación no la tocamos, Emma pensaba que quizás algún día podría animarse a pintar. La otra, la dejamos de biblioteca. Por último, el baño.

En la planta superior había tres dormitorios, dos de ellos con baño interior, uno fue el elegido para mí y el otro lo preparamos para Emma. Desde la operación decidimos que sería más cómodo para ella. El tercero lo decoramos para las visitas.

El sótano servía de almacén y despensa.

Nuestro hogar iba cogiendo forma cada vez más.



Pasado un tiempo...

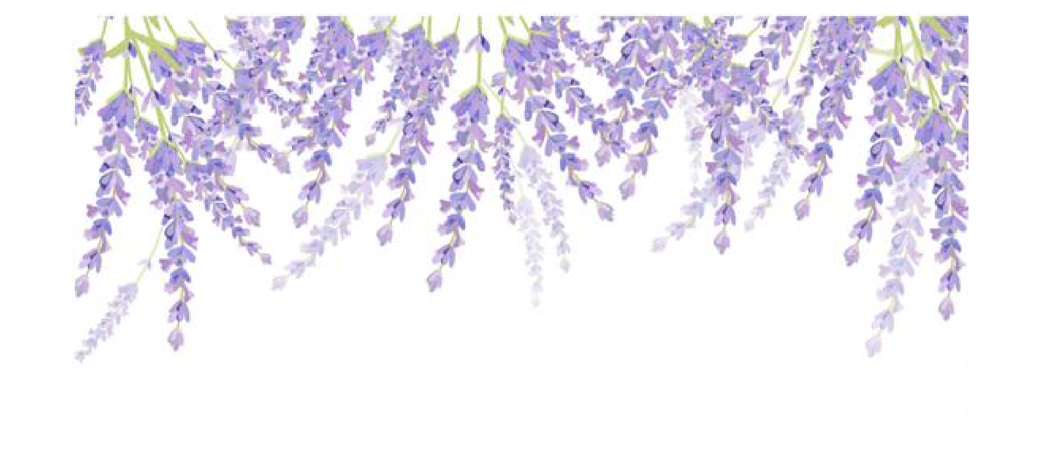
¿Has sentido alguna vez el deseo, la tentación de dar media vuelta? ¡Yo sí!

Lejos quedaban las ilusiones, la seguridad de unos sentimientos, las ganas de hacer planes.

Tengo momentos de soledad, necesito mi espacio y darme cuenta de la realidad. Mi relación con Emma no es de pareja, es de amiga, compañera de piso, desahogo de pensamientos y dudas. No veo amor, ¿existió alguna vez?



Por primera vez empiezo a dudar de mi relación. Me siento confundida. Tengo deseos de escapar.



CAPÍTULO XXXVIII

Andalucía

Emma está leyendo de nuevo todos los libros que compró sobre esta región española.

Esta vez lee en silencio, no comparte la información conmigo. Subraya, escribe en hojas o mira las fotografías como si estuviera sola en la habitación.

Cuando no está, veo esa montaña de papeles sobre la mesita del salón casi desordenado. No es propio de ella.

Aprovecho que no está y miro con curiosidad sus apuntes, sus ideas. ¿Son ideas para un acompañante también o no hay cabida?

Anotaciones de un recorrido que comienza en Sevilla. Visitas de sus calles y barrios más enigmáticos. Triana con sus puentes atravesando el río Guadalquivir, el centro, la catedral. Los Reales Alcázares, residencia de los reyes en sus visitas a la ciudad. Y así una lista de

propuestas invitantes que no puedes perderte.

La información recogida en muchas hojas dejaba ver un proyecto de viaje importante, pero dudaba si yo formaría parte.

No me apetecía hacer preguntas, iban pasando los días, y las hojas y libros seguían en el mismo lugar.

Sus mensajes, cada vez más frecuentes, avisando que llegará más tarde. «Cena tú», me decía.

Me siento por primera vez una extraña en mi hogar. Se está alejando de mí, de su amiga, porque, principalmente, es eso lo que soy. Reflexiono en silencio.

Intento analizar la situación. Vuelvo atrás con los recuerdos: operación, apoyo, vacaciones, después nos venimos a su casa, la que tanto adora. Y yo sólo me he dedicado a hacerla sentir mejor. Me doy cuenta de que me he abandonado. No salgo a caminar ni a correr, casi no escribo. Hasta mi trabajo lo hago desde casa prácticamente, y entonces, comienza a faltarme el aire.

Algo no va bien. Casi me alegro de su distancia, de sus cambios. Mejor así.

Decido pasar por la oficina unos días, ir a Nueva York me hará bien. Poner distancia también.

En principio, voy para tres días, pero se complican, mi jefa desea hablarme de temas importantes. Tenemos cenas y compromisos. Me encuentro bien, desde hace mucho no me sentía así, libre, sin presión. Casi ni hablamos en esos días, un mensaje para anunciar que vuelvo dos días después de lo programado. Una respuesta fría: «Vale».

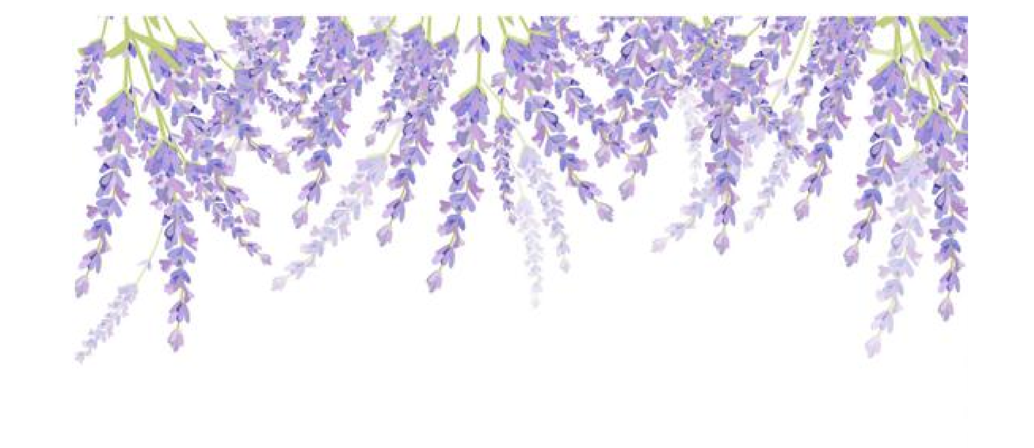
Me ha sentado bien volver a la oficina, digo que volveré la siguiente semana unos días también. Se convierte en una escapada, un cambio de aire muy necesario para mí.

A la vuelta tenemos una única conversación para anunciarme que necesita estar sola un tiempo y se va a hacer ese viaje sola. No me molesta, fue su sueño, no el mío.

Respondo solamente: «Estupendo».

Mis ganas las perdí hacía semanas cuando empezó el cambio, los silencios y su distancia.

La vida sigue.



CAPÍTULO XXXIX

Visita de Sara

A pesar de que los días siguen siendo difíciles, Sara decide venir a visitarnos. Su voz, aún entrecortada, apagada, desea coger fuerza y reaccionar para mejorar su día a día.

Suena el teléfono.

—Ana, mi niña, ¿cómo va todo?

—Hola, Sara, ¡qué alegría oírte! Mejor, bastante mejor, gracias. Emma tiene un camino largo aún por recorrer, pero se ha hecho a la idea y va siendo más fácil. Y dime, ¿tú cómo estás? Estaba deseando saber de ti, pero siempre me pregunto si será un buen momento para llamarte.

—Es muy duro, te lo puedes imaginar. He de decir que mis vecinas y amigas me están ayudando mucho. Me obligan a salir cada día, damos largos paseos por la mañana, salimos sobre las tres a tomar el

café al centro, casi obligada, a esa hora sabes lo mucho que me gusta quedarme relajada en el sofá. Después me digo: «¿Y por qué no?, voy a distraerme un poco, más tarde ya tendré tiempo para descansar». Y así hago.

» Al principio me costaba concentrarme en las conversaciones, casi no hablaba y mi mente estaba naturalmente en otro sitio. Se necesita algo de tiempo para reponerse de un golpe de esta magnitud. Creo que lo voy superando.

—Eso me hace muy feliz, Sara. Tienes suerte de tener un grupo de amigas como fuente de apoyo y pasatiempo.

—A pesar de que estoy muy a gusto aquí, me estaba preguntando si sería buena idea acudir unos días a visitaros. Siempre que os parezca bien y no sea inoportuno. La situación de Emma no es fácil y lo comprendería si me dijeras que no es el momento.

—No, ¡qué dices! Es estupendo que desees venir. ¿Quieres que te mire yo los billetes de avión? ¿Para cuánto tiempo? ¿Una semana o dos?

—He pensado unos diez días, si os parece bien.

Sara siempre se expresaba con una exquisita educación.

—Me parece fantástico.

Debería estar muy feliz por la llegada de Sara y lo estoy, sin embargo, no puedo quitarme de la cabeza que no volveré a ver a Lucas.

Con júbilo, fui a recoger a Sara al aeropuerto. Su expresión había mejorado, si bien podía ver el dolor en su interior.

—¡Sara!, ¡aquí! —le dije levantando el brazo. Nos abrazamos. Sabíamos que éramos tres, Lucas estaba entre nosotras.

Directas al coche, me costó coger en volandas su maleta. Eso era buena señal. Como siempre, presumida, le gustaba ir estupenda desde que se levantaba. Si su ropa de calle era maravillosa, no era menos la de estar por casa.

Con un gusto exquisito, cuidaba cada detalle al mínimo. Se veía que había recuperado las ganas de estar bella o quizás jamás las perdió aun en los momentos más tristes. Aquellos días no estuvimos juntas y temí por su ligero abandono. Ahora podía constatar que Sara supo seguir en su línea, especial siempre.

—Emma, hola, me alegra verte tan bien.

—No está muy habladora —le dije susurrando.

—Sara, gracias por haber venido, nos hace muy felices. Ponte cómoda, he preparado un almuerzo que espero que te guste.

—No te preocupes, sabes que no estoy en mi mejor momento en la mesa. De todas formas, seguro que me va a encantar. Las dos cocináis muy bien.

Pasamos a la mesa, decorada con gusto en tonos beige y dorado esta

vez.

—Sara, vamos a brindar, levantemos las copas por nuestro Lucas, seguro que está muy feliz viéndote aquí, con nosotras, y sabiendo que te vas recuperando para seguir con tu vida de la mejor forma posible.

—¡Brindemos!

La sobremesa estuvo entretenida poniéndonos al día, intentando hacer planes en los días posteriores. Todavía no le había dicho a Sara que había cogido esos días de vacaciones. Deseaba pasar cada segundo con ella. Necesitaba tener mi espacio privado para las dos, en él no entraba Emma. Ya no.

Íbamos por el postre cuando recordamos aquellos días a solas las dos buscando piso en Nueva York, fue fantástico.

Ahora podremos disfrutar de nuestra compañía de nuevo.

Sara no deseaba visitar museos ni programar salidas que necesitaran organizar tiempos, quería libertad, sobre todo.

Me amoldé a sus preferencias. Cada mañana dábamos largos paseos por la playa. Sara me regaló horas y horas de anécdotas entrañables de mis años a su lado.

Me emocionaron particularmente ciertas historias como estas:

—Ana, mi niña, ¿te acuerdas cuando te perdiste en el aeropuerto de Niza?

—No, no, para nada. Cuéntame, a ver.

—Pues habíamos ido a pasar una semana para conocer esta zona maravillosa de la Costa Azul. Lucas cogió un hotel en un pueblo cercano llamado Beaulieu-sur-Mer. Sus calles regalaban una luz particular con los colores de sus edificios. Muy pintorescos. En pocos minutos se bajaba a la playa. Visitamos Mónaco y Niza principalmente. Fueron días entrañables, como todas las vacaciones que hicimos los tres. Tocaba finalizar y volver, se nos había hecho tarde la noche anterior. Lucas tenía unos amigos en Cannes y habíamos sido invitados a cenar.

» Sería la falta de sueño o los nervios por el largo viaje que nos esperaba, el caso es que, al pasar el control de aduanas, ya dentro, yo iba cargada de bolsas, sobre todo tuyas. Tras unos segundos, me giré para llamarte y no estabas.

»—Lucas, ¿dónde está Ana? —le pregunté. Tiró los paquetes al suelo y, alertado, se giró y te buscó con la mirada sin tener éxito. Por el momento, no nos asustamos exageradamente y empezamos a movernos elevando el tono llamándote, sin resultado. Entonces empecé a asustarme, volví atrás, me dije: «¡Pero si no hay salida! Ahí está el control de Policía». Dimos otra vuelta y al ver que no aparecías, con voz temblorosa fui al control y pregunté si habían visto a una niña de pelo rizado.

»—Señora, por aquí no puede pasar nadie en sentido contrario. Siga

buscando a su hija ahí dentro —me dijo de manera fría aquel policía.

» Las lágrimas me comenzaban a salir sin control, me estaba bloqueando por segundos, mis piernas temblaban. Volví a decir tu nombre, pero en esta ocasión el tono de mi voz aumentó.

» Y no te puedes imaginar lo que sentí al ver llegar a un azafato contigo en brazos. Te abracé y besé, casi te hice daño al cogerte con fuerzas hacia mí. Entonces, después de agradecerle a ese señor que te había cogido, le pregunté:

»—Pero ¿dónde estaba?

»—En el otro pasillo, señora —me respondió.

»—No puede ser —me dije.

» Habían pasado segundos y tú habías hecho no sé cuántos metros en dirección a un segundo pasillo.

»—Te aseguro que fue un susto muy desagradable. Menos mal que acabó bien. Te llevé todo el viaje cogida de mi mano, dándote besos.

—¡Ay, Sara!, ¡qué pena!, ¡cuánto lo siento!

—Cosas que pasan.

Sara también me contó muchas anécdotas vividas con Lucas, le hacía muy feliz hablar de él. Se le iluminaba la cara. Alguna lágrima derramó también, naturalmente.

—Ana, ahora lo cuento y me hace gracia, pero te aseguro que lo pasé un poco mal entonces.

»—Lucas alquiló una vez un coche, pues teníamos programado un viaje de unos cuantos días y, cosas del destino, su coche se averió y lo tuvo que dejar en el taller. Le daba fastidio gastarse mucho en un alquiler, así que cogió un utilitario muy normalito. Tan normalito era que el contador de gasolina no funcionaba bien, eso lo supimos demasiado tarde, como te puedes imaginar.

—¡Ay, Sara! ¡Qué cosas os pasaban! —Sonreí.

—Como sabes, hay zonas en Costa Rica con espacios muy distanciados entre zonas habitadas y fue justo ahí por donde íbamos. Lucas se temió lo peor.

»—Sara, no estoy seguro de que el marcador de la gasolina funcione muy bien —me dijo.

»—No me asustes, Lucas —respondí.

»—Bueno, no hay que ponerse en lo peor, a ver si vemos una gasolinera pronto.

—Y si me hubieras visto, cada vez que llegábamos al final de una línea recta seguida de una curva yo rezaba para que se dejara ver una gasolinera, pero nada, ninguna. Así estuvimos una buena media hora. Te puedes imaginar, estuve rezando a todos los Santos. Hasta que, por fin, alguno me escuchó.

Por primera vez, desde la pérdida de Lucas, vi reír a Sara casi a carcajadas.

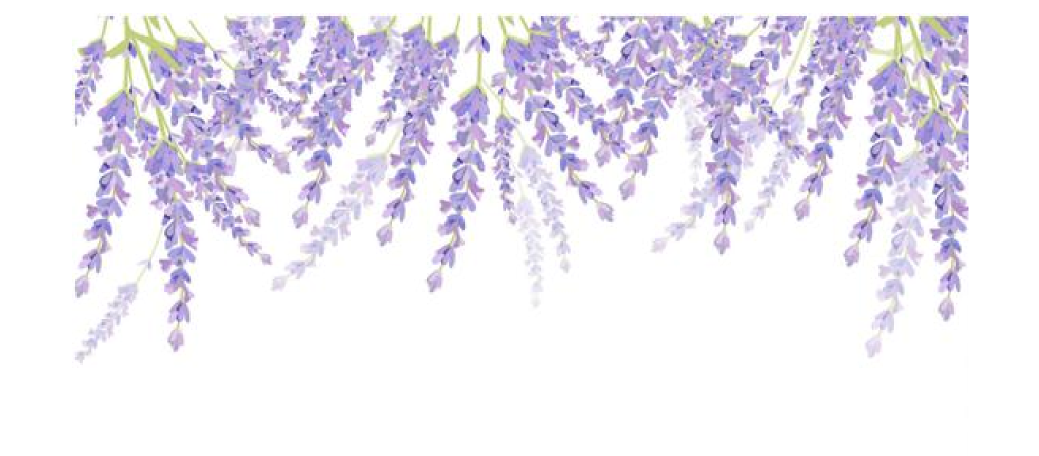
—El problema se solucionó, Lucas se llevó un rapapolvo, naturalmente, y le grité: «¡Si hubieras cogido un coche mejor!». Me miró con su cara dulce y terminamos dándonos un beso largo y conciliador. Cosas del amor.

Reímos las dos.

Los días se repitieron en la misma línea. Recuerdos, risas, alguna lágrima y vuelta a empezar.

Llegó la hora de la despedida, sentí algo extraño en aquel último abrazo, aunque solo más adelante sabría el verdadero motivo de esa sensación.

El destino.



CAPÍTULO XL

Otro camino

Una vez más en mi soledad. «En mis pensamientos aparece él. Hablo en voz alta. ¿Qué siento?, ¿qué me provoca? Mi mente arde, pienso, deseo, intento controlar, deseo evitarlo y no puedo».

«Me acompaña cada noche, sueño con él, no deseo que desvanezca. Me agarro a su imagen, lo busco. ¿Preludio? ...».

Mi cuaderno se llena de páginas que van en esta dirección.

Casi por casualidad, este trabajo está durando más de lo habitual. Hay presión desde arriba y no me siento capaz. Sí, por primera vez mi situación personal me afecta en lo profesional.

Emma está rara, desde antes de sus vacaciones percibo que algo ha cambiado. Ha dejado de ser comunicativa, su silencio no hace más que crear una distancia entre las dos cada vez más extensa. Intento comprender la razón, doy vueltas y vueltas a esos días que

planeábamos nuestro viaje a Andalucía, cada conversación, cada gesto diferente. ¿La causa? Sinceramente, se me escapa. Mi dolor de cabeza aumenta, me presiona. Necesito desconectar. El viaje programado no se llegó a realizar, pero no fui yo la razón, por lo tanto, no entendía. Deseó partir sola, lo preferí.

—Hola, Ana, te presento a Tom, es el nuevo socio, ya te comenté. Le he hablado de ti y me gustaría pasarais tiempo juntos y le pusieses al día.

—Buenos días, con mucho gusto. —Trago saliva, mis recuerdos vuelven, ese nombre, ese pasado, me golpea y acaricia a la vez.

—Podríamos visitar la editorial. Le iré presentando al personal y las funciones y proyectos que estamos desarrollando en este momento, si le parece.

—Por favor, dame del tú.

—Gracias. —Sonreí tímidamente.

El día pasó a gran velocidad, no me di ni cuenta. Me ha venido bien tener una ocupación diferente a pesar de mi dolor de cabeza.

—Ana, disculpa, ¿has comido? Llevamos todo el día trabajando, solo ahora me doy cuenta. No sé tú, pero tengo un hambre considerable. ¿Te importaría si terminamos la conversación en el restaurante de aquí enfrente?

Con voz de alivio respondo en afirmativo. Yo también lo necesito.

Fue el comienzo de otro gran giro en mi vida, sin buscarlo, sin desearlo. O quizás sí.

Tras una velada como hacía mucho que no pasaba, el trabajo terminó casi a los pocos minutos de sentarnos. Tom pidió una botella de Prosecco y esas burbujas fueron el comienzo de una gran historia de amor.

Hablamos, reímos, brindamos sin saber a qué. La noche terminó bien entrada la madrugada. Tom me acompañó al hotel. Le expliqué que estaba viviendo en Tampa, pero que en ciertas ocasiones el trabajo me requería en las oficinas y mi hotel, siempre el mismo, hacía de hogar. Me dejó en la puerta, su sonrisa me cautivó, su mano agarró la mía suavemente, dejándola deslizar para dar paso a la despedida.

—Nos vemos mañana. Descansa, Ana. Buenas noches. Ha sido fantástico.

—Buenas noches, Tom. Gracias por esta velada, la necesitaba.

Dejé que la puerta se cerrara deseando que Tom volviera.

Solo en ese momento me di cuenta de la hora, no me había acordado para nada de Emma; ella tampoco, imaginé. Comprobé mi teléfono, quizás no haya escuchado el mensaje.

Casi con alegría pude ver que no había nada.

Aquellos tres días siguientes fueron embriagadores y entonces, solo entonces, en mi avión de vuelta reconocí lo que estaba sucediendo.

«Estoy totalmente atrapada por este sentimiento, el deseo por un hombre», pensé.

Vuelta a casa, todo seguía igual: Emma, en silencio con sus plantas, su cocina y el ordenador. Llegué a pensar si habría conocido a alguien y no se atrevía a contarme.

Cada una necesitábamos nuestros espacios.

Tumbada en el sofá cierro los ojos. Mi imaginación vuela de nuevo, necesito escribir.

«Sentados en aquella mesa, el vino fresco en mis labios, bajo la mirada, no consigo cruzar la suya. Es tremendamente guapo, parece irreal, sus hombros fuertes y anchos... Puedo imaginar cuando se quita la chaqueta.

Lleva una camisa blanca y pantalones azules. ¿Cuánto medirá? Es altísimo».

Los tres días se repitieron a la semana. Con complicidad, no se movió de mi lado. A veces parecía más concentrado en observarme que en lo que yo le explicaba. Hubo momentos en los que sonreíamos al hablar, la magia se estaba creando entre los dos. Nos gustábamos, era evidente».

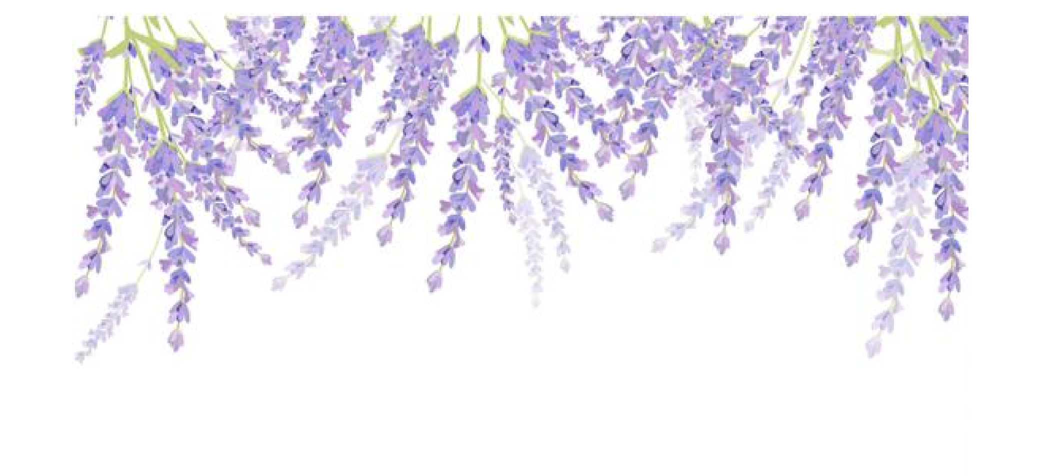
Sigo escribiendo como una joven enamorada, nerviosa por sentir sensaciones nuevas, parece. Y suena mi teléfono, es un mensaje de Tom. «Deseando encontrarte de nuevo», me escribe.

En aquella época, los teléfonos no tenían pantallas como los de ahora. Eran enormes y pesados.

Aquella noche, el mundo me sobró, pero sobre todo, Emma.

Me sigue evitando, no coincidimos.

Cierro los ojos pensando en él, imaginando sus besos y sus caricias. Intentando atraer una maravillosa historia de amor. Soñando.



CAPÍTULO XLI

Cambios

Las semanas se sucedieron como los capítulos de un cuento. Ahora y solo ahora, me doy cuenta de la equivocación de mis sentimientos. No sé ella, no puedo saberlo, pero confundí la compenetración, la amistad verdadera, la ilusión por los mismos sueños y la paz que buscábamos con la palabra amor. De hecho, ¿cuántas veces hubo muestras de sentimientos de pareja? Sólo ahora, abro los ojos y tengo respuestas a mis preguntas.

El sentimiento de incomodidad en ese terreno no era por el pasado, sino por el presente. ¡Qué ingenua soy a veces! De nuevo me equivoqué.

—No hay mejor sensación que la que siento entre tus brazos, Tom. Has llegado con un poco de retraso a mi vida, pero no te pienso dejar escapar.

—Mi niña, ven aquí que te abrace. Déjame besarte una y otra vez, no deseo que la noche acabe.

Estas y mil frases más embriagaban mi presente. Deseaba introducirme dentro de él y no salir. Sentía que éramos una sola persona, en tan poco tiempo.

Mis sentimientos no tenían vuelta atrás. Emma tampoco luchó por salvar nada. Dio por perdida la historia mucho antes de mi relación con Tom.

De mutuo acuerdo hice mis maletas y volví a Nueva York. Tom me esperaba con ansia, los días se hacían eternos.

Nunca supe la razón del estado de ánimo de Emma. Su frialdad no dejó espacio para seguir con algún que otro intercambio de noticias. Simplemente, se cerró ese libro para dar lugar al mío, el único.

Los siguientes meses fueron perfectos. El trabajo envolvente, mi espíritu con ganas de triunfar en varios frentes abiertos, mi amor, mi trabajo, mi libro que estaba llegando a su final. Fue emocionante ver mi vida cambiar de esa manera.

—Ana, vamos a proponerte el cargo de directora jefe. Quiero que lo sepas por mí antes. Espero que tu respuesta sea positiva, tengo muchos planes de cambio en la editorial.

—¡Es una sorpresa! ¿Estás seguro de la proposición? Quiero decir, ¿no tiene nada que ver nuestra relación?

—Por supuesto que no, eres una gran profesional, este es tu momento y yo estoy deseando compartirlo contigo.

—Mi amor, te quiero. Nunca he estado más segura de mis sentimientos.

—Yo tampoco.

Las noches se sucedían llenas de pasión. Nunca este terreno estuvo tan activo ni fue tan especial. Un sueño.

Mi vida había girado de nuevo para llevarme por el camino que siempre deseé, un maravilloso hombre y deseos de familia.

Al año llegó la propuesta de matrimonio. No deseábamos nada especialmente llamativo, al contrario, algo discreto, varios invitados tan solo. Nos sobraba el mundo.

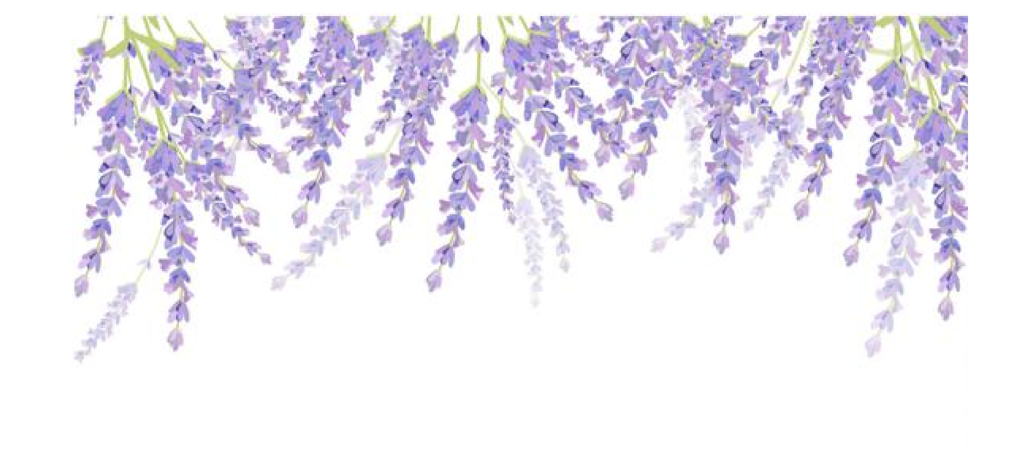
Elegimos ir a Costa Rica, cerca de Sara. Su salud había empeorado. No podía dejarla atrás en este momento tan especial de mi vida.

Tom había perdido a sus padres de joven, en un accidente de coche. Hijo único, trajo a sus padrinos, que fueron quienes lo cuidaron. Fue una ceremonia entrañable.

Y llegó el momento estelar el —sí quiero—, que pronuncié llenándoseme la boca de orgullo y felicidad. Mis lágrimas salieron al escuchar sus palabras: «Sí quiero, sí, por supuesto», —dijo Tom con su voz fuerte y varonil.

Nuestras semanas y meses fueron un continuo festejo. Por fin, era

feliz.



CAPÍTULO XLII

Despedida

En mis sueños aparecía una y otra vez Sara. «La ausencia de noticias ya son buenas noticias», decía a menudo mi vecina y amiga Elisabeth. Las llamadas de Sara son cada vez más distanciadas en el tiempo.

—Hola, Sara, hace varias semanas que no sé nada de ti. Así que me he dicho «voy a hacerle un saludo, a ver qué me cuenta».

—Mi Ana, estoy siempre ocupada con mis cosas y mis salidas a tomar el té y jugar a las cartas con mis amigas, ya sabes. Mis horas pasan y no me doy cuenta. Cuando pienso en ti, suele ser un horario donde siempre pienso que no va a ser el apropiado, entonces desisto. Es la única razón y no otra.

—Ya sé, ya sé... Y dime, ¿cómo van esos controles médicos? Espero que no estés faltando a ninguno, dime que no.

—No, no, por supuesto. De eso quería hablarte. Han visto en un

control de análisis, fíjate ahora ya a mi edad, que tengo diabetes de tipo 2, ya te enviará mi vecina una foto de la carta. Ella está más puesta en estas cosas.

—Bueno, no te preocupes, Sara. Sabes que tienes que cuidarte más, ¿verdad? La alimentación, caminar, no abuses de tus horas de relajación con tus manualidades, hay que moverse. ¿Entendido?

—Sí, sí. Lo sé. Ya me lo ha dicho el médico. Acudí a él, pues me sentía más cansada, había perdido un poco de peso y haciendo punto no veía con claridad. Pensé que serían cataratas, como le pasó a nuestro querido Lucas, pero fíjate qué sorpresa ahora, diabetes. ¡Uf!, ¡qué aburrimiento! No tengo ganas de cuidarme particularmente. ¡Ah, Ana! Esto me ha hecho pensar y deseo darte una carta que te habíamos escrito Lucas y yo. Prométeme que no la abrirás todavía. En ella queda tu historia de niña explicada al detalle. Es hora de que sepas la verdad. Seguro que a lo largo de estos años te has hecho muchas preguntas. Pues bien, ha llegado el momento de que tengas esa información, hay una explicación a todo.

—Puedo entender vuestro silencio, siempre he esquivado aclaraciones, nunca quise indagar. Gracias, Sara. Deseo bajar a verte la semana próxima con Tom. Tenemos una noticia que darte que te alegrará.

—Cuento los días para abrazarte, mi Ana.

—Igualmente, Sara. ¡Cuídate!

Una semana, tan solo siete días, pero no llegamos a tiempo. A los tres días, su vecina y amiga Olivia me llamó. Se había ido sin sufrir. Sentada en su sofá, aún en sus manos, casi terminada una mantita de punto que deseaba regalarme.

Así me dijo llorando Olivia. Se dieron cuenta por la mañana, cuando iban a acompañarla a una revisión del oculista. Siempre estaba lista antes de tiempo, esperaba fuera en el porche a sus amigas, de costumbre, cuando tenían que ir a algún sitio. Nunca le gustó llegar tarde. La puntualidad era una de sus muchas virtudes.

Abracé a Tom y con lágrimas en los ojos me desahogué.

—¡No hemos llegado a tiempo! No he podido darle la noticia de nuestro bebé.

Las lágrimas no cesaban, sin duda, uno de los golpes más fuertes hasta la fecha.

Preparamos lo necesario y nos dispusimos a dar la última despedida a mi querida Sara.

El viaje fue muy triste, las maravillosas imágenes llegaban a mis recuerdos. Siempre alegres. Supieron darme una vida llena de felicidad.

—Ana, sé que es muy duro, pero piensa en nuestro bebé, sufre si tú lo haces.

—Comprendo y no lo deseo, ¡es tan duro!

Mis manos abrazaron mi pequeña tripita, deseando comunicarme con el maravilloso ser que llevaba en mi interior, como pidiéndole disculpas.

Intentamos que fuese todo rápido, no me hacía bien. No era el momento. ¿Cuándo lo es? Fue una despedida muy triste. Ni siquiera con Lucas sentí este dolor.

—Tom, ¡la carta!

—¿La carta? ¡Ah, sí!, perdona.

—No pasa nada, debo ir a recogerla.

Entramos, hicimos un recorrido casi sin prestar mucha atención a lo que había en la casa. El agotamiento del viaje y el dolor estaban haciendo que las piernas me comenzasen a temblar. Fui a la habitación, vi una caja roja en su cómoda. Sobre ella, un sobre que llevaba escrito mi nombre.

Cogí la caja y el sobre, y salimos de allí casi escapando.

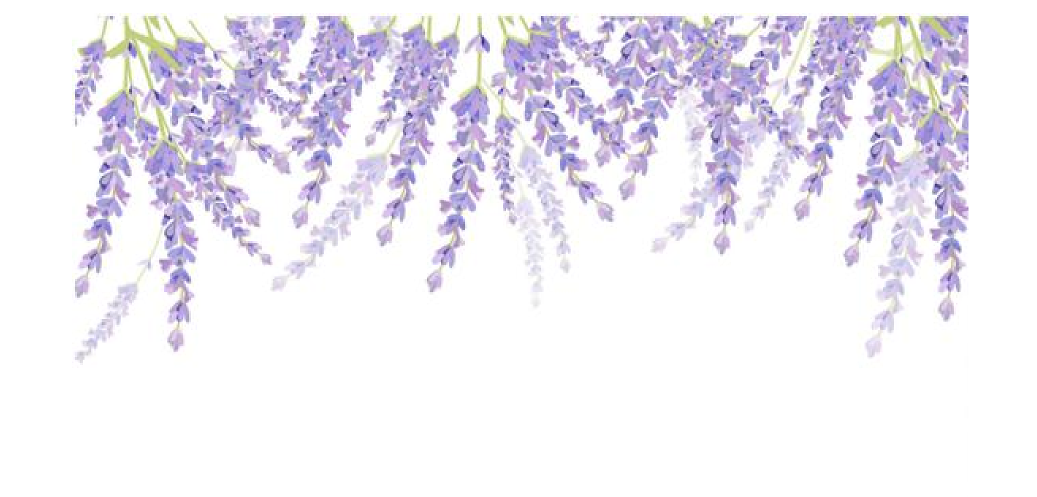
—Olivia —nos dimos un abrazo en el porche—, vamos hablando. No me puedo ocupar de la casa ahora. ¿Puedes enviarme las cartas, por favor? Intentaré dar de baja los contratos que tenía y ocuparme de la documentación más urgente.

—No te preocupes, estoy aquí. Me quedo con estas llaves y vamos hablando. Cuídate, ahora la prioridad eres tú.

—Gracias.

Nos fundimos en un abrazo y salimos de allí.

Sabía que Sara siempre me acompañaría. Durante el camino de vuelta y las siguientes semanas y meses, mis recuerdos tomaron voz y fui contando anécdotas y situaciones vividas, necesitaba sentirla. Hablar de los que ya no están los mantienen presentes. Así hice.



CAPÍTULO XLIII
Claridad

Lejos quedaban los momentos de angustia y dolor. Sin embargo, tener la carta de Lucas y Sara entre mis manos me producía escalofríos. ¿A qué verdad se refería Sara?, ¿volverían las sombras del pasado para atormentarme? Fueron segundos eternos, en ellos vi pasar momentos de mi infancia que creí enterrados. Pasaban a tal velocidad que ni siquiera pude retenerlos, pero los vi. Imágenes de llanto, dolor, tristeza, desesperación, soledad, separación. Podría resumirlos con esas palabras.

Tomo aire, por un momento me dan ganas de romperla. ¿Necesito una explicación verdaderamente? Mi respuesta absoluta es no. Aquello que me hizo daño supe enterrarlo a su debido tiempo. Lejos quedaron mis momentos de dudas. Tuve mucha suerte, el destino vino a salvarme no solo de mi situación, sino también de mis miedos.

Deseo abrir la carta por respeto hacia Sara y Lucas que, con recelo, la escribieron pensando en hacerme un gran bien.

Y ahí voy.

«Querida Ana:

Hubiera deseado no tener que escribir estas palabras. El amor de padres que te tenemos supera cualquier barrera que jamás haya podido ponerse entre nosotros. El sentimiento es verdadero y lo fue desde el primer minuto en que te vimos por aquel monitor. Puedo decir que no es por la sangre como se mide el amor de padres. Cuando sientes una conexión, cuando deseas dar tu vida por un ser pequeño que te necesita, llegas a sentir de igual manera.

Es muy duro tener que contar tu historia a través de un papel y saber que cuando la estés leyendo no estaremos a tu lado para abrazarte y darte fuerzas, amor y apoyo. Aunque espero que desde donde estemos te llegue siempre el amor que te tendremos hasta el final de tus días, mi Ana.

Tus orígenes humildes eran lo que menos importaba. Tus progenitores venían ya de familias con problemas, no es una excusa. Muchas familias tendrían que reflexionar antes de tener un hijo, si están en grado de educarlos, amarlos y protegerlos.

En tu caso, ya te puedes imaginar que no lo eran, los dos alcohólicos. Tu padre empezó a pegarte desde bebé y tu madre no fue capaz de protegerte.

María y José trabajaban para asuntos sociales. Llevaron tu caso desde el principio. Cambiaste de casa dos veces, sin mucha suerte. En la última, esa de la que guardas algún recuerdo de unos padres nunca presentes y la que llamabas tía Carmen. Pues bien, María estaba muy pendiente de ti. Desafortunadamente, a Carmen le diagnosticaron cáncer, no creo que te acuerdes de su deterioro físico. La tenían que ingresar, la enfermedad estaba muy avanzada y sabían que no saldría de esa situación.

Al no estar ella, preguntaron a los que creíste tus padres y la respuesta fue negativa. Dijeron que con sus trabajos no podían ocuparse de ti.

Y aquí fue cuando intervinieron María y José. María era muy amiga de mi madre, nos conocíamos muy bien. Ella sabía que no podía tener hijos debido a una enfermedad de joven. Entonces intercedió por mí con todo el tema burocrático. Los trámites no duraron en demasía, tuvimos la respuesta positiva. Prepararon la documentación y, en un periodo de tiempo no demasiado largo —no hay que olvidar que estos procesos suelen durar bastantes años entre preparar documentación, ser aceptados y el momento definitivo—, la espera valió la pena y, por fin, llegó el día que estabais embarcando para reuniros con nosotros.

Desde el mismo momento que se llevaron a Carmen al hospital,

María y José se hicieron cargo de ti, te llevaron a su casa y te cuidaron el tiempo necesario hasta tener la documentación. Todo el papeleo legal se hizo trámite las embajadas, no hubo ningún problema».

Mientras leía la carta, algunos recuerdos vinieron a mí como si fuera ayer. La mano de mi padre alzada y mis ojitos que se cerraban con temor, seguido de un dolor de dimensiones gigantescas, casi más por el terror de esa imagen repetida que por el daño de los golpes.

Recordé la indiferencia de mi madre y la angustiosa soledad en mi cuarto. Un cuarto frío y triste.

Pasé a vivir a otra casa. Imagino que, debido a la incomprensión o mis miedos, que no me dejaban acercarme a nadie, la relación no fue bien.

«¿Habría sido una de las razones por las que no deseaban quedarse conmigo? ¿Tendría yo algo de culpa?», me pregunté.

Sin embargo, había un episodio que yo recordaba y que no leí en la carta, «mi secuestro». ¿Por qué no se hablaba de ningún secuestro? Puedo llegar a pensar que fuera producto de mi imaginación para inventarme un inicio creíble en mi interior.

Todo fue programado con los organismos correspondientes, legales y sin traumas. Sería entonces un intento de superar una tragedia con otra menor. Pues, aunque un secuestro suena a algo trágico, yo no viví jamás nada que se hubiera parecido a tragedia desde el momento que José y María se hicieron cargo de mí. Así que deduzco que ocurrió en mi imaginación para dar explicación a mi nuevo cambio.

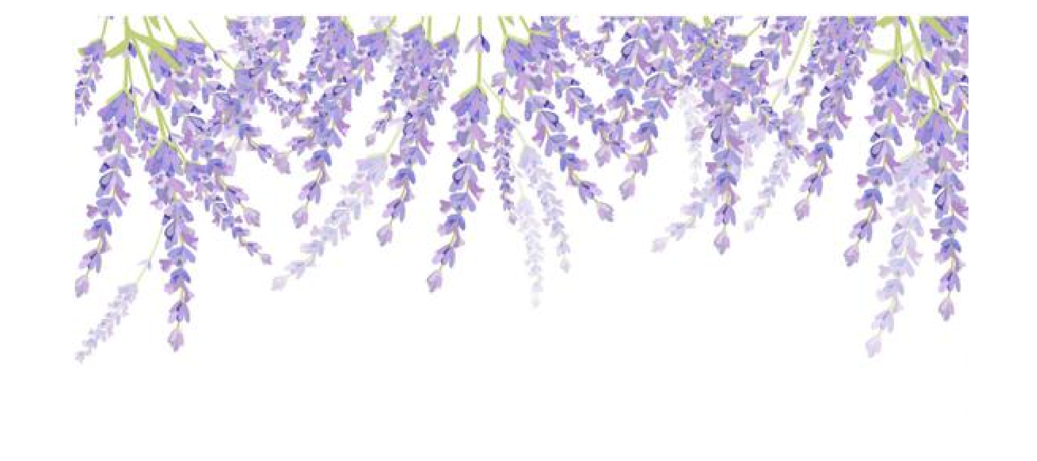
Ahora empezaban a encajar las piezas.

Y concluyo la carta, Ana, «haciéndote llegar nuestro amor infinito. Te queremos».

Cerré la carta y me sequé las lágrimas que me caían por las mejillas. Necesité de varios minutos antes de levantarme, digerir toda la información concentrada en aquellas líneas. Supe afrontar realidades duras de nuevo, cuando pensé que habían quedado en el olvido, en la niñez.

Respiré trabajosamente, no duró mucho. Y como si de un avión se tratara, supe despegar con fuerza y rapidez, dejando atrás todo sufrimiento del pasado.

Tenía un gran motivo para no dejar que fantasmas del pasado, de nuevo, atravesaran mi maravilloso mundo. Mi maravillosa nueva familia.



CAPÍTULO XLIV

Punto de inflexión

Hay momentos en nuestras vidas que suceden episodios que cambian el ritmo confiado de nuestro presente.

Antesala al desafío. Entonces necesitas de coraje, saber mirar en tu interior y gritar ¡ahora me toca a mí!, apartar los miedos, la cobardía. Tener la fuerza de ir contracorriente un periodo, con la confianza de estar haciendo lo mejor para ti.

Sabes que alguien sufrirá, podría ser. Es hora de quererte más que a nadie.

Nadas, tragas agua, es difícil sacar la cabeza y respirar. ¡Mira al frente, tu meta eres tú!

De nuevo, vuelvo a sentir la soledad. Un vacío doloroso con la pérdida de Sara y Lucas. Pienso no estar preparada. Tengo miedo.

La carta, la verdad. Recuerdos en el olvido llegan de nuevo, hacen

daño. Me siento frágil. Vuelvo a la niñez, no me conduce a nada y regreso. En mis pensamientos, sólo deseo disfrutar de todos los momentos vividos desde que aparecieron José y María. Esa es mi vida, decido pensar que empieza ahí. Mi renacer. El poder de la mente. Magia, vuelvo a dominar la situación. Soy dueña de mi vida de nuevo. Respiro en paz.

Deseo aclarar mis ideas, reflexiono; de nuevo, al pensamiento del secuestro. ¿Qué me llevó a pensar haber vivido esta experiencia y, a su vez, no haberla vivido como un drama? Ahora lo veo todo claro.

De alguna manera tenía que romper con un pasado trágico sin que me marcara de por vida.

Necesitaba de un episodio poderoso, fuerte, que dejara enterrado el anterior.

La salida de aquel hogar roto y doloroso lo imaginé como en una película, con un secuestro. Idealicé momentos anteriores vividos para no quedar marcada por el dolor. Mi mente me protegió de esa manera. Por otro lado, no podía recordar una familia idílica cuando no la tuve. De ahí esos episodios contradictorios, deseo de familia feliz que solo sucedieron en mi imaginación. Mi separación con todo aquello, mi liberación, no hubiera podido jamás haberla vivido, ni contado como una tragedia. No la hubo. Me sacaron del dolor para regalarme una vida de amor.

La vida, sucesiones de hechos. Me enamoro, desengaño, vivo y me equivoco.

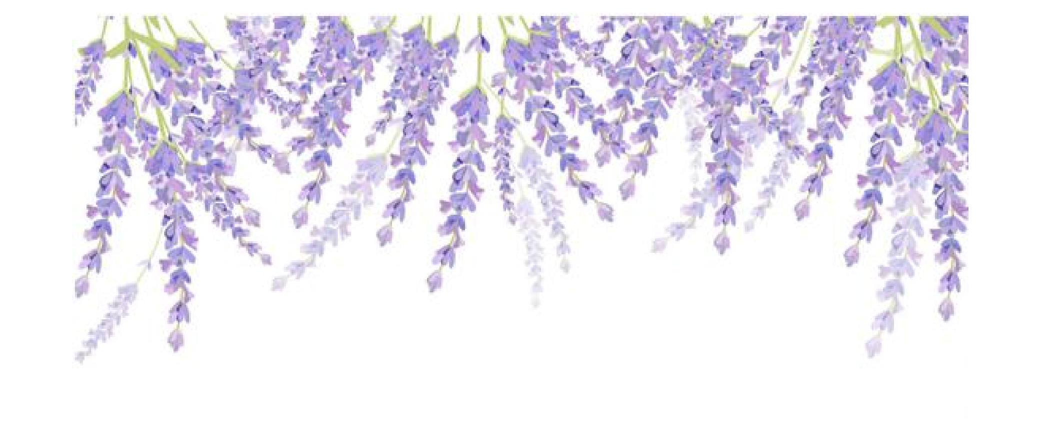
Hoy pienso que el punto de inflexión fue la pérdida de Sara y Lucas. Me volví a ver sola, bajo un dolor completamente distinto.

El amor. Perdía el amor de los que yo consideraba mis verdaderos padres, los que dieron todo por mí. Entonces siento que voy caminando por una cuerda, al filo del precipicio.

Tom ha llegado a mi vida. Lo veo todo claro y decido pasar página. No dejar escapar mi felicidad.

Cuando tomas decisiones correctas, todo encaja, las piezas del puzzle comienzan a tomar forma y entonces ves tu vida rápidamente con color, un color especial.

Un arcoíris deseoso de iluminar el nuevo camino de tu vida.



CAPÍTULO XLV

Firma de libros

Recuerdo una vez, cuando dudaba de mi sentido creativo. Con timidez guardaba cuadernos para plasmar cada uno de los numerosos sueños que habían recorrido mi imaginación.

Entonces, a pesar de mi corta edad, no dudo que fuera absoluta necesidad, esas pequeñas historias supieron transportarme a miles de aventuras que deseaban ser escritas y vividas.

Una ráfaga de viento o el canto de un pájaro. El sonido de la lluvia o el olor a pan recién hecho. No importaba, cada circunstancia llamativa, por un motivo u otro, me hacía borrar algo que deseaba ser borrado o alzar la mirada en busca de la felicidad.

Esas palabras que escribía no solo se marcaban en el papel. Iban dejando una huella en mí. Incluso en días de penumbra lograba escribir.

Y aquí estoy, preparándome para el día esperado. Mi obra está siendo un gran éxito y mi agenda se va rellenando con deseados compromisos para la firma de mi primer libro.

¿Cómo describir lo que siento? ¡Mágico!

Mi personaje, Ana, se va descubriendo a sí misma a lo largo de la historia. En ciertos momentos se confunde con su creadora —o sea, yo —.

Me reconozco y me fusiono con ella en ciertos episodios de su vida.

Dos inicios de vida muy diferentes, el suyo y el mío; sin embargo, me imagino también zarpando en un nuevo barco, deseando atravesar las aguas que me lleven a un mundo nuevo, donde, levemente, hay espacio para nadie más que no sean los que llevo en mi corazón.

Llegó la hora de salir. Espera una gran multitud, me impresiona. Trago saliva y digo: ¡Vamos!

Al acabar, me conducen a una salita donde periodistas esperan impacientes la esperada entrevista.

Y entonces, las preguntas más deseadas por la mayoría, en busca del gran titular.

—En el inicio hay un secuestro, ¿qué hay detrás de toda esta historia? Queda reflejado más de una vez una niñez difícil, de nuevo nos intriga saber si hay algo real en esta historia y la verdad de lo que ocurrió, si fuera así. No deseo dar más información a los futuros lectores, pero ¿qué nos podrías adelantar?

—Ana, otra reflexión sería la necesidad de tu personaje principal a agarrarse a una nueva vida de promesas, sueños, aventuras, amor, que aun dando el salto con personas desconocidas y viajar a lugares tan remotos, nunca pareció que le diera miedo o tristeza, sino todo lo contrario. ¿Ana es una mujer tan fuerte como la describes? —dice un segundo periodista.

—Para el lector, Ana, hasta que no llega a uno de los capítulos finales donde una carta de quien hizo el papel de madre, no se llega a comprender por todo lo que pasó Ana y la razón de su comportamiento. ¿Ha sido una forma de redacción o más bien protección?

—Por último, ¿nos podrías aclarar si la protagonista se llama como tú por alguna razón en particular?, ¿este libro es una biografía de tu vida? No escribes el libro como tal.

—Buenas tardes, aprovechando que estamos en directo, quisiera agradecer la confianza a cada uno de mis lectores que han apostado por mi primera novela. Y a vosotros, por vuestro interés.

» Mi nombre es Ana María y aclaro que mi obra es un conjunto de hechos ficticios mezclados con episodios que bien podrían recordarme algo de mi vida, como la de muchos de vosotros. Los mismos que hicieron que desarrollara ciertos sentimientos o pensamientos que han

guiado lo que he reflejado en estas páginas.

» No, no es mi vida. He querido llamar a la protagonista con mi primer nombre, en primer lugar, por ser mi primera creación, y en segundo, porque lo que cuento es la vida de una mujer que bien podría ser la de cada una de nosotras. Todas podríamos ser ella en algún momento y podríamos desear en alguna ocasión tener la fuerza y valentía de Ana.

» Me veo en ciertos aspectos reflejada en ella, sí. Pero no es mi vida.

» ¿Quién no ha vivido momentos difíciles que hubiera deseado enmascarar de alguna forma?

» No hay que sentirse culpable por agarrarse a una cuerda que te lleve a la salvación de cualquier problema en un momento determinado. ¡Es tu vida!

» ¿Quién no ha sido engañado alguna vez en el terreno sentimental, sea en una relación de amistad, amor o de familia? Las salidas son innumerables, no podemos, no deberíamos juzgar a nadie por tener la necesidad de buscar la felicidad y, cómo no, de equivocarnos también. A Ana le ocurrió varias veces.

» Y, por último, el recorrido es largo en la vida de una persona. Imagino que a la mayoría nos llega un momento de claridad que viene a despejar dudas y, de alguna manera, ponernos en nuestro sitio.

» Este libro no es más que la realidad de la vida bajo mi punto de vista, naturalmente.

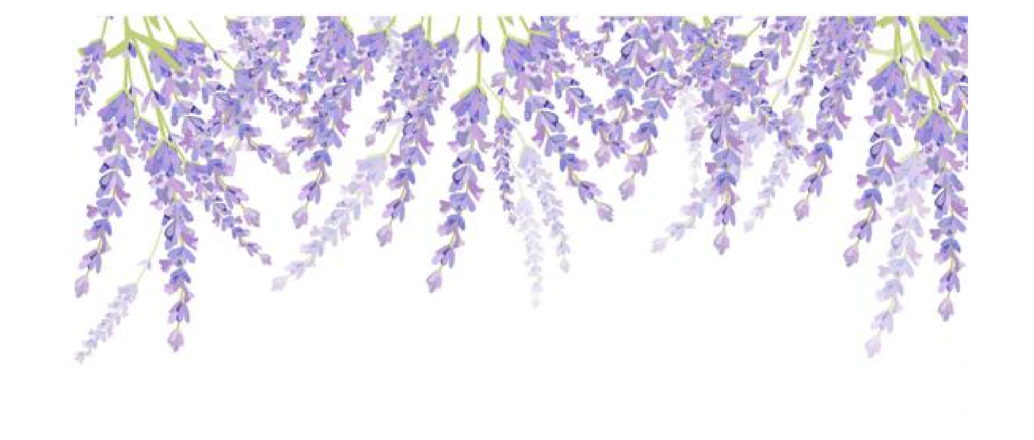
» Es una fusión de personajes, también el de la protagonista con la autora del libro, o sea yo, en el pasaje de la escritura. Me es fácil comprenderla.

» Me preguntáis que dónde está la línea que separa realidad y ficción. Aquí entra en juego la imaginación de cada uno.

» Es una historia para interpretar, cada cual a su manera. Espero, os llegue todo el amor que he puesto en escribirla y que sea el principio de muchas otras.

Muchas gracias a todos.

—Muchas gracias y enhorabuena, Ana María.



CAPÍTULO XLVI

Pensamientos íntimos

Haciendo un recorrido a lo largo de mi vida, reconozco que dejé que las situaciones fluyeran para ir aceptándolas e intentar que no me hirieran demasiado.

Dejé de ser sombra para comenzar a brillar en el nuevo camino que la vida me ofrecía. Cuando brillas, atraes momentos y personas positivas.

Eso fue lo que me ocurrió, supe seguir el camino que apartó de mi vida el sufrimiento y el sentimiento de abandono y soledad. Es curioso, la palabra amor, esa que en aquellos primeros años llegué a pensar que me estaba prohibida, ese amor que no encontraba en mi desesperada búsqueda es el mismo que me permitió soñar e imaginar para sobrevivir. Llegó a mi vida de repente para regalarme cariño incondicional, aventuras y un futuro lleno de promesas que no dudé

en aprovechar.

Con un poder mágico fui enterrando cada mínimo recuerdo de mi atormentada niñez. Fui creando personajes que dieron paso a mi liberación.

Este relato es un grito de esperanza a quienes como yo sufrieron en los momentos de más fragilidad, de agarrarse a la primera oportunidad de esperanza, sin dejar de ver la vida con optimismo. De nada sirve mirar atrás.

Tu confianza te abrirá las puertas de tus sueños, y ellos, los de tu felicidad.

¡No dejes nunca de soñar!

Esas aguas que nos llevan por las mareas de la vida, donde unos van y otros vienen. Hay alguien que siempre permanece, eres tú. No te abandones nunca.

Persigue el encuentro contigo mismo, la búsqueda con el interior y un renacer.

¿De qué sirve la tristeza por el recuerdo doloroso del pasado, pensar en la actual o sentirla por lo que pueda ocurrir?

Aprende a quererte por encima de todo, el camino es corto. ¡Vive, aprovéchalo!

Ana

Fin.